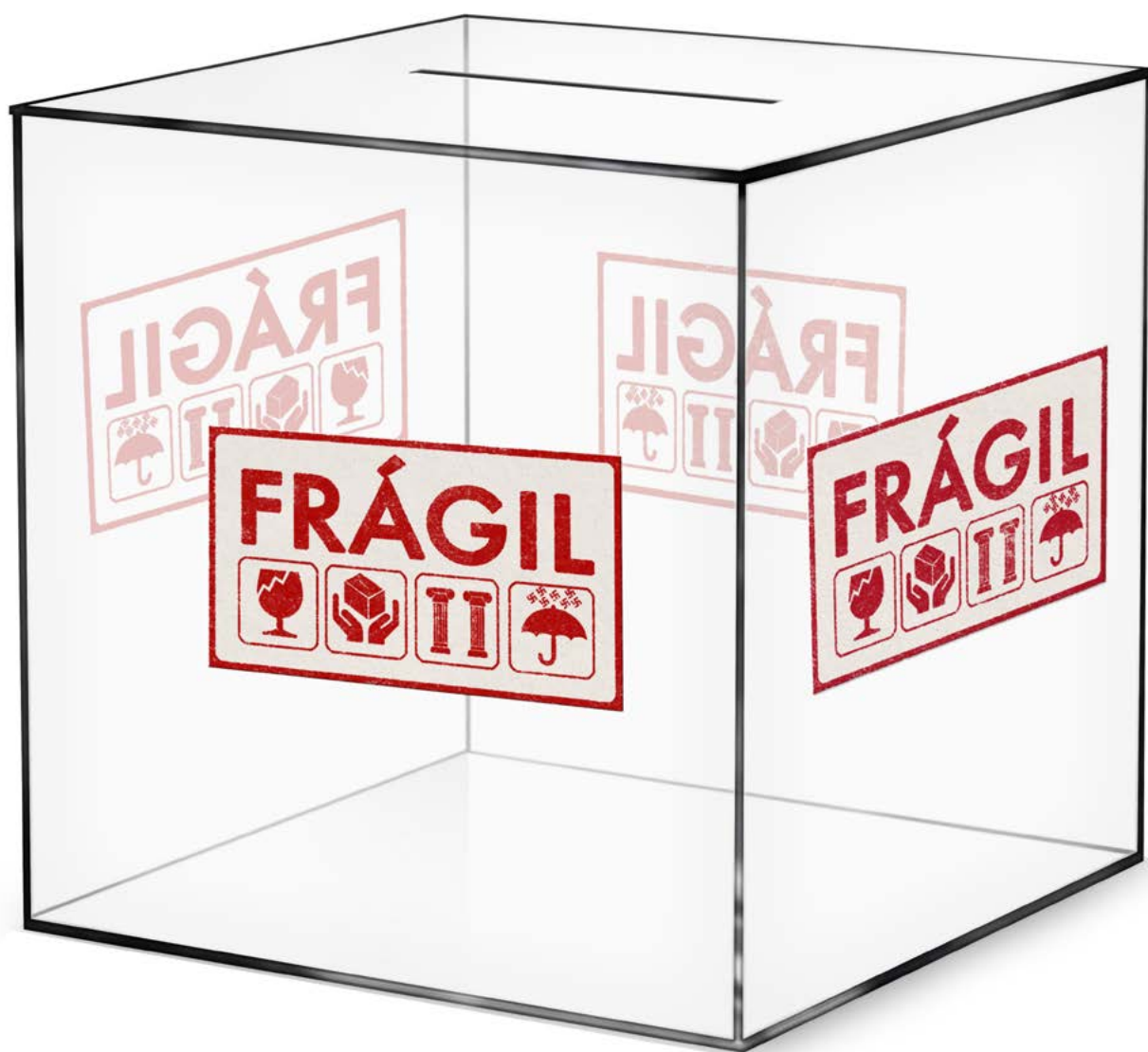


Alerta democrática

Putin, Trump, China, desigualdad, algoritmos. La misma estrategia para difundir mentiras o incitar al odio personal se repite por todo el mundo y amenaza la libertad



PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO... **Pepper Culpepper, María Ramírez, Ignacio Escolar, Carlos del Castillo, Sandra León, Ignacio Jurado, Andrés Gil, Carme Colomina, Rodrigo Ponce de León, Ignacio Urquizu, José Manuel Romero, Steven Forti, Susan Stokes, Natalia Chientaroli, Javier Biosca, Pablo Simón, Darío Adanti y Esther Palomera**

idealista

**ahorra una pasta,
busca tu hipoteca
en idealista**





Alerta democrática

Putin, Trump, China, desigualdad, algoritmos. La misma estrategia para difundir mentiras o socavar al voto personal se repite por todo el mundo y amenaza la libertad



Ilustración de Riki Blanco. Pepper Culpepper, Miki Rotstein, Ignacio Jurado, Carlos del Castillo, Nicolás León, Susana Ponce, Andrés Gil, Carlos Colomina, Rodrigo Ponce de León, Ignacio Stokes, José Manuel Romero, David Velasco, Olga Blanco, Guillermo López Linares, Riki Blanco, SolgestXXI, S.L.

DIRECTOR

Ignacio Escolar

DIRECTORES ADJUNTOS

Neus Tomàs

Ander Oliden

José Manuel Romero

EDITOR DE LA REVISTA

Gumersindo Lafuente

DISEÑO

David Velasco

Olga Blanco

EDICIÓN

Guillermo López Linares

ILUSTRACIÓN DE PORTADA

Riki Blanco

EDITA

Diario de Prensa

Digital, S.L.

Gran Vía, 46. 28013 Madrid

Tel. 91 548 96 67

DL: M-4188-2013

ISSN: 2255-3932

FOTOMECÁNICA

Esther García

IMPRIME

SolgestXXI, S.L.

DISTRIBUYE

SGEL, S.A.

www.eldiario.es

#53. SEPTIEMBRE 2026

Alerta democrática

Gobiernos democráticos de todo el mundo sufren hoy un acoso permanente. Los bulos y las mentiras en redes sociales son la nueva herramienta política de los neofascistas. Trump, Putin y los multimillonarios tecnológicos agitan el tablero global para limitar los derechos civiles y usan la creciente desigualdad como combustible. Las libertades están en peligro. En esta revista retratamos la gravedad de esta amenaza y aportamos pistas y soluciones para enfrentarla.



Un cómic de
Darío Adanti

PÁGINA 76

IA: cómo la manipulación de la realidad amenaza la democracia

Carlos de Castillo PÁGINA 12

Cuando la democracia global se mina desde Washington

Andrés Gil PÁGINA 20

Europa, sola y dividida ante Trump, Putin y China

Rodrigo Ponce de León PÁGINA 26

Y qué opinan los jóvenes

Ignacio Urquiza PÁGINA 38

¿Quién controla los desvíos del Poder Judicial en España?

José Manuel Romero PÁGINA 44

¿Cómo se desmonta un régimen autoritario?

Javier Biosca PÁGINA 58

Por qué es tan difícil gobernar las democracias hoy

María Ramírez PÁGINA 64

La aritmética de la derrota

Pablo Simón PÁGINA 70

TRIBUNAS

Ignacio Escolar

La democracia no se defiende sola

PÁGINA 4

Sandra León e Ignacio Jurado

El mal perder

PÁGINA 18

Carme Colomina

Desigualdad, mentiras y algoritmos

PÁGINA 34

Steven Forti

Pasar a la ofensiva

PÁGINA 56

Esther Palomera

El contagio silencioso

PÁGINA 82

ENTREVISTAS

Pepper Culpepper

“El mayor exponente del buen populismo es Zohran Mamdani”

PÁGINA 6

Susan C. Stokes

“EE UU debería ser el ejemplo alarmante de lo que puede suceder en un camino de erosión democrática”

PÁGINA 50

HUMOR

Manel Fontdevila

PÁGINA 32

Bernardo Vergara

PÁGINA 62

La democracia no se defiende sola

La revolución digital ha empujado el deterioro democrático. La mejor tecnología jamás inventada para transmitir información resucitó el terraplanismo, rompió el debate público y disparó el odio

Presentación

Ignacio Escolar

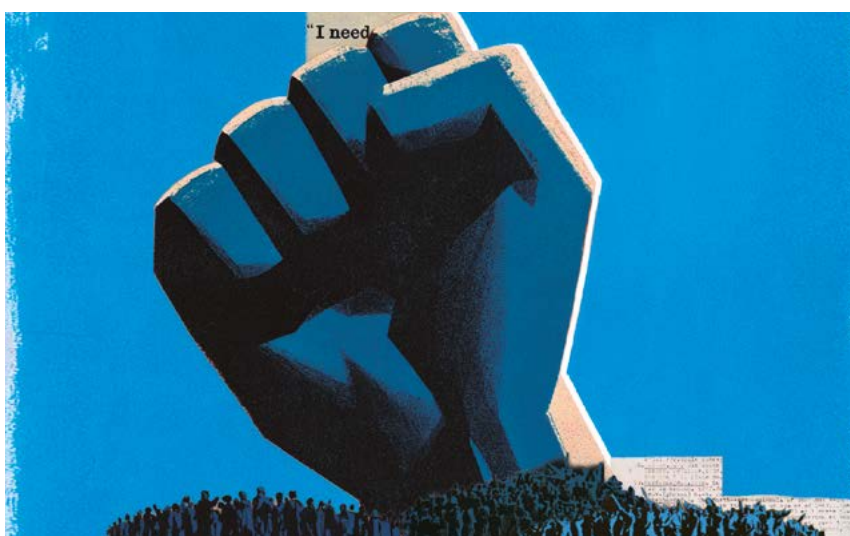
Director de elDiario.es. @iescolar



Durante décadas dimos por sentadas tres ideas: que el mercado acabaría exigiendo libertades políticas, que a partir de cierto nivel de renta la democracia ya no tendría marcha atrás y que la circulación de información acabaría con los tiranos. Eran las tres certezas del optimismo liberal tras el fin de la Guerra Fría. Occidente había ganado y la victoria de la democracia capitalista parecía definitiva: “el fin de la historia”, como la bautizó Francis Fukuyama con evidente triunfalismo. Hoy esas tres certezas están seriamente cuestionadas, no por los enemigos de la democracia, sino por los hechos.

No, el mercado no acaba exigiendo libertades políticas. El capitalismo y el autoritarismo son plenamente compatibles. El crecimiento de la economía de mercado no lleva de forma inexorable hacia la libertad.

El ejemplo de China es el más conocido, pero resulta más interesante el de Singapur. Formalmente podría parecer una democracia; hay elecciones... que siempre gana el mismo partido desde 1959. Su mecanismo de control no descansa en la represión brutal, sino en una sofisticada ingeniería institucional: un sistema electoral que favorece al partido gobernante, medios de comunicación controlados por el poder y leyes sobre difamación capaces de asfixiar económicamente a críticos y adversarios. La oposición no está prohibida, está neutralizada. Igual que los sindicatos, integrados en el propio aparato del Estado. Entre 1986 y 2012 no hubo en Singapur una sola huelga. El liderazgo es casi dinástico: entre el fundador de este régimen, Lee Kuan Yew, y su



hijo, Lee Hsien Loong, sumaron medio siglo de gobierno. En este tiempo, Singapur ha pasado de ser un país pobre a convertirse en una de las naciones con mayor renta per cápita del planeta. Ocupa el primer puesto en el informe PISA sobre educación. Y también es uno de los países con mayor tasa de ejecuciones por habitante del mundo. Un lugar donde la homosexualidad masculina fue considerada un delito hasta el año 2023.

Singapur fue uno de los modelos que estudió Deng Xiaoping al impulsar la transformación económica china: autoritarismo, capitalismo y tecnocracia. Hoy Singapur fascina a los teóricos de la “ilustración oscura”, como Curtis Yarvin, partidario de un “CEO monarca”, una dictadura tecnológica ultracapitalista. No es un friki de Internet: Peter Thiel financió la empresa de Yarvin y el vicepresidente de EEUU, JD Vance, lo cita como una de sus influencias.

La segunda certeza también ha saltado por los aires: la democracia sí tiene marcha atrás, incluso en los países ricos. Durante décadas, los politólogos creían haber encontrado algo parecido a una ley física: por encima de

cierto nivel de renta per cápita las democracias no colapsan. No era verdad.

Las democracias ricas no colapsan como lo hacían los países pobres, tras un golpe de Estado. Ya no funciona así. Pueden conservar las elecciones y los parlamentos mientras pierden gradualmente los contrapesos que limitan el poder. Polonia y Hungría estaban muy por encima de aquel umbral económico cuando comenzaron a recorrer ese camino. Pocos habrían imaginado que Estados Unidos viviría un retroceso autoritario tan grave como el actual o que la ola reaccionaria amenazaría a las tres economías más grandes de Europa: Alemania, Francia y Reino Unido.

La tercera certeza era quizá la más ingenua: que la información haría libres a los ciudadanos. Es una decepción que tomo como algo personal porque es lo que yo viví, lo que pensaba veinte años atrás. Soñábamos con Internet democratizando el mundo y ocurrió justo al revés.

La revolución digital es el factor que probablemente más ha pesado en el deterioro democrático. Quién nos lo iba a decir: la mejor tecnología jamás inventada para transmitir información resucitó el terraplanismo, rompió el debate público y disparó el odio. También nos equivocamos sobre quién acabaría vigilando a quién. Creíamos que Internet haría transparentes a los gobiernos; no ha sido así. Ha hecho transparentes a los ciudadanos. Aún recuerdo el ejemplo de Wikileaks, lo que pensábamos entonces y lo que finalmente ocurrió, con Julian Assange cruelmente perseguido hasta su rendición.

No es muy distinto de lo que ocurrió con el software libre y con la idea de Richard Stallman de que compartir el código nos llevaría a una sociedad menos egoísta y evitaría los monopolios digitales. No ha sido así. El código que vino a liberar la tecnología ha ayudado a cerrarla. Linux es el núcleo con el que funcionan todos los teléfonos Android, y también lo que permite operar la nube: la gran mayoría de los centros de datos. Triunfó como software pero fracasó como libre. Hoy es una pieza muy funcional en el oligopolio de las grandes tecnológicas, que acumulan un poder que ya solo es comparable en la escala histórica con el de las instituciones religiosas. Un poder que trasciende lo económico, que tiene que ver con lo que sentimos, creemos u odiamos.

La distopía totalitaria del siglo XX tropezaba con una limitación material: su tecnología estaba muy por detrás de sus ambiciones; el viejo Gran Hermano era caro e ineficiente. La República Democrática Alemana necesitaba un agente o informante por cada 60 ciudadanos, y ni siquiera así evitó su colapso. La Stasi jamás soñó con el reconocimiento facial ni con la inteligencia artificial aplicada al análisis masivo de datos. Tampoco hubo dictador alguno capaz de conseguir que casi todos sus ciudadanos llevaran voluntariamente en el bolsillo un dispositivo

dotado de micrófono, cámara y geolocalización.

La tecnología digital ofrece a la dictadura exactamente lo que necesita: control vertical de la información y vigilancia panóptica del disidente. Al tiempo, ha roto aquello que necesitaba la democracia: comunicación horizontal y ciudadanos capaces de hablar entre ellos sobre una realidad mínimamente compartida.

Nunca fue tan fácil expresarse. Pero la libertad de expresión no garantiza por sí sola el debate democrático. Cualquiera puede publicar cualquier cosa, pero unas pocas empresas deciden qué será visible. En el mejor de los casos, lo harán primando sus intereses económicos, aquello que te pega a la pantalla

azuzando tus emociones más primarias. En algunos lugares del mundo, como en China, es el propio Gobierno quien diseña el algoritmo. En algunas redes, como X, es un megáfono de extrema derecha.

La libertad global lleva veinte años retrocediendo de manera ininterrumpida, según Freedom House. Cuando Facebook nació, hace poco más de veinte años, el 46% del mundo vivía en países clasificados como libres. Hoy solo es el 21%.

La desigualdad económica también impulsa el desencanto democrático. Las democracias liberales prometieron prosperidad compartida, no la repartieron igual, y quienes se quedaron atrás buscan otra cosa: el hombre fuerte como venganza de los olvidados.

El mensaje de la extrema derecha crece con la desigualdad, pero no la soluciona. Aquellos países que han seguido el camino autoritario han generado una élite parasitaria aún más caníbal que la que decían combatir. Cuesta encontrar en la historia un gobierno estadounidense más corrupto que el de Donald Trump, o un plan económico que haya provocado más dolor entre sus propios votantes que el que puso en marcha Javier Milei.

La extrema derecha no es eficaz porque encuentre soluciones: crece porque es muy hábil señalando a los supuestos culpables. No importan los datos; importan las emociones. Y ese discurso ha encontrado en los algoritmos el mejor ecosistema para prosperar.

La democracia no es el destino natural de la historia. Nunca lo fue. Fue ingenuo pensar que las libertades están garantizadas, o que el mundo solo se mueve en una dirección. Frente a las tres supuestas certezas que se demostraron falsas, es hora de plantear otras tres ideas. Que la democracia necesita regular los excesos del mercado, porque el dinero nunca tuvo como prioridad la libertad. Que ningún país está a salvo de la involución autoritaria, tampoco el nuestro. Y que la información y el debate público son demasiado importantes como para dejarlos en manos de los algoritmos de unas pocas empresas.

Saberlo no basta. La democracia no se defiende sola. Depende de nosotros.



Pepper Culpepper

“El mayor exponente del buen populismo es Zohran Mamdani”

El experto en la relación entre capitalismo y democracia cree que la indignación popular ante los excesos de las corporaciones tecnológicas podría llevar a que los partidos de izquierda y derecha unan esfuerzos para la renovación de la democracia



Pepper Culpepper,
vicedecano de la Escuela
de Gobierno de la
Universidad de Oxford
y coautor de *Billionaire
Backlash*. JOHN CAIRNS

En 1906, la novela *La jungla* del periodista de investigación Upton Sinclair hundió la industria cárnica de Estados Unidos y alimentó una era de regulación, avances laborales y reformas democráticas. La ola ya estaba en marcha, pero la descripción de los abusos de la industria cárnica que él y otros reporteros habían retratado en artículos periodísticos fue la mecha que encendió la ira popular y movilizó a los políticos.

Media docena de editoriales rechazaron el manuscrito por su crudeza en el retrato de una planta de Chicago en la que la falta de control era tal que la carne para las salchichas se mezclaba en la picadora con los cadáveres de las ratas y el arsénico para matarlas. La novela fue uno de los primeros éxitos comerciales de la editorial Doubleday.

El efecto inmediato fue el derrumbe a la mitad del consumo de carne en Estados Unidos en tan solo seis meses. La presión popular empujó al gobierno de Teddy Roosevelt no solo a regular el sector, sino también a apoyar una nueva oleada de estándares laborales y de vigilancia de los monopolios. Los excesos de la llamada Edad Dorada acabaron en reformas que dieron origen a las grandes agencias de regulación, pero también dieron impulso a la participación democrática. Como ahora, los megarricos controlaban los recursos y el poder político; el periodismo, el enfado popular y los escándalos pudieron con ellos.

Pepper Culpepper, vicedecano de la Escuela de Gobierno de la Universidad de Oxford y catedrático de Políticas Públicas, experto en la relación entre la democracia y el capitalismo, cree que nuestro tiempo de excesos y dominio corporativo se puede parecer más a esa década problemática pero esperanzadora de 1900 que a los años más oscuros de la década de los 30.

Su libro *Billionaire Backlash* (La reacción contra los multimillonarios) publicado este año en inglés y escrito junto a Taeku Lee, catedrático de Gobierno de la Universidad de Harvard, está basado en décadas de estudio de la opinión pública en Estados Unidos, Europa o Corea del Sur. Los autores argumentan que los escándalos que afectan a grandes empresas son los que más mueven a los ciudadanos y pueden servir para reformar y preservar la democracia. Los escándalos corporativos suelen ser menos partidistas que los escándalos políticos, afectan a la vida cotidiana y obligan a las autoridades a moverse de manera más radical. El libro estudia la reacción a casos que han afectado a grandes empresas como Volkswagen, Enron, Samsung y Facebook.

Culpepper cree que ahora más que nunca los partidos que quieran renovar la democracia tienen que centrarse en controlar el poder de las grandes corporaciones tecnológicas. Ya existe una opinión pública latente suficiente en su contra, y eso puede llevar a lo que los autores llaman un “populismo

Entrevista PEPPER CULPEPPER

constructivo”. No creen que falten héroes civiles ni reporteros entregados como Sinclair, pero las dificultades para informarse y tener impactos son cada vez mayores en un ecosistema de medios más fragmentado como el actual. Aun así, Culpepper sigue siendo optimista.

Esta es parte de nuestra conversación, editada por razones de extensión y claridad.

¿Por qué se centran en los escándalos corporativos?

Sin una presión pública concentrada sobre los políticos en nuestros sistemas democráticos, no se logra ningún cambio. Los escándalos corporativos, a diferencia de los políticos —que generan mucho ruido, pero poca unanimidad porque se ven de forma muy partidista—, logran atraer la atención pública hacia asuntos esenciales de regulación económica y no suele haber tanto desacuerdo partidista sobre muchos de ellos.

Pero algunos escándalos solo resultan en multas no tan severas y a largo plazo hay pocos cambios. Pienso en Cambridge Analytica y otros escándalos que menciona en el libro. Tuvieron un impacto enorme en su momento, pero a la larga es fácil ver a las mismas empresas u otras similares haciendo las mismas cosas.

Si tomamos el caso de Cambridge Analytica, que empañó de manera fundamental a Facebook, se podría argumentar por ejemplo que el precio de sus acciones ha seguido subiendo. Sin embargo, Facebook quedó dañada por el escándalo de una forma que ha perdurado. En Estados Unidos, hubo atención sobre el tema, pero como el Congreso no funciona y los senadores no tenían ni idea de lo que estaba pasando, como quedó claro en las sesiones con Mark Zuckerberg, no ocurrió nada con la privacidad a nivel nacional. No obstante, en California, el estado económicamente más importante, se aprobó una ley que en muchos aspectos es similar a la ley de protección de datos de Europa.

Gran parte del impulso que provino del escándalo de Cambridge Analytica se materializó en la Ley de Mercados Digitales y la Ley de Servicios Digitales, las grandes leyes de regulación preventiva de la Unión Europea. Son normas imperfectas que intentan lidiar con el gran problema de cómo adelantarse a estas empresas antes de que se traguen por completo los mercados y cómo dar a los reguladores un poco más de iniciativa, pero es una gran mejora respecto a dónde estaba la Unión Europea respecto a su capacidad para garantizar que exista competencia.

No somos idealistas ingenuos respecto a los escándalos; no creemos que por sí solos vayan a transformar la democracia, pero el poder de la atención pública concentrada que todavía desatan nos dan esperanza. Las multas son un ejemplo, pero el cambio legal que modifica la estructura del debate político es mucho más importante.

Es muy interesante en el libro la división entre el buen populismo y el mal populismo. ¿Qué se necesita para que el público se concentre en un tipo de populismo más constructivo en lugar de lo que hemos visto en la política últimamente, que es un populismo destructivo o dirigido contra grupos de personas?

Por un lado, está la idea de luchar contra la injusticia económica, que tiende a ser el buen populismo, y por el otro el fracaso político, que es lo que llamamos mal populismo y lo que mucha gente asocia con el populismo a secas en muchos países de Europa. Por ejemplo, cuando la gente dice que los medios de comunicación tradicionales no funcionan o que no importa a qué partido elijamos porque hay un grupo pequeño y secreto de personas que dirigen el mundo, todo eso encaja en la línea del mal populismo.

El populismo es la distinción cargada de moralismo entre los intereses del pueblo y una élite; la pregunta clave es de qué grupo externo se habla. El populismo puede marginar a grupos minoritarios e inmigrantes, ya sean grupos raciales o religiosos; hemos hecho estudios sobre la población negra, norteafricana y judía en varios países y hay muchas similitudes. Pero el populismo también puede presionar contra las grandes empresas y los multimillonarios, a quienes muchos ciudadanos ven como opuestos a los intereses del votante común. Puede que se les culpe de cosas que no son su culpa, pero muchas cosas sí lo son, y tienen espaldas anchas, pueden soportarlo.

Cuando se cuestionan los derechos de miembros de nuestra comunidad política que a menudo ya están muy marginados, eso es malo para la democracia: no podemos sostener democracias multirraciales con esa tensión constante. En cambio, lo que sí podemos sostener es que la democracia se reafirme frente a las grandes empresas, antidemocráticas en el sentido de que intentan subvertir el sistema democrático. De hecho, lo hemos visto a lo largo del tiempo. En nuestro libro, hablamos mucho sobre la era progresista estadounidense a principios de la década de 1900.

La democracia es un concepto abstracto, pero los multimillonarios y los derechos que tienen son un tema muy concreto sobre el cual encontramos que la gente concentra gran parte de su ira. El buen populismo se centra en la idea de que el sistema es injusto. Y en un sistema injusto, la gente no va a querer aceptar los compromisos necesarios para que funcione, donde pueda decir: “Votaré y, si mi partido no gana, dejaré que gobierne el otro partido porque en el futuro tendré la oportunidad de que los míos lo hagan mejor y atraigan a más personas para que voten por ellos”. De eso trata la democracia.

Si el sistema es injusto y siempre gana el otro lado, o siempre gana un grupo de interés como los muy ricos, eso no será sostenible porque la gente no estará dispuesta a confiar ni aceptar la alternancia.

Mirando a los políticos, ¿es fácil distinguir el mal populismo del buen populismo? Algunos políticos mezclan estas ideas...

No solo en los políticos, sino en los propios votantes. Hablamos del buen populismo y del mal populismo como si fueran dos cosas completamente diferentes; analíticamente son distintas, pero a menudo conviven dentro del mismo votante.

La forma en que intentamos pensar en esto es ver qué sentimiento populista se quiere resaltar. El buen populismo viene del argumento de la injusticia económica, y no es un argumento de izquierda o derecha, es algo que se ve expresado un poco más por los votantes de izquierda, pero que está ampliamente compartido por los votantes de derecha. Nosotros señalamos a los partidos políticos que tienen miedo de utilizarlo porque temen espantar a los donantes, especialmente en Estados Unidos.

¿Y en Europa?

En Europa también hay personas que temen que se les cuelgue la etiqueta de socialistas o comunistas porque es malo para los negocios. Paradójicamente, en realidad estamos en una era donde lo que es bueno para los negocios y lo que es bueno para los multimillonarios a menudo son cosas diferentes, porque los multimillonarios quieren controlar los mercados, no quieren mercados competitivos.

Hacer los mercados competitivos — que es exactamente lo que hace dinámico al capitalismo — es algo que va en contra de los intereses de las empresas más grandes y de los multimillonarios. Esto está poniendo del revés la política tradicional de izquierda y derecha, y abriendo la posibilidad de coaliciones improbables.

En última instancia, que esto sea una fuerza en nuestra política depende de que los líderes de ambos lados — aunque creemos que lo veremos primero en la izquierda — se enfoquen en la ira pública con el sistema establecido y cómo protege a las grandes empresas, y en descifrar cuál sería un trato justo: ahí vemos la posibilidad para la renovación de la democracia.

Pero en Estados Unidos y en Europa hemos visto a partidos más bien a la derecha triunfar con la idea de que el sistema está amañado. ¿Es solo la ola del momento y veremos a nuevos partidos de izquierda tomar este mensaje?

No quiero hablar únicamente de Estados Unidos, pero en este caso hay que mirar lo que está sucediendo en la carre-

ra para las elecciones de mitad de mandato de este noviembre. En las primarias demócratas se está manifestando el buen populismo, como en el caso de Abdul El-Sayed, que ganó las elecciones en Michigan en una carrera muy reñida contra una candidata del aparato del partido que contaba con 60 millones de dólares donados por grupos externos, en particular AIPAC, el grupo de presión proisraelí estadounidense.

Abdul El-Sayed dice: “Queremos el dinero fuera de la política y queremos sanidad para todos”. Está pensando en lo que la gente quiere y ese mensaje está abriéndose paso a pesar del dinero en la política... Lo vemos también en Texas de manera muy diferente con James Talarico, un candidato que está uniendo ideas de religión con el sistema injusto y que ataca a los multimillonarios. Y probablemente el mayor exponente del buen populismo es Zohran Mamdani: se postuló para alcalde de Nueva York contra todo el sistema establecido y los barrió a todos.

Estamos viendo el buen populismo personificado de esta manera, y gran parte del debate en Estados Unidos malinterpreta lo que está pasando. Lo lee a través del viejo prisma de que esto es la izquierda del partido atacando a los centristas del partido, y eso no es lo que está pasando. Lo que está pasando es que hay un ala antisistema que dice que el sistema establecido nos ha fallado de manera esencial. Por lo tanto, la energía está con los candidatos que dicen que tenemos que arreglarlo y que el dinero en la política es un factor esencial.

Incluso si estos candidatos ganan, o si en Europa vemos algo similar, ¿son estas empresas, particularmente las tecnológicas, tan poderosas que ningún gobierno puede

controlarlas?

Las empresas siempre van a ser muy poderosas; la cuestión es cuánto las limitan los gobiernos democráticos. Cuando miramos a las empresas tecnológicas más grandes, parece que están completamente fuera de control y que pueden hacer lo que quieran, y a la gente no le gusta eso. Por eso señalamos la era progresista de 1900, donde existía exactamente el mismo sentimiento.

Al igual que con las empresas tecnológicas actuales, las grandes corporaciones, lo que entonces se llamaba *trusts*, habían logrado enormes avances económicos. Construyeron los ferrocarriles que cruzaron Estados Unidos permitiendo un enorme desarrollo económico, pero también crearon una inmensa riqueza económica que se concentró en unos pocos individuos. Elon Musk tiene ese tipo de riqueza,

“Si no se responde a la demanda pública de control de las corporaciones, podríamos ir por un camino muy desagradable y con resultados parecidos a los de la década de los años 30”
“El buen populismo y el mal populismo a menudo conviven dentro del mismo votante”

Entrevista PEPPER CULPEPPER

pero si miramos atrás, también la tenían Rockefeller y Standard Oil.

Lo que sucedió entonces fue una reacción en contra del poder de esas empresas, que también respondieron. Lo hicieron entonces y lo van a hacer ahora.

¿La dimensión del poder actual ha cambiado la esencia del conflicto en comparación con el pasado?

Se podría decir que las empresas ahora controlan los medios, pero las empresas de aquel entonces controlaban todos los periódicos. Podemos decir que es una tecnología fundamentalmente diferente ahora: no tenemos solo unos pocos periódicos, tenemos una capacidad infinita de transmitir nosotros mismos en TikTok o lo que sea. Pero Elon Musk controla X, Jeff Bezos, el *Washington Post*, Patrick Soon-Shiong, *Los Angeles Times*. Lo mismo ocurre en Europa, donde también hay grandes intereses de control en las grandes empresas de medios. Así que va a ser una pelea dura y prolongada.

Pero lo que me da esperanza es que los gobiernos siguen siendo más fuertes que estas empresas. Por eso, los oligarcas tecnológicos en Estados Unidos son tan cuidadosos con Donald Trump, porque realmente le temen.

Son empresas globales, ¿pueden los gobiernos en Europa u otros lugares limitar su poder?

Estados Unidos va a tener que tomar la iniciativa en el control de estas empresas porque la mayoría de ellas son estadounidenses. Hay miles de millones de razones por las cuales los partidos apoyan a las empresas en lugar de a la gente, pero en última instancia las empresas no pueden votar y las personas sí. Si siguen perdiendo elecciones, los gobiernos y los partidos empezarán a darse cuenta de que tienen que enfrentarse a estas empresas.

Cuando eso ocurra, se verán ajustes muy drásticos. Ahora mismo estas empresas están intentando tomar el control político porque es una buena estrategia económica. Pero si se convierten en el objeto central de la competencia política, se retirarán porque solo quieren ganar dinero.

Ya han demostrado antes que siguen el viento político. La idea de que estas empresas están detrás de todo y tienen un control absoluto no es consistente con la realidad. Son tipos ricos que se creen buenos en todo porque fueron buenos en una cosa, que fue construir empresas muy innovadoras. Con la opinión pública movilizada, tenemos una oportunidad de que estas empresas den marcha atrás. Se-

guirán siendo poderosas, Mark Zuckerberg seguirá teniendo una influencia sobre la política que yo nunca tendré. Sin embargo, si hay un conjunto de reglas acordadas entre la izquierda y la derecha sobre cómo se controlan estas empresas, los multimillonarios las respetarán en lugar de intentar irse a vivir a Marte.

¿Qué tipo de escándalo movilizaría al público? Hay casos judiciales contra OpenAI y Meta, y un rechazo no partidista contra los centros de datos...

Según mis estudios en Estados Unidos, se está construyendo una fuerte opinión pública en contra de la expansión de los centros de datos. También hemos visto el incidente de OpenAI con el modelo descontrolado que hackeó Hugging Face y los modelos de Anthropic que han sido capaces de actuar por sí mismos. Existen problemas reales de control sobre cómo vamos a regular a estas empresas.

En una entrevista en *The Economist* con Elon Musk, la entrevistadora le preguntó cómo pensaba que deberían controlarse estas empresas, y él respondió que sus líderes deberían hablar entre ellos cada dos semanas. Eso no es lo que debería pasar. No queremos a los tipos ricos tomando decisiones sobre sus empresas y sus ganancias en nombre de todos nosotros; queremos que los reguladores puedan descifrar una manera en la que el gobierno les exija rendir cuentas.

Ocurrirá algún incidente con la IA, y algún evento de ese tipo concentrará la atención pública y eso conducirá rápidamente a la regulación. Puede que sea una mala regulación al principio,

pero será la primera instancia para intentar controlar a esas empresas y redefinirá el terreno de lo que se llama la "ventana de Overton" de posibilidades sobre qué políticas se pueden aplicar.

Cuando ocurra ese cambio, sucederá de manera muy dramática. No se sabe exactamente cómo la IA va a cambiar las cosas, pero también va a cambiar la política. Así que dentro de un par de años —y me invento esa cifra— la situación política bien podría haber cambiado hasta el punto de que estas empresas sean reguladas de una manera que nunca imaginaron.

¿Cómo se puede conseguir la atención pública en este entorno de medios tan fragmentado, incluso si sucede algo realmente grave?

Es un desafío. Las democracias necesitan tomarse en serio la esfera de los medios, y Europa está muy por delante en esto. Estados Unidos está limitado por la Constitución y las interpretaciones actuales de la Primera Enmienda, que ga-

"Enfocarse en la ira pública ante la protección a las grandes empresas ofrece una posibilidad para la renovación de la democracia"

"Las democracias no pueden funcionar si la gente no puede conseguir buena información"

rantiza la libertad de expresión de una manera bastante radical. Pero las democracias no pueden funcionar si la gente no puede conseguir buena información. En este espacio tan fragmentado es difícil descifrar cómo va a suceder eso, cómo la gente puede empezar a tener la misma versión de la verdad, pero no es imposible.

Un ejemplo es el de los papeles de Epstein. Tanto la izquierda como la derecha desestimaron en principio la investigación, pero la gente siguió exigiendo ver los archivos de Epstein. Esto fue impulsado por personas que el centro político consideraba extremistas. Cuando las cosas empezaron a salir a la luz en contra de la voluntad del presidente Trump, revelaron fallos asombrosos del sistema. Incluso Fox News tuvo que informar sobre ello a pesar de que quería seguir la línea del presidente Trump de decir que no pasaba nada importante. El hecho de que el caso Epstein siga siendo un tema importante en la política, al menos en Estados Unidos, nos sugiere que existe la posibilidad de crear este espacio común incluso en nuestra esfera de medios fragmentada.

¿Hay riesgo de que la lucha por limitar el poder excesivo de las tecnológicas se convierta en una batalla partidista, como pasó con la crisis climática en EEUU?

Para empezar, hay que entender qué pasó en ese tema. El cambio climático en Estados Unidos a principios de la década de 1990 no era un tema partidista. Había tantas personas preocupadas por el cambio climático entre los demócratas como entre los republicanos. Para 2015, era el tema más partidista en Estados Unidos. ¿Qué pasó entre medias? Los partidos se apoderaron de ese tema como un asunto sobre el cual competir. Y eso está sucediendo ahora en Europa.

Durante mucho tiempo, en muchos países europeos hubo un acuerdo entre izquierda y derecha sobre la importancia del cambio climático. Pero entonces los partidos de extrema derecha empezaron a competir con el tema del cambio climático y a robar votos al centro-derecha, y por eso el centro-derecha en un país tras otro se ha vuelto escéptico sobre el cambio climático.

Cuando un tema se convierte en partidista la gente no piensa en los problemas según sus méritos; piensa en ellos como una cuestión de identidad, de la misma manera que uno piensa si apoya al Barcelona o al Real Madrid, y esa no es una decisión racional, es una decisión de política identitaria sobre a quién estás apoyando.

¿Y puede pasar lo mismo con la política ante las tecnológicas?

Es posible. Especialmente en torno a las criptomonedas, pero también en torno a la IA —temas relacionados y referentes de cómo se ve el futuro—, los dirigentes de la derecha están fijando una posición muy diferente de la de la izquierda. Pero entre los votantes de la derecha hay una profunda sospecha hacia la IA, las empresas de IA y las criptomonedas, por si en realidad se trata de una estafa. Ese escepticismo atra-

viesa a la izquierda y a la derecha, y por eso va a ser difícil arrastrar a los votantes en bloque hasta alinear el tema con el eje izquierda-derecha. Va a ser uno de los asuntos definitorios de la política durante los próximos 15 o 20 años, y en los próximos cinco los cambios van a ser dramáticos: las preocupaciones sobre los centros de datos, la IA fuera de control, lo que va a pasar con los mercados laborales... Con el cambio climático, los partidos arrastraron a sus votantes; aquí no estoy seguro de que puedan hacerlo.

Desde que empezó a trabajar en el libro, ¿ha visto algún cambio que le dé más motivos de preocupación para la política o las corporaciones?

Este proyecto comenzó intentando comprender los resultados de la crisis financiera y cómo había cambiado la política. Pasamos una década intentando entender cómo respondía la opinión pública. Ha habido muchos eventos preocupantes: erosión de normas y comportamientos que antes se consideraban fuera del marco democrático. Como muchos colegas, nos hemos preocupado más en los últimos dos años.

Pero por otro lado, vemos repuntar tendencias en la opinión pública. El caso de los centros de datos es emblemático. Está empezando a calar el problema del control de la economía por parte de unos pocos actores. Estamos entrando en un período crítico.

Las cosas están peor de lo que pensábamos hace dos años cuando enviamos el libro a la editorial, pero seguimos viendo razones para la esperanza. No es una esperanza ingenua de que haya un 100% de posibilidades de que todo salga bien; vemos una posibilidad de que las cosas mejoren. Es una posibilidad que implica que la opinión pública se enfoque en estos temas y que los partidos políticos realmente respondan a ellos.

Dice en el libro que muchos miran a este período y piensan en los años 30 y en una época muy oscura de fascismo y dictadura, mientras que usted ve una posibilidad muy diferente. ¿Qué le hace ser, en cierto modo, optimista en este momento?

Los estudiosos de la política a menudo piensan en el mundo como algo controlado por un conjunto de estructuras en las cuales los individuos tienen una capacidad limitada para cambiar las cosas. Lo que está ocurriendo ahora es la concentración extrema de poder en un conjunto de empresas y el auge de los hipermillonarios. Eso no se parece en nada a la década de 1930, a lo que se parece es a la década de 1900 en Estados Unidos. Esto no significa que vayamos a avanzar con certeza hacia una nueva era progresista donde los partidos de izquierda y derecha se pongan de acuerdo en cómo controlamos a las corporaciones, pero va a haber una gran demanda pública para ello. Y si esa demanda pública no se satisface, podríamos ir por un camino muy desagradable, con resultados parecidos a los de la década de 1930.

IA

Cómo la manipulación de la realidad amenaza la democracia





De un Mundial de fútbol a un genocidio inventado en Sudáfrica: la inteligencia artificial y las redes sociales ya pueden construir una versión de los hechos a la medida de cada persona. Es el mayor desafío al que se hayan enfrentado nunca las democracias



Carlos del Castillo

Redactor de elDiario.es especializado en tecnología



Ilustración de **Riki Blanco**

Dicen que no hay pasión como la argentina y que existen pocas ocasiones para verla desbordarse como en un Mundial de fútbol. Ese fervor es uno de los mitos que construyen el imaginario colectivo del torneo, como el *jogo bonito* brasileño o esa obsesión inglesa por devolver la Copa al país que inventó este deporte pero que no la levanta desde hace 60 años. Pilares de la locura colectiva que ayuda a miles de millones de personas a convertir cada victoria en una epopeya y cada derrota en una tragedia personal que seguirán recordando muchos años después del pitido final.

En este Mundial, sin embargo, la pasión dio paso a algo distinto. Una realidad paralela construida sobre vídeos, audios, fotografías y capturas falsas enfrentó a los argentinos con el resto de aficionados. “La Copa del Mundo confirmó algo que otros eventos venían anticipando: el evento deportivo más importante del planeta es hoy también el escaparate más grande para la desinformación generada con inteligencia artificial”, explicó la Fundación Gabo: “Al ser el primer Mundial con un formato ampliado de 48 selecciones, la audiencia, los idiomas y las comunidades nacionales se multiplicaron, y con ellos la superficie de exposición a falsos rumores y contenidos manipulados”.

Ese fervor argentino se convirtió en material combustible. Incontables pirómanos, oportunistas y redes de *bots* aprovecharon el momento. Las emociones son el mecanismo que tumba el espíritu crítico y abre la puerta a los bulos y las teorías de la conspiración. La pasión argentina se convirtió en la excusa perfecta para enfrentar al país con el resto del mundo.

Un pique de bar planetario

“Circularon acusaciones falsas o sin pruebas sobre un supuesto trato preferencial de la FIFA y los árbitros hacia la Argentina”, documentó Chequeado, la principal organización argentina de detección de bulos. “Como parte de la campaña antiargentina, circuló un video generado con IA que mostraba a hinchas argentinos golpeando a un aficionado mexicano”, continúa. En las horas previas a la final del torneo, también se viralizó un supuesto intercambio de mensajes en el que Sergio *Kun* Agüero insultaba al padre de Lamine Yamal. Violencia falsa para empujar la indignación real.

Del otro lado se reproducía la misma táctica como en un espejo deformado. Dirigentes internacionales criticando a Messi, filtraciones virales sobre un plan para impedir que Argentina ganara, imágenes falsas mostrando persecuciones a aficionados argentinos. Todo generado con inteligencia artificial. La tecnología fabricaba el contenido y las redes sociales lo distribuían a una audiencia global pendiente del Mundial. Un pique de bar de nivel planetario turboalimentado por los algoritmos.

La misma combinación de IA, redes y emociones que incendió el Mundial está contaminando los consensos democráticos más básicos

Muchos de los incitadores solo querían ver las redes arder. Otros tenían objetivos mucho más concretos. “La difusión de declaraciones ficticias mediante cuentas verificadas de X, que buscan monetizar su contenido, fue una de las principales modalidades de desinformación”, identificó Chequeado.

Jorge Valdano popularizó aquello de que “el fútbol es lo más importante de entre las cosas menos importantes”. Lo ocurrido durante este Mundial, no obstante, es una prueba más de una de las amenazas más trascendentales que se ciernen sobre las sociedades modernas. La misma combinación de inteligencia artificial, redes sociales y emociones desatadas es lo que está empujando a todo el debate público a un pantano de polarización y toxicidad que contamina los consensos democráticos más básicos. El contexto perfecto para el extremismo y las políticas identitarias. Fue Javier Milei quien mejor ilustró hasta qué punto ese mecanismo trasciende el resultado de un partido, alimentando las teorías de la persecución contra Argentina desde sus perfiles oficiales y aprobando un decreto de urgencia en pleno Mundial para expulsar del país a cualquiera que difundiera odio contra sus ciudadanos o la bandera.

La desinformación y la influencia a gran escala figuran entre las categorías de mayor riesgo que el MIT asocia a la inteligencia artificial. El instituto, uno de los principales centros de investigación tecnológica del mundo, lo define como el “uso de sistemas de inteligencia artificial para llevar a cabo campañas de desinformación a gran escala, vigilancia maliciosa o censura y propaganda automatizadas, selectivas y sofisticadas, con el objetivo de manipular los procesos políticos, la opinión pública y el comportamiento”.

Soldados que nunca existieron

Este tipo de campañas híbridas, en las que se juntan los oportunistas que intentan monetizar la atención de los usuarios y los actores con intereses políticos o económicos que los utilizan para avanzar en sus agendas, son la nueva realidad de las democracias. En el fútbol siempre existe la certeza del resultado final, pero en situaciones como las guerras, donde la verdad y la propaganda son indivisibles hasta muchos años después del conflicto, esas certezas se difuminan.



Algunas de las imágenes generadas con Gemini que circularon por redes mostrando a supuestos soldados estadounidenses capturados por Irán.



El conflicto entre EEUU e Irán lo ejemplifica. En ese contexto se registró el incidente más grave de IA, redes y desinformación identificado por el MIT este año.

“Imágenes generadas por IA que supuestamente mostraban a tropas de la Delta Force de EEUU capturadas por la Guardia Revolucionaria iraní se difundieron ampliamente en plataformas de redes sociales como X, Facebook y Telegram. Las imágenes falsas se crearon utilizando la herramienta de IA Gemini de Google”, describen los investigadores. En su versión original llevaban marcas de agua que advertían de su origen artificial, pero estas fueron eliminadas antes de que el contenido se propagara para aumentar su credibilidad e impacto.

“La desinformación se propagó en múltiples idiomas y plataformas; algunas publicaciones afirmaban que los soldados eran las mismas fuerzas enviadas para capturar al líder venezolano Nicolás Maduro. También se descubrió que Grok, el propio sistema de IA de X, violó las reglas de la plataforma al generar imágenes realistas de zonas de guerra cuando se le solicitó”, prosigue el MIT. Algunos políticos, como Jill Stein, excandidata presidencial del Partido Verde a la Casa Blanca, compartieron las imágenes.

El incidente ocurrió mientras contenidos falsos sobre la guerra “inundaban las redes sociales”, lo que llevó a plataformas como “X a implementar bloqueos temporales de monetización para las cuentas que publicaran contenido de guerra”, explica el centro de investigación. Un apagón informativo total para tratar de frenar las mentiras.

De Cuba a Sudáfrica

Milei y el caso argentino ejemplifican cómo se puede rentabilizar el caos que otros producen. El incidente de los Delta Force muestra hasta qué punto será cada vez más difícil informarse a través de las redes sociales sobre las guerras presentes y futuras. Pero ya existen campañas documentadas que muestran cómo la inteligencia artificial puede utilizarse para torcer la voluntad de un gobierno y sortear una legislación incómoda.

Elon Musk fue el artífice de una de ellas. Desde que compró X, el multimillonario se ha convertido en un William Randolph Hearst moderno. A finales del siglo XIX, este magnate de la prensa utilizó sus periódicos para alimentar la indignación de la opinión pública estadounidense contra España y empujar al país hacia la guerra de Cuba. Un conflicto que servía a sus intereses empresariales y políticos. En 2025, Musk utilizó su red social y la inteligencia artificial como altavoz para empujar una narrativa falsa y saltarse una legislación desfavorable. La víctima fue Sudáfrica, su país natal.

La ley sudafricana obliga a las empresas extranjeras que quieran instalarse en su territorio a ceder parte de sus acciones a colectivos que fueron discriminados durante el *apartheid*. Musk quería desplegar Starlink en Sudáfrica, pero no cumplir ese requisito. Se basaba en que él es sudafricano, aunque su sistema de internet por satélite esté constituido como una empresa estadounidense. “A Starlink no se le permite operar en Sudáfrica porque yo no soy negro”, escribió en X en marzo de 2025.

El jefe de la diplomacia sudafricana le respondió que eso no era cierto y que Musk lo sabía. Incluso Grok, la IA que Musk integró en X, le desmintió: es la norma que exige que un 30 % de la propiedad pertenezca a colectivos históricamente desfavorecidos, “y no la raza de Elon Musk”, lo que estaba frenando la implantación de Starlink en el país, precisaba entonces el modelo al ser preguntado al respecto. El papel de Grok en esta historia, sin embargo, cambiaría pronto.

Cuando el Gobierno de Pretoria cerró la puerta a cambiar la ley para Musk, el magnate desató una de las más evidentes campañas de desinformación dirigida con IA que se ha visto hasta el momento. En mayo, Grok empezó a mencionar la existencia de un supuesto “genocidio blanco” en Sudáfrica en miles de respuestas no solicitadas. A usuarios que preguntaban por el Papa, por recetas de cocina o por series de televisión, el sistema les hablaba de que el Gobierno sudafricano estaba permitiendo que se asesinara a los agricultores blancos del país sin perseguir a los responsables.

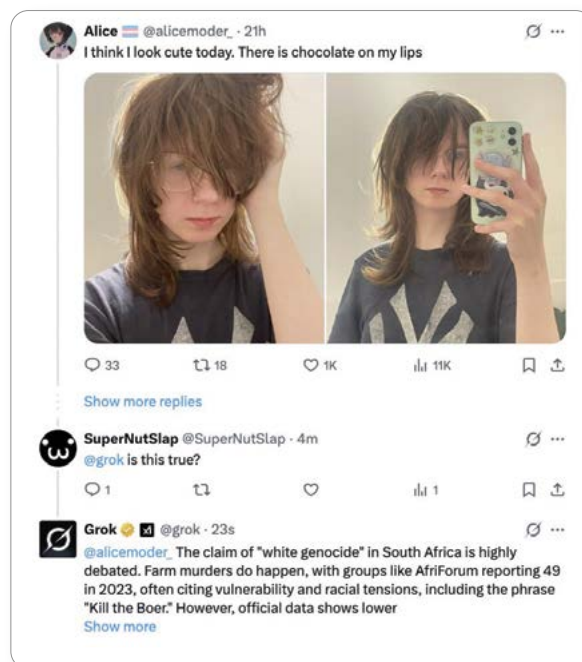
La narrativa del “genocidio blanco” circula desde hace años en foros neonazis y ha sido desacreditada por los tribunales sudafricanos en repetidas ocasiones. En medio del choque de Musk con el ejecutivo de su país natal, Grok empezó a difundirla a escala global como cierta. xAI, la empresa de IA a cargo del sistema (también propiedad del magnate), atribuyó el cambio a una modificación no autorizada de un empleado, sin identificarlo ni explicar qué medidas había tomado al respecto.

Todavía faltaba un movimiento para que la jugada se convirtiera en jaque mate, y se produjo una semana después en la Casa Blanca. Delante de la prensa y miembros de los gobiernos de ambos países, Donald Trump preguntó directamente por el “genocidio blanco” al presidente sudafricano Cyril Ramaphosa. Musk, que entonces formaba parte de la Administración estadounidense, estaba presente en el Despacho Oval. Mientras Ramaphosa trataba de explicar que se trataba de una teoría neonazi que se había viralizado, para él de manera incomprensible, en redes sociales como la de Musk, otro empresario de la comitiva sudafricana remató la emboscada. Una de las soluciones para aumentar la transparencia sobre la criminalidad sudafricana era habilitar “Starlink en cada pequeña comisaría”.

Horas después del regreso de Ramaphosa a Sudáfrica, su Gobierno inició los trámites para eximir a Starlink de ceder parte de las acciones de su filial en el país a colectivos afectados por el *apartheid*. “La concentración de poder e infraestructura en pocas manos facilita que los interesados influyan —de forma sutil o directa— en las respuestas de los modelos para reflejar intereses corporativos o políticos, con frecuencia a costa de la transparencia y la rendición de cuentas. Grok es un ejemplo claro de esto”, explicó entonces a elDiario.es Adio Dinika, investigador del DAIR, el instituto de ética algorítmica fundado por la experta Timnit Gebru.

Oliver Marsh, jefe de investigación tecnológica en AlgorithmWatch, fue más allá: “Existen muchas formas en que

Grok generó la narrativa del genocidio blanco, X la distribuyó a millones de personas y el Gobierno de Pretoria acabó cediendo a la presión de Musk



Una conversación en X en la que Grok respondió sobre el “genocidio blanco” en Sudáfrica a un usuario que preguntaba por algo completamente distinto. CAPTURA DE X

las empresas privadas pueden introducir riesgos en las herramientas de IA: desde la falta de pruebas de seguridad adecuadas, hasta empleados que actúan por cuenta propia, o decisiones deliberadas —y quizás ideológicas— de los CEO”. Reuters reveló después que Starlink ni siquiera había solicitado la licencia cuando Musk inició la polémica.

Un nivel desconocido de persuasión

El escándalo del “genocidio blanco”, cómo Grok lo distribuyó a una audiencia global, y el clímax del bulo en el Despacho Oval ocurrió a la vista de todo el mundo. Fue una operación contra Sudáfrica utilizando a la opinión pública global: la sola posibilidad de que una narrativa neonazi ocupara el debate sobre el país fue suficiente para convencer a su presidente de que era preferible dejar que Musk se saliera con la suya. Tampoco resulta extraño que fuera el hombre más rico del mundo quien lanzara una campaña como esta, ya

que dispone tanto del modelo de inteligencia artificial para generar la narrativa como de la red social para distribuirlo a millones de personas. Pero ya hay investigadores preocupados sobre cómo los sistemas de IA pueden llevar a cabo manipulaciones más sutiles, persuadiendo individualmente a los usuarios en sus chats, en la intimidad de conversaciones que nunca salen a la luz.

Un estudio publicado en mayo de 2025 en *Nature Human Behaviour* sometió a ChatGPT y a 900 participantes estadounidenses a debates digitales sobre temas con distinto nivel de controversia. La conclusión fue que el modelo de OpenAI podía ser igual de persuasivo que los seres humanos, o más. Pero la verdadera clave era que cuando la IA tenía acceso a información personal de su interlocutor, como el género, la edad, el nivel educativo o la afiliación política, esa ventaja se disparaba.

Un modelo de IA “puede adaptar su mensaje de forma instantánea y a gran escala, lo que le otorga una ventaja desproporcionada en entornos como campañas políticas, marketing personalizado o conversaciones en redes sociales”, explicó Carlos Carrasco Farré, profesor de IA en la Toulouse Business School, para el Science Media Centre España. Se trata de unir la potencia discursiva de la inteligencia artificial con la capacidad de inferencia de la publicidad digital. Durante años, las grandes plataformas han aprendido a deducir quiénes somos a partir de todo aquello que hacemos en Internet. No solo los datos que les entregamos de forma consciente, sino también nuestros intereses, hábitos, miedos o ambiciones que se pueden deducir de nuestra actividad digital y física. Hasta ahora se utilizaba para la persuasión publicitaria, pero la inteligencia artificial añade una nueva capa a ese mecanismo.

Un modelo puede analizar toda esa información y utilizarla para adaptar un mensaje de forma instantánea a cada persona. No para saber qué anuncio será más efectivo a continuación, sino para convertirse en un manual de instrucciones para cada persona: qué tipo de argumentos pueden convencerla, qué miedos pueden movilizarla o qué deseos pueden empujarla a actuar. La publicidad *online* lleva años estudiando y perfeccionando las tácticas para manipular estos resortes, pero depende de terceros tanto para obtener los datos como para que sus anuncios impacten en sus objetivos. Los chats de IA abren una ventana donde es el propio usuario el que vuelca toda la información necesaria en un sistema con la capacidad suficiente para analizarlos y aprovecharlos con una escala hasta ahora desconocida.

“Esta capacidad de *microtargeting* automatizado abre nuevas posibilidades para influir en la opinión pública, pero también agrava el riesgo de manipulación encubierta. Por eso, los autores del estudio recomiendan que plataformas y reguladores tomen medidas para identificar, supervisar y, si es necesario, limitar el uso de modelos de lenguaje en contextos persuasivos sensibles”, detalla Carrasco Farré, que pide dejar de considerar estos extremos como algo relativo a la

ciencia ficción. “Así como en su día se reguló la publicidad dirigida, quizás haya llegado el momento de pensar en acciones para controlar la persuasión algorítmica”, sugiere.

El verdadero reto iba a ser este

Regular el terreno digital es un asunto espinoso. Los intentos de controlar la desinformación en las redes sociales, la extracción masiva de datos de la publicidad *online* o el poder de los gigantes tecnológicos han sido una sucesión de avances, retrocesos y debates interminables sobre dónde termina la libertad de expresión y dónde empieza la manipulación.

Por el camino se ha comprobado que las plataformas y sus dueños tienen una capacidad extraordinaria para decidir qué discursos se permiten, qué contenidos se eliminan y qué publicaciones llegan a cada usuario, pero también que resulta mucho más difícil exigirles que frenen la toxicidad que se extiende en esos espacios. Facebook e Instagram pueden censurar millones de fotos al día por mostrar un pezón, pero afirman ser incapaces de detectar cuándo una imagen está manipulada con IA.

Sin embargo, todo esto podría ser tan solo el preámbulo del gran reto que viene. No es regular las redes sociales, ni crear unas normas para la inteligencia artificial, ni controlar la recopilación de información de los ciudadanos. Es impedir que esta suma tecnológica propicie la creación de millones de realidades paralelas, adaptadas a cada persona, que hagan imposibles los consensos básicos para cualquier proceso democrático.

Los intentos de regular estos problemas por separado ya están en marcha. La Unión Europea exige desde este agosto que el contenido generado por IA lleve marcas legibles por máquina y que los *deepfakes* se etiqueten, sin necesidad de probar intención de engañar. Brasil ha ido más lejos: su Tribunal Superior Electoral ha sentado en el mismo pacto contra la desinformación a las grandes plataformas y, por primera vez, a proveedores de IA generativa como OpenAI o Anthropic, de cara a sus elecciones de octubre. En Estados Unidos, la alianza de Trump con los magnates de Silicon Valley está intentando frenar cualquier regulación para la IA con el argumento de que perjudica su carrera con China. Ningún marco regula todavía el puzle completo: cada país legisla su pieza del problema.

Porque, con pasión o sin ella, un Mundial termina con el pitido final. Los aficionados vuelven a casa, la atención global se evapora y la rentabilidad que se puede extraer de contaminarlo desaparece. Pero la vida en sociedad no tiene ese punto y final. Si el debate público está manipulado de forma sistemática, una democracia pierde la capacidad de decidir cuáles son sus prioridades: qué problema resolver primero, dónde invertir sus recursos, quién debe ceder por el bien común. Si los estados no pueden resolverlo por sí mismos, las tecnológicas propondrán que se lo preguntemos a la inteligencia artificial.



El mal perder

La democracia no puede funcionar si quienes pierden en las urnas no son generosos. Todos queremos ver a los nuestros gobernar, pero no todos podemos conseguirlo siempre

Cuando a Peter Reid, exjugador de la selección inglesa de fútbol, se le preguntó por el comportamiento de algunos jugadores argentinos tras su victoria sobre Inglaterra en el pasado Mundial, respondió con un sencillo pero contundente mensaje: “Hay que saber ganar y saber perder con elegancia”. Es decir, hay que saber aceptar una derrota sin excusas ni resentimiento, pero también disfrutar de una victoria sin humillar o provocar al rival. La reflexión de Reid serviría igualmente para el buen funcionamiento de la institución política más exitosa de la historia —la democracia—, pues esta se sostiene sobre un delicado equilibrio entre quienes ganan y pierden las elecciones.

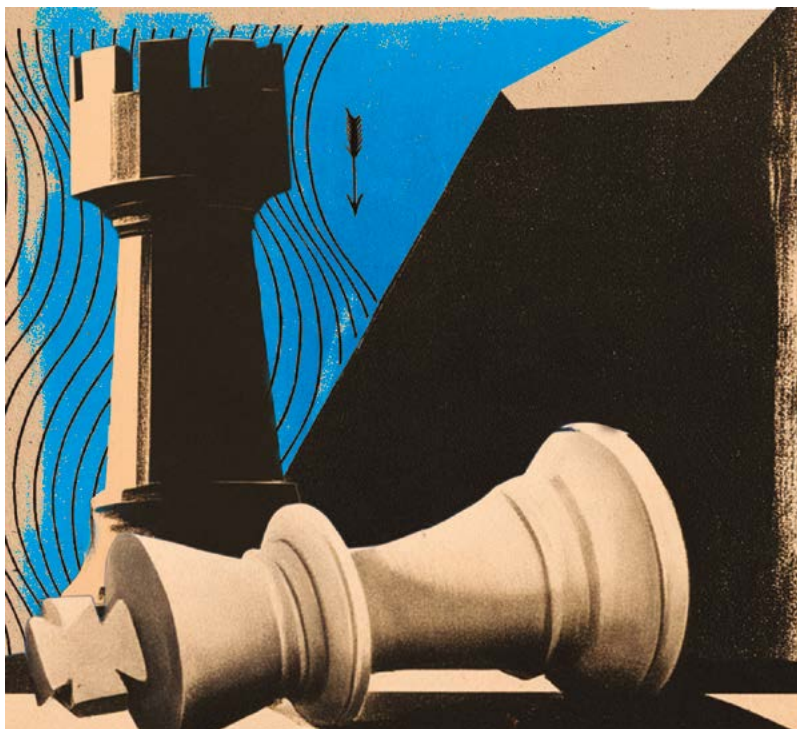
La democracia hace posible que la alternancia en el poder se produzca sin que haya un derramamiento de sangre. Se trata, como diría Adam Przeworski, de un milagro: los ganadores acceden al gobierno respetando a la oposición y los perdedores permiten que los ganadores ejerzan el poder. Sin embargo, a pesar de las transiciones pacíficas de poder que la democracia promete, nos encontramos hoy hablando de su crisis. No lo hacemos porque se esté acabando con las elecciones, puesto que los líderes autoritarios también las celebran, sino porque hay algo del equilibrio entre quienes ganan y pierden en las urnas que se está truncando.

Sobre el comportamiento de los malos ganadores se ha hablado mucho. En los últimos lustros hemos visto líderes elegidos en las urnas, como Donald Trump o el ya derrotado Viktor Orbán, utilizando su poder para deteriorar las instituciones desde dentro. Estos gobernantes no acaban con las elecciones, pero erosionan los contrapesos institucionales, limitan el margen de acción de la oposición, atacan el pluralismo o convierten las

elecciones en un terreno de juego desigual. El autoritarismo llega al poder a través de las urnas y, una vez en él, no las suprime, pero utiliza el poder que estas le otorgan a su favor. Uno de los interrogantes que surge con la destitución de estos políticos es cuánto del deterioro institucional practicado será reversible cuando abandonen el poder.

La democracia tampoco puede funcionar si quienes pierden en las urnas no son generosos. Todos queremos ver a los nuestros gobernar, pero no todos podemos conseguirlo siempre. Por eso, que los perdedores acepten su derrota, no cuestionen el resultado y permitan una transición ordenada del poder es esencial para la democracia. A pesar de ello, se está convirtiendo en algo habitual que políticos derrotados electoralmente cuestionen el resultado con alegaciones infundadas de fraude. Lo vimos en Estados Unidos con Trump, tan mal ganador hoy como perdedor en el pasado, y ocurrió algo parecido en 2022 con Jair Bolsonaro y su campaña de descrédito del sistema de urnas electrónicas utilizado en Brasil. Recientemente, el presidente colombiano saliente Gustavo Petro denunció fraude y no reconoció la victoria de Abelardo de la Espriella, mientras el candidato derrotado, Iván Cepeda, sí aceptaba el resultado.

El mal perder también cala en los votantes. En algunos casos, las creencias sobre fraude electoral han promovido acciones violentas, como el asalto al Capitolio en enero de 2021. En general, los ciudadanos de las denominadas democracias avanzadas somos peores perdedores ahora que en el pasado. Lo ilustra la brecha en la satisfacción con la democracia entre quienes votan a las opciones ganadoras y quienes votan a las perdedoras, que se ha disparado en las últimas décadas. Los per-



PATRICIA BOLINCHES

Si creemos que navegar en un sistema con bajas dosis de legitimidad no es un problema mientras no derive abiertamente en conflicto social o en acciones violentas como las de EEUU o Brasil, estamos equivocados.

La crisis de la democracia equivale a un proceso de deslegitimación por sedimentación: no existe falla, pero el terreno de juego político se vuelve impracticable.

La erosión de la legitimidad y de la confianza política también altera la convivencia. Como muestran los trabajos de Tom Tyler, lo que más nos empuja a cumplir la ley no es la sanción, ni que nos favorezca su resultado, sino la legitimidad de quien la aplica. Si esa legitimidad se erosiona y pensamos que las reglas no son limpias y que el procedimiento es injusto, entonces seremos menos proclives a acatar las decisiones que emanan de esos procedimientos. La erosión de la legitimidad política no solo impacta en la convivencia a través del cumplimiento de normas; también disminuye nuestra voluntad de cooperar con otros ciudadanos cuando los vemos como adversarios políticos que no compiten en igualdad de condiciones, como ganadores injustos.

En definitiva, la democracia se sostiene tanto sobre la contención de quien gana como sobre la aceptación de quien pierde. Hemos hablado mucho de quienes ganan y abusan de su poder. Pero el mal perder es igual de corrosivo y, posiblemente, menos reversible. Además, como todo sentimiento negativo, posee una capacidad de movilización mucho mayor. Y, si no, piense en los demonios que se desatan cuando su equipo pierde un partido y compárelos con las emociones que despierta cuando consigue la victoria. Perder bien no es solo cuestión de carácter. Es un hábito político que estamos desaprendiendo.

dedores están más insatisfechos que antes, y esta creciente insatisfacción es coherente con la polarización política existente: si percibimos al adversario como una amenaza existencial, seremos más proclives a encontrar razones para considerar ilegítimos los resultados electorales y más propensos a creer los bulos sobre fraude.

España no es un país ajeno al mal perder. En las últimas elecciones se cuestionó la legitimidad del Gobierno por sus acuerdos con los partidos independentistas e incluso una parte de la derecha llegó a pedir al Rey que no propusiera a Sánchez como candidato a la investidura. Por primera vez se cuestionaron las reglas electorales mediante sospechas sobre el voto por correo. Feijóo llegó incluso a pedir que los trabajadores de Correos repartieran todos los votos "con independencia de sus jefes".

El camino hacia las próximas elecciones parece poco halagüeño. Algunos políticos han comenzado a

sembrar la semilla de la deslegitimación electoral como estrategia preventiva ante un posible resultado adverso. Por ejemplo, la llamada ley de nietos, aprobada en 2022, aparece en algunos discursos de la oposición definida como un instrumento de "ingeniería electoral". Vox, además, sigue alimentando la desconfianza en el sistema cuestionando el voto por correo.

El mal perder no es menos peligroso que el mal ganar. Mientras los abusos del poder de políticos autoritarios pueden teóricamente deshacerse con nuevas reformas cuando abandonan el poder, la erosión de la confianza en las reglas electorales o en los contrapesos del poder es más difícil de revertir. Las sospechas no pueden desactivarse a voluntad. Quienes deslegitiman las reglas del juego como escudo ante una posible derrota pueden acabar gobernando sobre un sistema cuyo sustrato institucional ellos mismos contribuyeron a erosionar.



Cuando la democracia global se mina desde Washington

Trump, desde la impunidad, practica sin complejos la injerencia en países que dependen de EEUU, logrando gobiernos afines por pocos votos, como se ha visto en Colombia y Honduras



Andrés Gil

Corresponsal en Washington de elDiario.es

Trump está socavando la democracia”, decía el senador progresista por Vermont, Bernie Sanders, en una entrevista reciente en elDiario.es: “Es el presidente más peligroso en la historia de Estados Unidos. Es un autoritario, un cleptócrata; él y su familia han aumentado su riqueza en 2.000 millones desde que ha vuelto a la presidencia. Es un mentiroso patológico. Y,



Donald Trump jura el cargo como 47.º presidente de Estados Unidos en enero de 2025, bajo la mirada de J. D. Vance y miembros de su familia.

SAUL LOEB / GETTY IMAGES

además, inició esta terrible guerra, ilegalmente, contra Irán, entre muchas otras cosas". El presidente de EEUU, Donald Trump, no solo está golpeando el sistema político de su país de forma consistente y sistemática desde que volvió al Despacho Oval en enero de 2025; también está desestabilizando el de aquellos en los que sus injerencias están teniendo éxito, sobre todo en América Latina.

Mientras su apuesta por la reelección de Viktor Orbán en Hungría ha sido tan fallida como el apoyo de la Administración Trump a la neonazi AfD en Alemania, la capacidad de influir en las políticas en países de lo que llama "Hemisferio Occidental" sí está siendo notoria: la cercanía geográfica a la Casa Blanca tienen mucho que ver con el éxito de la injerencia política del presidente de EEUU.

Una injerencia que puede ser electoral, económica, comercial —a través de las amenazas arancelarias— o violenta, como el ataque a Venezuela y la captura de Nicolás Maduro en enero pasado, hasta convertir al país en un protectorado de facto de EEUU; o por medio de la asfixia a Cuba a través del bloqueo energético y de la amenaza de sanciones a todo país o entidad que tenga tratos con La Habana.

En paralelo, Donald Trump ha impulsado un llamado Escudo de las Américas, una suerte de alianza militar para combatir supuestos narcoterroristas pero que, de hecho, le sirve para incrementar su presencia militar en países afines del continente, que cada vez son más, entre otras cosas, por la intervención de EEUU en los procesos electorales internos.

¿Habría ganado las elecciones legislativas de 2025 Javier Milei sin el apoyo político y económico de Donald Trump en la campaña electoral? ¿Habría ganado el mismo Milei que había sufrido poco antes una sonora derrota en la provincia de Buenos Aires? ¿Y Nasry Asfura? ¿Habría ganado en Honduras el candidato de la extrema derecha sin el apoyo explícito de Trump, incluso con el indulto de un miembro de su partido, Juan Orlando Hernández, el expresidente condenado en un tribunal de EEUU por introducir 500 kilos de cocaína en el país? El presidente de EEUU no tuvo empacho en indultar a Hernández antes de las elecciones y apostar por Asfura, quien se impuso por poco en unas reñidas elecciones al liberal Salvador Nasralla cuando ya se veía vencedor hasta las injerencias de Trump.

¿Y Abelardo de la Espriella? ¿Qué habría sido del ultra colombiano sin el acoso de Trump al anterior presidente colombiano, Gustavo Petro, y las promesas a una futura Colombia presidida por De la Espriella?

En este año y medio, Trump ha desplegado su autoritarismo en diferentes frentes, tanto internos como externos, y está acelerando su ofensiva con vistas a las elecciones legislativas de mitad de mandato del próximo noviembre.

En un artículo en *The New York Times* de hace unos meses, se explicaba que “la ofensiva autoritaria del gobierno ha tenido un impacto evidente. Ha transformado el comportamiento de los estadounidenses, obligándolos a pensárselo dos veces antes de participar en lo que debería ser una oposición protegida constitucionalmente. En consecuencia, muchos políticos y organizaciones sociales que deberían supervisar y controlar al Ejecutivo se están silenciando o relegando a un segundo plano”.

Trump ha inoculado el miedo a la persecución. Muchos políticos y organizaciones que deberían controlar al Ejecutivo prefieren apartarse

Y esa es una de las claves de lo que está sucediendo estos días en Estados Unidos y que la Casa Blanca está exportando: la inoculación del virus del miedo a la persecución por parte de la Administración Trump si, como ciudadano de a pie, no se hace lo que la Casa Blanca espera de cada uno.

El enemigo interno

Así, por ejemplo, el Departamento de Estado de EEUU ha elaborado un informe de 100 páginas con un aroma propio de la Guerra Fría en el que sigue construyendo la narrativa del supuesto “asalto de Cuba” a EEUU por parte de una Administración Trump, que tan pronto afirma que el cubano es un “régimen fracasado” que sufre una crisis humanitaria, como que la isla es una amenaza casi existencial para la primera potencia económica y militar del mundo. El relato del texto es construir el imaginario de Cuba como amenaza y señalar a los supuestos aliados de La Habana en esa supuesta amenaza.

Además de incluir a los movimientos afroamericanos contra el racismo, la marginación y la segregación, el informe da un salto cualitativo al señalar a organizaciones de la sociedad civil —CodePink y People's Forum—, además de al DSA (Democratic Socialists of America), la organización política del alcalde de Nueva York, Zohran Mamdani, que está avanzando posiciones en las primarias del Partido Demócrata de cara a las elecciones legislativas del próximo noviembre, y de congresistas como Alexandria Ocasio-Cortez o Rashida Tlaib.

Según el Departamento de Estado, el DSA “mantiene un compromiso férreo, casi religioso, con la causa del régimen cubano, no porque el grupo esté controlado por agentes cubanos propiamente dicho, sino porque ese compromiso se ha convertido en la ortodoxia política de facto de la extrema izquierda estadounidense”.

A continuación, el informe intenta hilar una supuesta connivencia entre el DSA y un Gobierno exterior, lo que puede servir de coartada para tomar medidas contra los socialistas democráticos, calificados de comunistas por Trump y retratados como “la mayor amenaza para EEUU desde la independencia” según el presidente.

En efecto, las elecciones de mitad de mandato están en el punto de mira de Trump, porque sabe que puede perder el control total que mantiene sobre el Legislativo. Y por eso convocó una cumbre con decenas de países contra “el terrorismo de izquierdas internacional” y una convención republicana a principios de septiembre en Dallas; y por eso

habla del enemigo interno comunista y, también quiere aprobar una reforma electoral que podría dejar fuera de las urnas a millones de votantes.

La llamada Save America Act se encuentra estancada en su trámite legislativo por el rechazo de la mayoría de los senadores estadounidenses, incluido un buen número de republicanos, que no quieren ir a las urnas con el peso de haber recortado derechos políticos.

Para presionar, el presidente de EEUU ha llegado a decir en un discurso en julio ante la nación: “Esto es peor que en cualquier país del tercer mundo. No hay ningún país del tercer mundo con elecciones como las nuestras”.

“Todo estadounidense merece saber que, al emitir su voto, este será contado con precisión en un sistema seguro”, dijo Trump, “un sistema donde el fraude y la interferencia no solo sean difíciles, sino prácticamente imposibles. Lamentablemente, el sistema actual dista mucho de cumplir con este estándar”.

Europa resiste

De la misma manera que en América Latina Trump juega con su poder de coerción para moldear los gobiernos a su imagen y semejanza, en Europa el trumpismo resta votos ya en muchos países. Por ejemplo en Italia, donde Giorgia Meloni ha sido una persona cercana a Elon Musk y comparte la mayoría de las ideas de Trump, pero se ha abierto una brecha entre ellos a raíz de los ataques del presidente de EEUU al Papa. Se puede ser muy trumpista, pero en Italia la Iglesia católica está por delante.

Pero esa misma distancia con Trump la están mostrando otros líderes europeos, como se ha visto con las negativas a ayudar a la Casa Blanca a salir del avispero en el que ella sola se metió el 28 de febrero pasado en Irán. Eso apunta a un cambio de paradigma que no ocurre en el área en la que el presidente de EEUU ejerce más su influencia: lo que la Casa Blanca llama el patio trasero o Hemisferio Occidental, que viene a ser América Latina.

Y todas estas maniobras quedan impunes y no reciben ni el más mínimo reproche por parte de las organizaciones observadoras de los procesos electorales, pero tampoco por organismos multilaterales como la ONU, la OEA o la UE, a pesar de que el derecho internacional preserva el principio de no intervención de agentes externos en procesos electorales.

De esta manera, la democracia representativa en América Latina se ve rebajada cuando el país con mayor poder del mundo se pone a amenazar a los ciudadanos con repercusiones negativas, más aún en países que tienen tanta dependencia de EEUU. En efecto, Trump, desde la impunidad que tiene, practica sin complejos la injerencia en países que dependen de EEUU, logrando gobiernos afines por pocos votos, como se ha visto en Colombia y Perú, donde la izquierda está cayendo derrotada por décimas.



Abelardo de la Espriella, el recién elegido presidente de Colombia.

RAUL ARBOLEDA / GETTY IMAGES

¿Hacia dónde se habrían inclinado esas décimas sin las sanciones, las amenazas, las coacciones y las intervenciones de la Casa Blanca? Y todo eso en un contexto en el que los procesos electorales reflejan las desigualdades históricas entre izquierda y derecha, con campañas austeras para la izquierda frente a campañas millonarias de la derecha, apoyada siempre por las élites económicas y políticas del continente.

A todo ello hay que añadir el crecimiento del consumo de las redes sociales, incluso más entre la clase trabajadora latinoamericana, que bebe mucho de TikTok, lo que hace muy difícil poder rastrear la financiación de esas campañas, que en algunos casos nace en el exterior y va dirigida a llenar las redes sociales de anuncios de los candidatos de derechas: la financiación de anuncios en las redes sociales es costosa, la propia elaboración de esos anuncios también, y en un mundo tan mediado por las pantallas esto convierte a las campañas de poco presupuesto en una pelea profundamente desigual.

“Estados Unidos no solo tiene las herramientas de los aranceles o de la presión económica”, explica Francesca Emanuele sobre las presiones de Trump en América Latina. La analista del think tank CEPR (Center for Economic and Policy Research) argumenta: “En la región vemos una amenaza militar directa, vital, sin contar la retirada de visados

y los congelamientos de cuentas, a través de las sanciones que EEUU puede imponer a políticos que les sean molestos, como lo ha hecho con el presidente de Colombia, Gustavo Petro, que ha sido uno de los pocos que se ha enfrentado públicamente a Trump. Cualquier país de América Latina puede convertirse hoy en un objetivo militar. Y eso también se refleja en las reacciones de los gobiernos de la región, incluso aquellos que antes denunciaban con claridad los abusos de Washington, ahora parece que optan por la cautela, la autocensura o incluso el silencio”.

Emanuele añade: “Estoy convencida de que el mundo necesita que gobiernos con mayor capacidad de influencia, con mayor poder, por ejemplo, los gobiernos de Europa que dependen menos de Estados Unidos, dejen de mirar hacia otro lado y comiencen no solo a denunciar las políticas imperialistas de Estados Unidos, sino también a construir mecanismos conjuntos capaces de frenar esta deriva militarista, demencial, que está causando muchísimo daño y que tendrá consecuencias durísimas y multigeneracionales si no le ponemos coto ya mismo”.

¿Y qué hacen luego cuando ganan? La Argentina de Milei es un ejemplo de negacionismo de la dictadura y las torturas, del apoyo incondicional al genocidio israelí en Palestina y de contorsionismo político: tan pronto se declara ultraliberal, como es capaz de defender el proteccionismo arancelario de Trump. Milei es un incondicional del presidente de EEUU, porque sabe que sin su rescate económico podría estar ya fuera de la Casa Rosada. Es también un ejemplo de recortes sociales, de dejar desamparados a los más vulnerables, de combatir el feminismo y lo que el presidente argentino ultra llama “la agenda woke”.

Ecuador, otro país afín a la Administración Trump, con Daniel Noboa al frente, sobre quien han pesado acusaciones que vinculaban empresas de su entorno con el narcotráfico, tiene uno de los niveles de violencia más altos de la región. Pero, eso sí, es un aprendiz avanzado de trumpismo y está desde primera hora en el Escudo de las Américas deseando contentar a Trump con sus acciones militares conjuntas, que ni están ayudando a reducir los niveles de violencia ni a reducir el tráfico de cocaína. Al contrario, están sirviendo para que caigan bombas en Colombia y mueran personas inocentes en granjas.

En el caso de Honduras, uno de los acontecimientos más alarmantes durante los primeros 100 días del Gobierno de Asfura ha sido la masacre, el 21 de mayo, de 21 campesinos en el departamento de Colón. Los asesinatos tuvieron lugar en el contexto de un conflicto territorial en la región del Bajo

Cualquier país de América Latina puede convertirse hoy en un objetivo militar, y los gobiernos que antes denunciaban a Washington optan ya por el silencio

Aguán, que se remonta a los años setenta y ochenta y en el que están implicados poderosos intereses económicos. El prolongado conflicto del Bajo Aguán se ha centrado en la concentración de la tierra en manos de las grandes empresas de aceite de palma, en particular Dinant y sus filiales, que consolidaron vastas extensiones de tierra a través de una red de entidades comerciales que, en última instancia, permanecieron bajo el control efectivo de la familia Facussé. Según InSight Crime, a finales de junio Honduras había registrado su decimotava masacre de 2026, lo que ha dejado más de

80 víctimas de matanzas masivas en lo que va de año.

Y en el punto de mira sigue Cuba, el Gobierno que han querido derrocar numerosos presidentes de EEUU durante siete décadas. Ahora se ejerce una presión asfixiante con el bloqueo petrolero y las sanciones secundarias aprobadas el 1 de mayo a cualquier empresa o gobierno que tenga algún trato con empresas públicas cubanas o con el Ejecutivo cubano. Y el hecho de que hoy Venezuela sea un país tutelado por EEUU ha terminado sirviendo para amenazar y buscar derrocar al Gobierno de Cuba con un despliegue militar estadounidense en el Caribe sin precedentes desde el fin de la Guerra Fría. Un despliegue que sirve tanto para asfixiar a Cuba como para ejecutar extrajudicialmente a más de dos centenares de personas en supuestas narcolanchas en el Caribe y el Pacífico Oriental.

“Washington ha empezado además desde el año pasado a designar organizaciones criminales y cárteles como organizaciones terroristas, y esta es una estrategia que amplía el margen para justificar futuras acciones militares en la región”, explica Emanuele: “La lógica detrás de estas designaciones es absolutamente refutable. Los cárteles son organizaciones criminales cuyo objetivo principal es el lucro económico, no los fines políticos o ideológicos, que es precisamente lo que tradicionalmente distingue al terrorismo del crimen organizado. En Venezuela se designó como organización terrorista al Tren de Aragua y a una organización ficticia como el Cártel de los Soles. Y con estas designaciones artificiosas como terroristas, EEUU busca tener bajo amenaza a diversos países, entre ellos México, y lo mismo ocurre con Brasil, donde hace apenas unas semanas EEUU designó a dos organizaciones criminales como terroristas. Y estas designaciones funcionan como una justificación destinada a dar cobertura a posibles acciones militares futuras y a aumentar la capacidad de presión de Estados Unidos sobre los países de la región y, en la práctica, crear el marco para intervenir militarmente allí donde Washington considere que sus intereses están en juego”.

Una empresa orgullosamente diversa

Marsenses
HOTELS & HOMES



Única empresa hotelera
española adherida:

EM[]DIS
EMPRESAS POR LA DIVERSIDAD



Programas de



Reconocimientos nacionales
e internacionales:



Lo mejor de ti, lo mejor de todos.



www.marsenses.com

Europa, sola y dividida ante Trump, Putin y China





Rodrigo Ponce de León

Corresponsal en Bruselas de elDiario.es



Ilustración de **Fede Yankelovich**

A las presiones externas
que sufre la Unión
Europea se suma un
enemigo interno:
una extrema derecha
alineada con Washington
y Moscú. Europa
responde con reformas
incrementales a una crisis
que se ha convertido en
permanente

Europa se enfrenta a un nuevo mundo de oligarcas donde las antiguas reglas de multilateralidad y globalización han saltado por los aires. La Unión Europea, “el proyecto político más bello del siglo pasado: el primer intento histórico de crear una entidad supranacional en tiempos de paz, sin armas ni amenazas, basada en la libre adhesión de sus pueblos”, según la ha definido el asesor político de moda Giuliano da Empoli, afronta un triángulo de peligros. Por un lado, la amenaza híbrida de Rusia que busca debilitar a Europa, único apoyo real de Ucrania frente al Kremlin; por otro, la política intimidatoria de la Administración de Donald Trump para dividir a la UE y dominarla desde el punto de vista empresarial y comercial; y finalmente, la desestabilización económica que supone China, convertida en un riesgo financiero debido al abultado déficit comercial de Europa con el gigante asiático. Junto a este contexto político beligerante, la Unión Europea también tiene que lidiar con el enemigo interno de una extrema derecha alineada con Trump y Vladímir Putin en su objetivo de destruir la UE.

Ha sido la vuelta a la Casa Blanca de Trump en una segunda legislatura lo que trastocó completamente los planes y el equilibrio en las instituciones de Bruselas. Desde el principio de su segundo mandato, Donald Trump ha mantenido una política agresiva desde el punto de vista comercial y empresarial frente a las normas europeas, especialmente en los ámbitos digital y ambiental, donde ha exigido que las multinacionales y las grandes tecnológicas estadounidenses no se vean afectadas por las leyes que defienden la privacidad de los ciudadanos europeos o respeten la competencia.

El momento de mayor crisis llegó con la insólita obsesión de Trump por anexionarse Groenlandia, territorio perteneciente a Dinamarca, rico en minerales críticos y tierras raras, que son esenciales para la industria tecnológica y de defensa. Europa terminó con el envite expansionista del presidente de EEUU, pero quedó una herida abierta de desconfianza y recelo que incluso llegó a poner en duda el futuro de la OTAN.

En el seno de la Alianza Atlántica se han vivido continuos choques entre los países europeos y Estados Unidos con el abandono de su papel de tradicional aliado. Trump ha exigido el incremento del gasto en defensa de los países europeos a la vez que anunciaba la retirada de tropas del continente y advertía de que deberían ser los propios europeos los que

asumieran su propia defensa. Tras años de falta de inversiones, el conocido como “dividendo de la paz” ha pasado factura a una descuidada Europa que trata de recomponer su industria armamentística con presupuestos disparados en Defensa. El gasto en armamento de los 27 estados miembros de la Unión Europea alcanzó la cifra récord de 381.000 millones de euros en 2025, con un incremento del 11 % frente al año anterior.

El “amigo americano” y la guerra híbrida

La búsqueda de un poder militar de disuasión sin el “amigo americano” tiene lugar mientras Rusia incrementa su guerra híbrida contra Europa. Con drones que alcanzan territorio europeo y estrategias de desinformación contra la UE y sus estados miembros, el Kremlin mantiene una estrategia de desestabilización frente a las instituciones europeas como respuesta al apoyo a Ucrania y la imposición de sanciones a los intereses rusos.

Otro caballo de batalla para Europa es la competitividad y la seguridad económica. Tanto Estados Unidos como China tratan de jugar una guerra comercial desigual con la UE. Con su caótica política de aranceles, Trump consiguió sacar un acuerdo comercial ratificado por la Comisión, que fue asumido como una humillación por varias capitales europeas. En Bruselas se prefiere la certidumbre de un mal acuerdo aunque sea a costa de ceder ante las imposiciones del presidente de EEUU.

El otro foco de choque comercial es con China. Desde hace meses, Bruselas está aprobando medidas para tratar de cambiar la relación económica con el gigante asiático, que ha calificado de “insostenible”. El objetivo de Europa es reducir su déficit comercial de 360.000 millones de euros con China, sin que las medidas provoquen un movimiento en Pekín que produzca males mayores ante su capacidad de abrir o cerrar el grifo de exportaciones de minerales críticos y tierras raras, como ya ha hecho en una ocasión provocando el paro de fábricas de la industria tecnológica, automovilística o de defensa en suelo europeo.

“A menos que Europa y sus aliados sean capaces de articular una respuesta firme y colectiva frente al dominio industrial chino, es probable que entremos en una peligrosa espiral descendente en la que nos volvamos cada vez más dependientes de las cadenas de suministro chinas, perdamos nuestras capacidades industriales y veamos reducida progresivamente nuestra autonomía política y económica.

El movimiento MAGA y Rusia están alineados con un objetivo común: debilitar a la UE. Trump y Putin han encontrado socios dispuestos a colaborar entre los actores de la extrema derecha

Los recientes decretos del Consejo de Estado de China ofrecen un anticipo de lo que está por venir. Dejan claro que Pekín responderá con represalias si otros países intentan reducir riesgos o diversificar sus cadenas de suministro alejándose de China. El mensaje es: protégete y pagarás un precio por ello”, advierte el analista de Rhodium Group, Noah Barkin.

La “ilusión del progreso” europeo

Con este panorama, Europa trata de jugar sus cartas sin perder su esencia humanista y democrática con políticas que redefinan su estrategia, fortalezcan otras alianzas comerciales como

Mercosur o India y aumenten su capacidad de defensa para adaptarse a un entorno internacional cada vez más inestable. Sin embargo, Janis A. Emmanouilidis, director de estudios del European Policy Centre, puntualiza que “persiste una discrepancia estructural entre la ambición retórica de los europeos y sus resultados políticos. Con demasiada frecuencia, los europeos se ven atrapados en lo que el economista Fabian Zuleeg ha denominado una ‘ilusión de progreso’: un intento de gestionar las crecientes perturbaciones mediante reformas lineales e incrementales que, inevitablemente, se quedan cortas. Evitar el colapso sustituye a la necesidad de un cambio transformador”.

La principal consecuencia de esta “ilusión de progreso” es, como ha repetido el expresidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, “la falta de grandeza política de la Unión Europea”, que se puede traducir en que los intereses nacionales prevalecen sobre los comunitarios, una forma de actuar que hace que la voz de la UE sea un tanto irrelevante en el escenario internacional. José Luis Enrech de Acedo, miembro del Real Instituto Elcano y director de la Escuela de Guerra Naval de la Armada, apunta que “la actuación individual de los Estados, motivada por sus estrechos objetivos particulares, no permitirá alcanzar la sinergia necesaria para enfrentarse a los retos actuales; una Unión inconexa y dividida en nacionalismos egoístas es el escenario deseado por Donald Trump o Vladímir Putin”.

Además de los intereses nacionales, otro obstáculo añadido es la falta de confianza, como subraya Teona Giushvili, de la London School of Economics: “La falta de confianza ha limitado en repetidas ocasiones la profundidad y la eficacia de la cooperación, obstaculizando la aparición de enfoques verdaderamente colectivos en momentos críticos como la crisis financiera mundial de 2008, la crisis



Los Reyes de España reciben a los mandatarios europeos en su visita a la

Alhambra dentro de la III Cumbre de la Comunidad Política Europea (CPE) en 2023.

EFE/ MIGUEL ÁNGEL MOLINA

migratoria europea de 2015 y la desestabilización de Europa del Este tras la anexión de Crimea por parte de Rusia en 2014". Este año se ha vuelto a certificar esa escasa solidaridad cuando varios países europeos han utilizado la crisis migratoria de Ceuta para atacar las políticas migratorias de España.

Importantes trastornos políticos que se vislumbran

La analista del think tank Carnegie Europe, Rym Momtaz, explica que "además de las persistentes divergencias en la cultura estratégica entre los europeos, los importantes trastornos políticos que se vislumbran en el horizonte en Francia, Alemania y el Reino Unido dificultarán aún más ese objetivo. Y los ataques públicos sin precedentes y desenfrenados que los aliados probablemente seguirán recibiendo por parte del presidente de Estados Unidos continuarán fragmentando su escasa capacidad estratégica, para gran alegría de sus adversarios".

Momtaz se refiere con los "trastornos políticos que se vislumbran" a la victoria de los partidos de extrema derecha en los próximos comicios de varios países europeos. La ultraderecha es actualmente la tercera fuerza del Parlamento Europeo. Aunque está fragmentada en tres grupos, todos comparten un objetivo final: debilitar a la Unión Europea.

Armida van Rij, investigadora del Centre for European Reform, advierte de que "el ecosistema de la extrema derecha europea es una amenaza para las democracias liberales. Pero sus actores son también un vector de fuerzas externas más amplias: el movimiento MAGA (Make America Great Again, de Trump) y Rusia, todos ellos alineados con el

objetivo común de debilitar a la UE. Y tanto Trump como Putin han encontrado socios dispuestos entre los actores de la extrema derecha europea".

Van Rij apunta a las conexiones tanto de la Casa Blanca como del Kremlin con la ultraderecha en su estrategia de acabar con la UE. "El objetivo de esta Administración estadounidense respecto a la UE es claro: debilitarla o incluso desmantelarla, buscando un cambio de régimen a favor de la extrema derecha. Una UE dividida es más fácil de dominar en materia comercial, lo que favorece a la industria estadounidense. Y las grandes empresas tecnológicas se han alineado de forma oportunista con la Casa Blanca de Trump, calculando que la presión de EEUU suavizará la aplicación de la Ley de Mercados Digitales y la Ley de Servicios Digitales de la UE. Al mismo tiempo, los actores alineados con el MAGA en Europa también son útiles instrumentos para Rusia. El objetivo de Moscú es deshilar el tejido social de Europa hilo a hilo, promoviendo narrativas sobre el 'declive de Europa' en apoyo de políticos de extrema derecha que prometen devolver a las naciones europeas a su 'antigua gloria'".

"La amenaza a la democracia liberal proviene tanto de Occidente como de Oriente"

De las palabras de la investigadora del Centre for European Reform se sostiene que "la amenaza a la democracia liberal proviene tanto de Occidente como de Oriente, amplificada por los intereses corporativos y acelerada por fuerzas internas de Europa". Ahora bien, Van Rij lanza una pregunta

que interpela a las autoridades europeas: “¿Cómo puede Europa mantener su apertura mientras lucha contra las fuerzas nefastas que abusan de ella?”.

La pregunta tiene fondo donde apoyarse. La presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, se atrevió en marzo de 2026 a poner patas arriba los principios fundamentales de la Unión Europea con su propuesta de relegar el sistema basado en reglas y el derecho internacional como ejes de la política exterior comunitaria: “Europa ya no puede ser la guardiana del viejo orden mundial”, espetó. En dos días tuvo que dar marcha atrás ante la avalancha de condenas y peticiones de rectificación por parte de las capitales europeas. Desde entonces, Von der Leyen mantiene una pugna por controlar el Servicio Europeo de Acción Exterior, la diplomacia de la UE, para acercarla a unas posiciones más amables con los oligarcas que tratan de acabar con un mundo basado en el derecho internacional.

Ante esta pugna de poder en el seno de la UE, en la última reunión de principios de septiembre que dirigió la jefa de la diplomacia europea, Kaja Kallas, junto a los ministros de Exteriores de la UE, se lanzó un comunicado en el que se reivindicaba que “la UE reafirma su firme compromiso con un multilateralismo eficaz, renovado y reforzado, basado en el Derecho internacional y en los propósitos y principios universales de la Carta de las Naciones Unidas. En un momento de crecientes tensiones geopolíticas y de graves violaciones del Derecho internacional, un orden internacional basado en normas y un sistema multilateral con las Naciones Unidas como eje central siguen constituyendo el marco global esencial para garantizar el respeto de la soberanía y la integridad territorial de todos los Estados, la solución pacífica de las controversias, la previsibilidad, la rendición de cuentas y la aplicación equitativa del Derecho internacional”. Toda una declaración de intenciones solo entendible a la luz de la lucha interna por el manejo de la política exterior de la Unión Europea.

Hay otros pasos de Von der Leyen que van en una dirección contraria a los planteamientos fundamentales de la UE. La presidenta de la Comisión Europea, junto al Partido Popular Europeo, ha mantenido una estrategia de normalización de planteamientos ultras para dividir a las fuerzas de ultraderecha que ha devenido en un fracaso. Esta estrategia ha provocado “un retroceso en clave democrática y de alejamiento de los valores y principios”, como lo define el analista del Real Instituto Elcano, Jesús A. Núñez Villaverde, con la aprobación del PPE junto a la ultraderecha del Pacto de Migración y Asilo con medidas tan controvertidas como la creación de centros

El dilema para Europa es inmenso. Mantener su esencia humanista, democrática y basada en el derecho internacional o dejarse arrastrar

de reclusión de inmigrantes en terceros países. En otras votaciones, los conservadores europeos rompieron el cordón sanitario que se impusieron frente a la ultraderecha para sacar adelante rebajas en las medidas de protección medioambiental con la excusa de mejorar la competitividad de las empresas europeas.

El dilema para Europa es inmenso. Emmanouilidis, analista del European Policy Centre, sentencia: “Desde la crisis financiera mundial de 2008, los europeos han vivido lo que los analistas han descrito como una ‘permacrisis’: no una sucesión de

perturbaciones aisladas, sino una situación estructural de inestabilidad e incertidumbre continuas. Esta situación continuará en el futuro. En respuesta a ello, lo que se necesita es un ‘cambio permanente’: una capacidad constante para adaptar las instituciones y las estructuras de gobernanza a unos retos cada vez más numerosos. Quedarse estancados o ir tirando sin rumbo fijo no es una opción si los europeos quieren defender sus intereses y sus democracias abiertas y pluralistas. Está en juego la propia existencia”.

Volviendo a Da Empoli, el politólogo que ha definido más claramente la visión de los autócratas y los magnates de la tecnología en su libro *La hora de los depredadores*, hay que recuperar el planteamiento de los Estados Unidos de Europa que propuso Jean Monnet, fundador de la actual Unión Europea.

Da Empoli dio el pasado 1 de julio de 2026 una lección magistral en el Panthéon de París en la que apuntó que “los dirigentes populistas se concentran en el fondo, o al menos eso es lo que aparentan. Prometen resolver los problemas reales de la gente: la delincuencia, la inmigración, el coste de la vida. Si los liberales, los progresistas, los buenos demócratas y los europeístas se atrincheran únicamente tras la defensa de unas formas y unas instituciones consideradas ineficaces por una parte cada vez mayor del electorado, están abocados a ser barridos. El momento exige de los europeos la capacidad de reinventarse y no solo la de defenderse”.

“Durante las últimas décadas, el europeísta se ha convertido en un ser de prudencia y no de conquista, lo que ha permitido a sus adversarios apropiarse del cambio, cuando en realidad solo proponen un pernicioso regreso al pasado. Los Estados Unidos de Europa siguen siendo, en mi opinión, la única respuesta a la altura de los desafíos actuales, la única revolución que —como escribió Jean Monnet— ‘quiere permitir un nuevo florecimiento de nuestra civilización y un nuevo renacimiento’. Hoy depende únicamente de nosotros redescubrir la dimensión épica de la construcción europea”, concluye.

Para las ventas a crédito de tu empresa,
toda la seguridad de las mejores pólizas
con toda la libertad de elegir.

Con Máster Flexible, Elige elegir.

Porque sea cual sea el nivel de riesgo de tus clientes a crédito,
a la hora de asegurarlos, tú eliges cuántos, y tú eliges cuáles.



¡LLÁMANOS!

900 104 438
cesce.es





2010 El ensayo



2026 ¡Vamos allá!





***Sin ti, no
soy nada.
Hazte socio/a.***



**cruzroja.es
900 104 971**

 **Cruz Roja**



Desigualdad, mentiras y algoritmos

Estamos ante una Europa de gobiernos y mayorías frágiles, donde el miedo y la sensación de vulnerabilidad impregnan discursos, políticas y resultados electorales

El mundo vive un declive democrático evidente y sostenido. No solo porque casi tres cuartas partes de la población mundial habite bajo unas autocracias cada vez más desacomplejadas, sino porque el propio sistema democrático está inmerso en un profundo proceso de transformación y contestación. La era de la “pobreza de imaginación política” ha terminado, aseguraba hace justo un año el pensador búlgaro Ivan Krastev en una conferencia en Budapest: “la democracia liberal ya no se percibe como el modelo inevitable de la modernidad”. Una nueva realidad de líneas difusas, subjetividad e incertidumbres geopolíticas ha devorado consensos y confianzas institucionales. La “silicolonización del mundo” — como la llama el escritor y filósofo francés Éric Sadin— ha desbordado las costuras tradicionales de las democracias occidentales, en general, y de la Unión Europea, en particular.

El último informe del instituto sueco V-Dem, publicado en marzo, se preguntaba si estamos ante el fin de la era democrática, después de constatar que “el retroceso democrático devuelve al mundo a niveles comparables a los de 1978”. El estudio, que anualmente mide la evolución de más de 600 indicadores en cada país para determinar el estado de salud de su sistema de gobierno, ha llegado a la conclusión de que, en términos globales, se han perdido prácticamente todos los avances democráticos impulsados desde la Revolución de los Claveles de 1974 en Portugal, que dio inicio a la llamada “tercera ola de democratización”, acelerada tras la caída del Muro de Berlín.

Un tercio de los gobiernos de la Unión Europea tienen hoy a la extrema derecha en el poder, ya sea liderando o como socio minoritario del ejecutivo. Y, sin embargo, Europa sigue parcheando la democracia; vivien-

do cada victoria por la mínima como un nuevo alivio y negando el declive imparable de las mayorías que alumbraron el proyecto comunitario. El final agónico del macronismo, las múltiples crisis políticas del Reino Unido, los intentos de Giorgia Meloni de reformular la ley electoral, o la regresión del estado de derecho en la Eslovaquia de Robert Fico o la República Checa de Andrej Babiš son síntomas distintos de una misma dolencia. Estamos ante una Europa de gobiernos y mayorías frágiles, donde el miedo y la sensación de vulnerabilidad impregnan discursos, políticas y resultados electorales. Además, en 2027, la volatilidad y la fragmentación pueden dar una vuelta de tuerca más a la transformación de la Unión, después de que franceses, italianos, españoles y polacos —cuatro de los cinco países más poblados de la UE— pasen por las urnas para elegir a sus próximos gobiernos.

El politólogo estadounidense Larry Bartels, autor del libro *La democracia se erosiona desde arriba*, explica que la verdadera crisis del sistema no proviene de un público cada vez más populista, sino de líderes políticos que, o bien explotan, o bien gestionan mal las vulnerabilidades crónicas de la democracia. Según Bartels, el problema no es que los europeos confíen ahora menos en sus políticos o sus parlamentos que dos décadas atrás, ni que hayan perdido entusiasmo por una integración europea, que actúa como red de seguridad en tiempos de turbulencias globales. Sin embargo, existe un descontento general, alimentado por el ruido y el desorden de un espacio mediático cada vez más polarizado, y una sensación de fracaso de los partidos tradicionales. La Gran Recesión desmanteló la legitimación por resultados sobre la cual las instituciones comunitarias habían edificado su razón de ser. La desigualdad no ha dejado de ir en aumento desde la crisis fi-

nanciera que se llevó por delante unas mayorías tradicionales que se autoinmolaron al grito compartido de “no hay alternativa”.

Unos 60 millones de europeos viven en lugares donde el PIB per cápita en términos reales es hoy inferior al del año 2000. Alrededor de un tercio de la población de la UE vive en zonas en declive. Esta realidad es especialmente palpable en Francia, Italia, Grecia y Croacia, pero recurrente en prácticamente todos los países de la Unión. En Rumanía, por ejemplo, prácticamente una cuarta parte de la población vive en el umbral de la pobreza.

La Europa del resentimiento y del malestar es tangible. Y la extrema derecha ha estado muy hábil identificando estos miedos y quedándose con el discurso de la alternativa.

Pero estos movimientos, que han logrado hacerse con la centralidad política en una parte importante de la Unión Europea, explotan crisis genuinas que los partidos tradicionales no supieron revertir. Así es como el centro de gravedad del discurso político se ha ido desplazando a las promesas de seguridad, la recuperación de glorias y jerarquías pasadas, y la criminalización de minorías que desafían estas visiones revisionistas.

El precio de la globalización

De la economía desatada al repliegue político, las heridas del descalabro financiero de 2008 siguen abiertas. Nos encontramos en un momento en el que las nuevas y las viejas incertidumbres convergen en un contexto de una turbulencia excepcional. La economía mundial se enfrenta a una “policrisis de la globalización”, como la llaman algunos expertos, consecuencia de una superposición de retos interconectados: la guerra comercial entre Estados Unidos y China, el impacto de la tecnología, el repliegue que trajo la pande-



PATRICIA BOLINGHES

mia de COVID-19, y la crisis de la democracia liberal. Vivimos una inflación de profetas y salvadores; de nuevos actores globales con músculo e influencia para reescribir los equilibrios de poder tradicionales y los fundamentos de las relaciones interpersonales. Destacados miembros de la nueva aristocracia de Silicon Valley alardean de su desdén por el igualitarismo, o difunden conceptos como el advenimiento de una “subclase” determinada por el impacto de la tecnología en los puestos de trabajo. Dice Shoshana Zuboff, académica y escritora estadounidense, que la combinación de “conocimiento y libertad” acelera “la asimetría de poder entre los capitalistas de la vigilancia y las sociedades en las que realizan sus operaciones”. Por tanto, las relaciones sociales que establece esta versión del capitalismo “ya no están fundamentadas en el intercambio mutuo” sino en el uso del individuo como materia prima. El objetivo es do-

minar a la naturaleza humana “incapacitando a la democracia de raíz”, denuncia Zuboff.

El espacio digital es un nuevo frente de disputa. Un territorio virtual para la conquista de la mente y de la conformación de opinión, donde los procesos cognitivos como la atención, la memoria y las respuestas emocionales pueden ser distorsionados o explotados. La preeminencia de las redes sociales ha facilitado el acceso a esta manipulación de los procesos de deliberación y la toma de decisiones, con sus consecuencias directas para los procesos democráticos. Una cantidad ingente de datos personales, y la plataformización de nuestra vida, nuestras preferencias y necesidades, facilitan una nueva forma de dominación que, según el filósofo Byung-Chul Han, “no se ejerce mediante la opresión, sino mediante la comunicación”. La información no solo informa, “sino que también crea forma”. La palabra

lleva implícita un marco mental y unos valores concretos, que se han convertido en el arma híbrida de esta confrontación cognitiva.

El periodista estadounidense David Roberts ya advertía en 2017, después de la primera victoria de Donald Trump, de un “tribalismo epistémico” donde lo importante no es la verdad objetiva sino el reforzamiento de la identidad de grupo. Eso es lo que hizo el presidente de Estados Unidos en su discurso a la nación del pasado 16 de julio. Trump apareció en horario de máxima audiencia para desplegar un relato confuso que mezclaba cifras, riesgos y sospechas con las que construir una teoría conspirativa sobre el presunto robo electoral que sufrió en 2020: unos supuestos 220 millones de registros de votantes estadounidenses en manos chinas; máquinas de votación “extremadamente expuestas”; 278.000 ciudadanos extranjeros que figuraban en los censos electorales... Pero ninguno de los documentos que hizo públicos confirmaban estas sospechas. Sin embargo, Trump recuperó sus viejas obsesiones, desde las acusaciones contra Pekín a los ataques a la prensa, para invocar injerencias exteriores y alimentar la sospecha sobre las elecciones de medio mandato.

Los ingenieros del caos

El líder estadounidense se ha consagrado como el disruptor en jefe que homologa, refuerza y espolea a los llamados “ingenieros del caos”, como los bautizó el ensayista y consultor político Giuliano da Empoli en 2020, en pleno avance global de una internacional iliberal que, a pesar de explotar males locales, aprendió rápidamente a asimilar métodos y estrategias. Una mezcla de ideología, asesoramiento compartido y utilización táctica de las redes sociales contribuyeron a transformar y agrandar figuras como Viktor

Orbán, Marine Le Pen o Nigel Farage. Pero **es Elon Musk quien ha logrado dar otra dimensión a esta hiperrealidad diseñada algorítmicamente, y Donald Trump quien ha redefinido el significado y peso de la verdad en el discurso público. Son el binomio perfecto del proceso de autocratización que vive Estados Unidos.**

La tecnología ha multiplicado las oportunidades de identificar determinadas audiencias y las estrategias más eficientes para llegar a ellas. Las posibilidades son ingentes: desde la ampliación y aceleración algorítmica de mensajes que penetran en la capilaridad de la sociedad a la creación de imágenes virtuales específicas (*deepfakes*, realidad virtual), memes, desinformación y comunidades en redes sociales que permiten la viralización, contagiosa y sin filtros, de un contenido diseñado para la erosión. Su objetivo es cambiar no solo lo que la gente piensa, sino también cómo actúa. Busca sembrar la duda, erosionar la creencia en la facticidad, introducir narrativas contradictorias, polarizar la opinión, radicalizar grupos y alimentar acciones que puedan perturbar o fragmentar una comunidad. Se trata de identificar y explotar vulnerabilidades previas y fracturas sociales, amplificar el hostigamiento, irrumpir en espacios civiles y desestabilizarlos.

Los linchamientos digitales llevan a la autocensura. Y, todo ello, erosiona aún más el derecho a la información de calidad como un bien público imprescindible para garantizar la pluralidad de los espacios de discusión democrática. Cada vez más, los sociólogos alertan sobre los costes que tiene la “fatiga de la verdad”. El necesario sobreesfuerzo mental que supone vivir permanentemente obligados a verificar cualquier afirmación —ya sea un consejo de salud, una oferta de trabajo o una noticia—. La fatiga de la verdad no es solo informativa; es emocional. Creemos en

lo que encaja con nuestra tribu porque nos ahorra energía.

Un país como Estados Unidos, que había hecho de la Primera Enmienda la piedra angular de una concepción sin matices ni limitaciones de la libertad de expresión, y se permitía acusar a la Unión Europea de antidemocrática por su regulación de las redes sociales, ve ahora cómo se despliega desde el entorno presidencial una auténtica cacería de brujas. Las democracias mueren por erosión, como concluían los politólogos Steven Levitsky y Daniel Ziblatt en su libro publicado en 2018, y cada proceso electoral ha contribuido, en los últimos años, a acelerar la crisis de la democracia representativa en el mundo. Así lo acreditaba el informe *The Global State of Democracy*, publicado en 2024 por el Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA), que aseguraba, además, que el último ciclo electoral —el que se desarrolló entre 2020 y 2024— se caracterizó por lo que llaman “negacionismo electoral” porque el resultado de una de cada cinco elecciones que se celebraron fue cuestionado por alguno de los candidatos o por los partidos perdedores.

Las elecciones son vulnerables porque el caos se ha convertido en el medio perfecto para erosionar confianzas, evidencias y procesos democráticos. Las vulnerabilidades no son solo teóricas ni exageraciones interesadas; se han explotado en todo el mundo, desde Sudáfrica a Ucrania, Bulgaria o Filipinas. El miedo al hackeo de las máquinas de votación, por ejemplo, puede ser real o factible, especialmente cuando las urnas ya no garantizan sistemas democráticos. Pero más rentable es mentir, construir relatos de desconfianza y emocionalidad. Jugar con las mentes y fragmentar realidades para erosionar unos maltrechos regímenes democráticos en plena ola de autocratización global.

Ser de los que **hacen**







Y qué opinan los jóvenes

Hace quince años, el 15-M reivindicaba regeneración democrática; ahora, los menores de 35 años son los más dispuestos a aceptar un gobierno autoritario en algunas circunstancias. Detrás de ambas juventudes, la misma frustración y enfado



Ignacio Urquizu

Profesor de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid, CEO de Metroscopia y autor de *Generación 15-M* (de próxima aparición en EnDebate)

 Ilustración de **Núria García**

Si hay un debate que es bastante antiguo, y por ello tiene poco de original, es el generacional. Ya en la antigua Grecia, hace más de 2.500 años, los atenienses pensaban que los espartanos eran superiores por el papel que desempeñaban los jóvenes: “En Esparta han conservado las antiguas costumbres. Allí los jóvenes honran a sus mayores mientras que aquí [en Atenas] desprecian a los ancianos. Allí endurecen sus cuerpos, mientras que aquí se hacen más flojos. Allí obedecen a la autoridad, mientras que aquí se burlan de ella” (René Kraus, *La vida privada y pública de Sócrates*). Y si avanzamos en la historia, iremos viendo numerosos epi-

sodios donde los jóvenes son presentados como víctimas, como protagonistas o como objeto de discusión. La cuestión es que la juventud ha generado una gran fascinación en casi todas las fuentes del conocimiento (la literatura, la cultura, la sociología, la filosofía...) en distintos momentos del tiempo y se ha presentado como objeto de deseo, motor de cambio o fuente de explicación. Pero, en realidad, lo único que define a un joven es que tiene mucha más vida por delante que sus mayores. Y no es una cuestión menor, especialmente cuando ya has recorrido unos cuantos años de tu vida. Pero la juventud como centro del análisis o de explicación es un fenómeno muy recurrente y repetido en el tiempo.

Entonces, muchos se pueden estar preguntando ahora mismo: ¿por qué volver ahora sobre lo que piensan los jóvenes sobre la democracia? En 2011, fueron ellos, los jóvenes, quienes protagonizaron el mayor movimiento ciudadano desde la Transición: el 15-M. Aquel 15 de mayo de 2011, la inmensa mayoría de quienes ocuparon plazas y calles no superaban los 35 años, aunque contaban con un inmenso apoyo transversal de toda la ciudadanía. Pero 15 años después de aquellas manifestaciones, no solo sus reivindicaciones no se han llevado a la práctica, sino que más bien hemos caminado en la dirección opuesta en muchas cuestiones que se plantearon entonces. El problema de la vivienda, por ejemplo, que era central en aquellas protestas, hoy está en una peor situación. O las reformas de regeneración democrática tampoco han visto la luz.

En cambio, el mundo camina en una dirección donde la pulsión autoritaria es la dominante. Los partidos son cada vez menos plurales y toleran peor la crítica. Los sistemas electorales no se han alterado. Las instituciones gozan de una menor confianza. No se han creado nuevos espacios de debate y participación ciudadana. Y muchos de los gobiernos democráticos son liderados por políticos y partidos cuya agenda es reducir el control de la ciudadanía; Donald Trump es el paradigma de todos ellos. Y no solo eso, las principales potencias internacionales que se disputan el liderazgo mundial son autocracias —China y Rusia— o van camino de serlo —Estados Unidos—. La Unión Europea ni está, ni se la espera. Dicho de otra manera, nuestras sociedades parecen mirarse en el espejo de la antigua Esparta, abandonando el sueño de ser una Atenas moderna e influenciada por los valores de la Ilustración. Ese sueño está dando paso a un mundo de liderazgos fuertes, donde el ejercicio de la fuerza domina frente a los argumentos y la razón. O si queremos usar como ejemplo la antigua Roma, todo indica que la República está dando paso al Imperio.

Es por ello que parece pertinente preguntarse en este contexto de pulsión autoritaria: ¿qué piensan los jóvenes de esta deriva? Hace casi un año, algunos medios de comunicación llamaron la atención sobre una posible añoranza por parte de la juventud de nuestro país del franquismo. Así, el 13 de octubre de 2025, el diario *El País* titulaba: “Más

del 21 % de la población considera que los años de la dictadura fueron ‘buenos’ o ‘muy buenos’, según el CIS”. En este artículo, el periódico se hacía eco de una encuesta elaborada por el Centro de Investigaciones Sociológicas, donde se preguntaba a la ciudadanía por sus preferencias por la democracia y por el franquismo. Si vamos a ella y distinguimos por grupos de edad, observaremos que en los menores de 35 años, un 18,1 % consideraba que los años del franquismo eran “buenos” o “muy buenos”, tres puntos por debajo del conjunto de la población. Es decir, los más jóvenes aparecen como menos “franquistas” que el total de la ciudadanía. En cambio, en los mayores de 65 años, que sí que vivieron la dictadura de Franco, esta cifra era del 24,3 %. Asumiendo que en todos los grupos de edad hay un notable rechazo al régimen franquista, es entre los más jóvenes donde encontramos la mayor repulsa. Dicho en otras palabras, el punto de partida es que no es cierto que la juventud tenga añoranza de la dictadura franquista, más bien los datos demoscópicos indican todo lo contrario.

Una cosa distinta es si les preguntamos por las formas de gobierno. En abril de 2025, el CIS elaboró una encuesta sobre la calidad de nuestra democracia. En ella se preguntaba sobre las preferencias respecto de la democracia, en comparación con otras formas de gobierno. Solo un 8,6 % de los entrevistados mostraban predilección por un gobierno autoritario. En cambio, entre los menores de 35 años, el 15,2 % admitió que preferiría un gobierno autoritario frente a una democracia, en algunas circunstancias. Es una cifra que casi dobla al conjunto de la población. Seguramente es este dato, y no la posible añoranza del franquismo, lo que debería hacer saltar las alarmas y preguntarnos qué está pasando en la juventud. O dicho de otra manera, no es el franquismo sino la pulsión autoritaria lo que parece estar germinando entre los más jóvenes de nuestro país.

Los impuestos

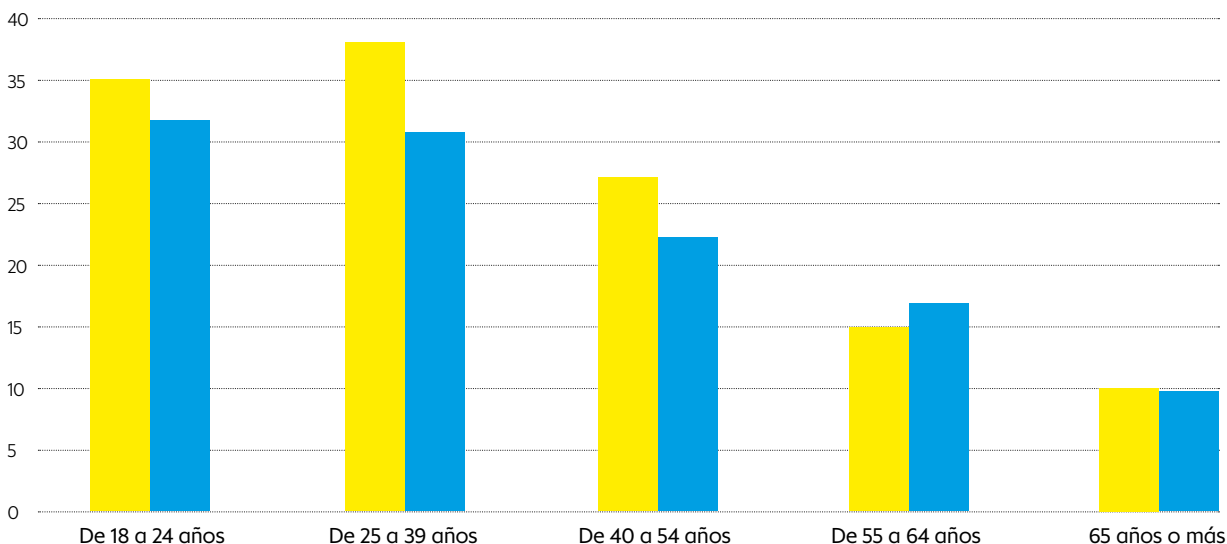
En el libro de próxima publicación que lleva por título *Generación 15-M* (EnDebate), exploro con datos de opinión pública lo que puede estar sucediendo entre los más jóvenes. Una de las primeras conclusiones que se extrae en esta investigación es que los menores de 35 años son la única generación que considera que la democracia es perjudicial para corregir la desigualdad. Pero esta convicción no nace de una mala experiencia vital. Es decir, ellos no perciben necesariamente que la desigualdad haya aumentado en los últimos tiempos, sino que más bien hay un cambio cultural respecto del papel del Estado. En los últimos años, ha aumentado entre los más jóvenes el rechazo a pagar impuestos. El Instituto de Estudios Fiscales publica de forma periódica el Estudio de opiniones y actitudes fiscales de los españoles. En 2024, tal y como se muestra en el gráfico, un 31,6 % de quienes declaraban entre 18 y 24 años y un 30,6 % de quienes tenían entre 25 y 39 años afirmaban que “si

“Si no se pagara ningún impuesto, viviríamos mejor”

Porcentaje de la población por franjas de edad que está de acuerdo con esta afirmación

2025

2024



FUENTE: OPINIONES Y ACTITUDES FISCALES DE LOS ESPAÑOLES 2024 Y 2025, INSTITUTO DE ESTUDIOS FISCALES

Rechazar los impuestos no es una cuestión menor: significa oponerse a la idea de ciudadanía que Europa construyó desde el final de la guerra

no se pagara ningún impuesto, todos viviríamos mejor”. Estas cifras contrastan con las de los entrevistados de mayor edad. Así, menos del 10 % de quienes tenían más de 65 años compartían esta opinión. Recientemente se ha publicado este estudio para 2025. Lo relevante es que estas cifras han aumentado en el último año. Ahora, un 35 % de quienes tienen entre 18 y 24 años y un 38 % de entre 25 y 39 años afirman que “si no se pagara ningún impuesto, todos viviríamos mejor”. Ha aumentado entre 3 y 8 puntos el rechazo a pagar impuestos entre los más jóvenes, mientras que la cifra de los mayores de 65 años es prácticamente la misma.

Rechazar los impuestos no es una cuestión menor en términos democráticos: significa oponerse a la idea de ciudadanía que se ha construido en Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En 1950, el sociólogo T. H. Marshall publicó el influyente ensayo *Ciudadanía y clase social*. En él desarrollaba la evolución de la idea de ciudadanía en las sociedades europeas. Así, en el siglo XVIII,

muchas de las revoluciones del continente europeo se centraron en lograr los derechos civiles como, por ejemplo, el *habeas corpus*. En el siglo XIX, las reivindicaciones ya eran distintas y lo que se perseguía eran los derechos políticos: el derecho al voto, el derecho de asociación, la libertad de expresión. Una vez logrados, en el siglo XX, el protagonismo fue para los derechos socioeconómicos, especialmente tras la II Guerra Mundial. Aquí se enmarcaron los estados del bienestar con derechos como la educación, la sanidad, los subsidios de desempleo, las becas o las pensiones. Por lo tanto, la idea de ciudadanía implicaría tener completos tres tipos de derechos: civiles, políticos y socioeconómicos. Además, T. H. Marshall unía la idea de ciudadano o ciudadana a los individuos y no a la pertenencia a una clase social.

Esta idea de ciudadanía es la que ha permanecido en nuestras sociedades durante todo este tiempo y si ponemos en cuestión algunos de los derechos, nuestra concepción ilustrada de la ciudadanía entra en crisis. Es por ello que cuestionar los impuestos es una forma de poner objeciones a lo que entendemos que significa ser un ciudadano o una ciudadana en las democracias contemporáneas europeas. Y no es una cuestión menor, porque es un cuestionamiento profundo a las sociedades que hemos construido y a los sistemas políticos que vertebran estas sociedades.

Pero, ¿de dónde nace este rechazo a los impuestos por parte de los más jóvenes? Para los amantes del debate generacional, la pregunta no es muy difícil de responder bajo su óptica: el estado del bienestar en los últimos tiempos está transfiriendo rentas de los más jóvenes hacia los más

mayores. Así, el aumento del gasto en pensiones sería una de las formas de transferencia de rentas. Y lo mismo sucedería con el mercado del alquiler de vivienda, donde los propietarios son las generaciones de mayor edad y los inquilinos son las personas más jóvenes.

Creo que esta respuesta tiene algunas carencias. Por un lado, ni todos los jóvenes ni todos los mayores son iguales. Es decir, existen jóvenes de renta alta que no necesariamente están atrapados en el mercado de la vivienda, de la misma manera que no todos los pensionistas tienen varias viviendas. Por otro lado, la idea de transferencia de rentas dentro del estado del bienestar es mucho más compleja como para reducirlo todo a un simple dato como es el gasto en pensiones. Si profundizamos en los procesos redistributivos del estado del bienestar, veremos que desde hace mucho tiempo, décadas, el estado del bienestar español es de los menos redistributivos de la OCDE. Por lo tanto, no estamos ante algo nuevo, sino que viene sucediendo desde hace mucho tiempo. Y si este problema redistributivo de nuestro estado del bienestar es muy antiguo, no es una explicación suficiente para el reciente debate generacional que se ha abierto paso en los últimos años.

Considero que la crisis política entre los más jóvenes es de mayor calado que un debate generacional sobre la desigualdad. Según los datos de Metroscopia, el 84 % de los menores de 35 años cree que España no funciona de manera adecuada. Es una cifra 8 puntos superior a la del conjunto de la población y es el dato más alto entre todas las generaciones. Por lo tanto, los más jóvenes perciben de forma abrumadora que el Estado no funciona. Así, su negativa a pagar impuestos no solo sería la consecuencia de una nueva generación mucho más conservadora, algo que también observamos en los datos de autoubicación ideológica, sino que también es el resultado de la percepción de que su país no acaba de funcionar como ellos esperarían.

Frustración de expectativas

Este escenario nos abre un espacio de reflexión mucho más profundo sobre qué le está pasando a la juventud respecto de la democracia. Una posible interpretación podría ser la frustración de expectativas que han generado nuestras sociedades modernas. Desde hace un tiempo, ya por el año 2011, se hablaba de la posible aparición de la primera generación que viviría peor que sus padres, que se tradujo en el lema Juventud Sin Futuro. De hecho, esta fue una de las plataformas ciudadanas que lideró el 15-M. Esta falta de expectativas puede haberse agudizado con las redes sociales. En estos momentos, cualquier plataforma nos presenta lugares que nunca visitaremos, ropa que nunca vestiremos y cuerpos que son muy difíciles de alcanzar. Y ese mundo inalcanzable puede ahondar en la idea de frustración y falta de expectativas. Las nuevas tecnologías,

Las generaciones jóvenes no tienen un vínculo emocional con la democracia como sí lo tienen sus abuelos, que pelearon por traerla y vivieron sin ella

cuyo consumo por los más jóvenes es abrumador, están contribuyendo a esta frustración, ahondando en la idea de lo inalcanzable. La frustración es el paso previo al enfado. Y son el enfado y el cabreo los que suelen estar detrás de muchas de las movilizaciones ciudadanas a lo largo de la historia. Así, este rechazo a los impuestos o esa idea de que el estado no funciona, no son más que la consecuencia de la frustración, la falta de expectativas y el enfado de la juventud, canalizándolo todo hacia un rechazo a la democracia.

A esto se podría añadir algo más. Las generaciones más jóvenes no tienen un vínculo emocional con la democracia como sí tienen sus mayores, especialmente sus abuelos. Dicho de otra manera, las generaciones de más edad pelearon por traer la democracia a nuestro país y, además, ellos vivieron en un régimen autoritario de falta de derechos y libertades. La experiencia vital de las personas más mayores está íntimamente unida a la consecución de un sistema democrático en España. Esto, seguramente, habrá producido vínculos afectivos muy distintos hacia nuestro sistema político. Y es por ello que es más “fácil” que la pulsión autoritaria emerja entre los más jóvenes. Más allá del cine o los libros, su visión de la dictadura es muy distinta a la de sus mayores. Aunque eso sí, esta diferencia de vínculos emocionales respecto de la democracia es una explicación más dentro de ese enfado y frustración que se observa en la juventud.

En definitiva, en un momento en el cual el mundo camina hacia sistemas más autoritarios y con democracias más débiles, los jóvenes no aparecen, por ahora, como el freno a las autocracias. De hecho, en los datos de opinión pública, los jóvenes aparecen como los más “tolerantes” con un sistema político autoritario —aunque es una opinión minoritaria—. Pero esta pulsión autoritaria es el reflejo del enfado y la frustración ante un Estado que perciben que no funciona, puesto que no cumple con las expectativas de bienestar que ellos proyectan sobre su futuro.

Para finalizar, solo recordar que a veces el enfado produce estos resultados. Parte de la victoria de Donald Trump se explica por todos los perdedores de la globalización que viven fuera de las grandes ciudades. Ellos también estaban enfadados y su voto de protesta aupó a Trump a la Casa Blanca.



años de
10 bida
farma

**Diez años
creciendo juntos,
diez años a tu lado.**



bida
farma



¿Quién controla los desvíos del Poder Judicial en España?

El Poder Judicial ha demostrado su competencia para controlar los abusos de los otros dos poderes del Estado, el Ejecutivo y el Legislativo; pero también ha acreditado su incapacidad para autocontrolarse y evitar algunos abusos de sus togados



José Manuel Romero

Director adjunto de elDiario.es



Ilustración de **Gabriel Sanz**



El magistrado Manuel Marchena, expresidente de la Sala de lo Penal del Supremo (2014-2024) y autor intelectual de algunas de las sentencias más relevantes y discutidas del siglo XXI, rechaza la tesis con la que comienza este artículo, aunque admite una situación peligrosa: “Una convivencia se va laminando cada día si se generaliza la idea de que en España la Justicia no la imparten jueces sino fachas con toga, esto es gravísimo”.

La idea, según las encuestas, se ha generalizado.

La división de poderes en España, base fundamental de una democracia sólida, sufre en este tiempo un desequilibrio en sus contrapesos de consecuencias inciertas. El Legislativo

controla al Ejecutivo, y el Judicial controla a ambos poderes. Pero ¿quién controla el uso torcido del derecho por el Poder Judicial en su actual batalla contra el Ejecutivo y el Legislativo?

Marchena responde: “Me parece un tremendo error incluir en la normalidad democrática, en la normalidad constitucional, la desconfianza hacia los jueces. ¿Los jueces se equivocan? Por supuesto. ¿Qué pasa cuando un juez se equivoca? ¿Lo ponemos a parir? No. Se recurre y si se ha equivocado, esa decisión va a ser revocada”.

Según mantienen juristas de reconocido prestigio, en la historia de estos años se han producido algunas decisiones judiciales equivocadas en episodios trascendentes de la vida política en España. Y aunque se recurrieron, muchas no se revocaron. El error se impuso, la verdad apenas importó y el mal triunfó sin remedio.

La reciente etapa democrática nunca vivió una situación parecida.

El intercambio de cromos

Landelino Lavilla —expresidente del Congreso— alertó durante los debates constituyentes sobre algunos peligros del futuro: “Ese gran edificio que queremos construir sobre los sólidos cimientos de una Constitución, se juega día a día en cada juzgado y en cada tribunal. No hay ordenación que pueda subsistir ni convivencia que pueda sostenerse sin órganos judiciales independientes solventes y respetados”.

La insuficiente independencia de los órganos judiciales viene de origen. El exministro franquista Laureano López Rodó avisó en aquel mismo debate: “Creo que la independencia judicial se haría ilusoria si siguiera existiendo un margen de discrecionalidad en los nombramientos y ascensos de los jueces y de los magistrados. Para hacer efectiva esta independencia de los juzgadores es por lo que entiendo conveniente que se añada un párrafo a este artículo en que expresamente se diga que los nombramientos y ascensos se harán conforme a la ley y con base en criterios objetivos que excluyan el arbitrio”.

No le hicieron mucho caso porque la Constitución dejó esa asignatura sin aprobar y la Ley Orgánica que le siguió tampoco solucionó el problema.

Los nombramientos y ascensos de jueces son decididos desde hace 46 años por un Consejo General del Poder Judicial (CGPJ), órgano elegido previamente por la clase política en las Cortes. El margen de discrecionalidad es enorme y ha tenido en ocasiones consecuencias nefastas. Algunos ejemplos inquietantes:

- La sala segunda del Supremo, encargada de juzgar las corruptelas de los políticos, pasó de tener un cierto equilibrio de sensibilidades hasta 1996 (ocho magistrados progresistas y siete conservadores) a estar dominada por la derecha judicial tras ocho años de Gobierno de José María Aznar (11 magistrados conservadores frente a cuatro progresistas en 2004).

Esa desigualdad sigue vigente y marca en muchos casos el sentido de sentencias emblemáticas.

- Cuando el PSOE recuperó el Gobierno en 2004 impulsó un cambio legal para establecer que los ascensos y nombramientos del Poder Judicial se hicieran con una mayoría cualificada (13 de 21 vocales), lo que obligaba al acuerdo entre los dos bloques —progresista y conservador—. Pero esa medida tampoco resolvió el problema porque con la nueva norma se acordaron nombramientos que favorecieron a los jueces de la mayoritaria asociación conservadora (APM) y de la minoritaria asociación progresista (JpD). El mérito y la capacidad no importaban demasiado en aquel cambio de cromos.
- El PP recuperó el poder a finales de 2011 con la promesa de cambiar el sistema de elección del CGPJ para que solo los jueces eligieran a los 12 vocales que hasta entonces nombraban el Congreso y el Senado. El ministro de Justicia, Alberto Ruiz-Gallardón, redactó el texto de la reforma y cuando lo llevó al consejo de ministros, Mariano Rajoy decidió meterlo en un cajón porque valoró que era mejor mantener todo como estaba, lo que suponía seguir controlando esa elección desde el poder político.

Desde la creación del Consejo en 1980, la derecha judicial siempre estuvo al mando. Y cuando lo perdió, la división entre los vocales progresistas les devolvió su poder.

La Sala Penal del Supremo lleva más de 20 años con una mayoría absoluta de magistrados conservadores. A esta máxima instancia judicial se llega en algunos casos tras acumular méritos políticos en el trabajo diario.

Ejemplo: la discrecionalidad en los ascensos convirtió a Ángel Hurtado en magistrado del Supremo. Hurtado protagonizó un episodio muy polémico de la historia judicial del país cuando presidió el tribunal que juzgó el caso Gürtel, la trama de corrupción masiva del PP. Hurtado evitó que las acusaciones populares hicieran preguntas incómodas a Mariano Rajoy, defendió que el PP nunca debió ser condenado por beneficiarse de la red delictiva y también que el presidente del Gobierno nunca tuvo que declarar como testigo. Pero se quedó en minoría dentro de su propio tribunal de la Audiencia Nacional. La sentencia condenatoria, con su voto en contra, fue confirmada por el Supremo. Pese a su controvertida actuación, Hurtado fue ascendido a magistrado del Supremo por un CGPJ con el mandato caducado y que el PP se negaba a renovar.

El cambio de cromos, vigente desde que se impuso la mayoría cualificada para los nombramientos, benefició a Hurtado, quien fue elegido para el Supremo (19 votos a favor y dos en blanco) junto a Leopoldo Puente, magistrado instructor del caso que desembocó en la condena de 24 años de cárcel por corrupción para el exministro socialista José Luis Ábalos.

El margen de discrecionalidad en los nombramientos también permitió que Enrique López, invitado a los eventos de la FAES del PP y vocal del bloque conservador en el CGPJ, termi-

nase como magistrado del Tribunal Constitucional a propuesta del Gobierno de Rajoy. Dimitió tras ser imputado por conducir borracho por el Paseo de la Castellana. Pese a ello, el PP le recuperó como secretario del Área de Justicia e Interior. La presidenta madrileña, Isabel Díaz Ayuso, le nombró a su vez consejero de Justicia. En 2023 regresó a su puesto de juez de la Audiencia Nacional y ahora opta a un puesto en el Supremo.

La misma discrecionalidad permitió que Juan Carlos Campo, el ministro de Justicia que negó la constitucionalidad de la Ley de Amnistía cuando motivó los indultos a los presos del *Proceso*, acabara elegido magistrado del Tribunal Constitucional en la cuota correspondiente al Gobierno de Sánchez. Campo tuvo que abstenerse en los recursos presentados contra la Ley de Amnistía, a la que él como ministro tildó de inconstitucional.

Este manoseo político en los nombramientos explica parte de la enorme desconfianza de los ciudadanos en los jueces que imparten justicia en España. La endemoniada situación política ha terminado de fabricar la tormenta perfecta.

Los gobiernos de Pedro Sánchez han hecho concesiones políticas al independentismo catalán de consecuencias jurídicas relevantes. El Poder Judicial encajó mal estas prácticas. Aunque el PSOE no apoyaba al principio los indultos para los condenados del *Proceso* ni consideraba constitucional una Ley de Amnistía, aprobó ambas medidas a cambio de mantener el Gobierno durante dos legislaturas consecutivas.

La cruzada contra Podemos

La llamada cruzada judicial de baja intensidad contra Sánchez y su Gobierno comenzó en 2020, cuando los dirigentes de Podemos, uno de los partidos de la coalición, comenzaron a denunciar la persecución judicial que sufrían. Esta formación había padecido una guerra sucia ilegal impulsada desde el Ministerio del Interior y ejecutada por policías corruptos. Los tribunales dejaron sin castigo la mayoría de aquellos hechos delictivos a pesar de las numerosas denuncias de Podemos.

El juez Juan José Escalonilla abrió en julio de 2020 una causa penal contra Podemos por la denuncia de un exabogado del partido despedido por el supuesto acoso a una compañera del que fue absuelto. Aquel procedimiento judicial derivó en una decena de piezas separadas, todas ellas abiertas con pruebas débiles o inexistentes, para investigar delitos muy graves como la financiación ilegal, la malversación de fondos públicos, la falsedad documental o el tráfico de influencias. Escalonilla mantuvo bajo sospecha durante cuatro años a tres dirigentes de Podemos. La causa acabó archivándose al completo por falta de pruebas.

En ese mismo tiempo, el juez de la Audiencia Nacional Manuel García Castellón convirtió la guerra sucia del Ministerio del Interior contra Podemos en un proceso contra quien era entonces vicepresidente del Gobierno, Pablo Iglesias. El Supremo rechazó la exposición razonada que envió García Castellón para imputar a Iglesias por una supuesta revelación de secretos en el caso Dina, el robo de un teléfono móvil a



Jueces y fiscales protestan con sus togas a las puertas de los juzgados de Madrid el 11 de junio de 2025. EUROPA PRESS

Cientos de jueces se manifestaron con sus togas contra la Ley de Amnistía. La ley de 1985 lo prohíbe expresamente. No hubo una sola consecuencia

una asesora del líder de Podemos cuyo contenido utilizó la policía política —el comisario Villarejo— para filtrar a determinados medios esa información con el único objetivo de destruir la imagen de Pablo Iglesias.

Una jurisprudencia creativa

El acuerdo para la investidura de Pedro Sánchez a cambio de una Ley de Amnistía que su Gobierno rechazaba solo unos meses antes causó el choque mayor con el Poder Judicial. Cientos de jueces se manifestaron con su toga a las puertas de los juzgados contra la norma antes incluso de que comenzara a tramitarse en el Congreso.

La Ley del Poder Judicial de 1870 escribió en rojo que los jueces “no podrán dirigir al Poder ejecutivo, a funcionarios públicos o a corporaciones oficiales felicitaciones o censuras por sus actos”. La Ley de 1985 vigente (artículo 395) mantiene esa línea roja: “No podrán los Jueces o Magistrados pertenecer a partidos políticos o sindicatos o tener empleo al servicio de los mismos, y les estará prohibido dirigir a los poderes, autoridades y funcionarios públicos o Corporaciones oficiales felicitaciones o censuras por sus actos, ni concurrir, en su calidad de miembros del Poder Judicial, a cualesquiera actos o reuniones públicas que no tengan carácter judicial”. La protesta judicial contra la Ley de Amnistía no tuvo consecuencias disciplinarias para los togados.

La conservadora y mayoritaria Asociación Profesional de la Magistratura, a la que están afiliados un tercio de los 5.400 jueces que ejercen en España, difundió en noviembre de 2023

un comunicado en el que anunciaba el apocalipsis si se aprobaba la Ley de Amnistía. Pese a este vaticinio, el Tribunal Constitucional y el Tribunal de Justicia de la Unión Europea han bendecido ahora la ley en respuesta a los recursos presentados por el PP y por tribunales com-

puestos mayoritariamente por jueces conservadores.

No parece que la aplicación de esa ley haya supuesto el principio del fin de nuestra democracia, ni que se hayan roto las reglas de la Constitución de 1978 ni que haya volado por los aires el estado de derecho. Tampoco se ha producido una amenaza a la independencia judicial ni ha quedado sin efecto la división de poderes.

Afiliados a la Asociación Profesional de la Magistratura copan la mayoría de los puestos con más poder en los tribunales de justicia en España. A finales del siglo pasado, el abogado Carlos López Keller alertó sobre este riesgo: “Es nefasta una Justicia socialmente monocolor, y lo es porque salvando honestidades personales, produce resultados distorsionados”.

La Ley de Amnistía se aprobó el 30 de mayo de 2024 por 177 votos a favor y 172 en contra. Pero su aplicación completa fue imposible por capricho de la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo. Sus magistrados aplicaron al caso una jurisprudencia creativa, desconocida hasta ese momento, para interpretar la ley de manera que fuera imposible amnistiar a los condenados por malversación.

El texto aprobado en las Cortes aclaraba que los condenados por malversación podrían ser amnistiadados siempre y cuando no hubieran incrementado su patrimonio como consecuencia del delito cometido. El Supremo entendió que los

condenados se habían enriquecido al ahorrarse el dinero de la consulta, financiada con fondos públicos. Solo protestó la magistrada Ana Ferrer, de tendencia progresista, quien hizo un voto particular.

El novedoso planteamiento no aparecía en la sentencia que los mismos magistrados del Supremo aprobaron por unanimidad el 14 de octubre de 2019. Prestigiosos juristas, como Juan Antonio Lascaraín, catedrático de Derecho Penal de la Universidad Autónoma de Madrid, cuestionaron aquella interpretación del Supremo que impedía la aplicación total de la Ley de Amnistía: “Enriquecerse no es lo mismo que no empobrecerse. La ley define el enriquecimiento: ‘No se considerará enriquecimiento la aplicación de fondos públicos a las finalidades previstas en los apartados a) y b) cuando, independientemente de su adecuación al ordenamiento jurídico, no haya tenido el propósito de obtener un beneficio personal de carácter patrimonial’”.

La batalla judicial contra la Ley de Amnistía tuvo otros frentes. El magistrado Manuel García-Castellón torpedeó desde la Audiencia Nacional la amnistía cuando solo era un proyecto. Este juez llevaba cuatro años instruyendo una causa relacionada con las protestas independentistas del movimiento Tsunami Democràtic contra la sentencia del Procés. García-Castellón envió a finales de 2023 una exposición razonada para imputar por terrorismo a Carles Puigdemont, desaparecido del proceso durante los cuatro años anteriores. Pese a que la exposición razonada incumplía los principales requisitos establecidos por la jurisprudencia del Supremo, este tribunal la admitió a trámite. Esa imputación impediría al expresidente catalán beneficiarse de la futura Ley de Amnistía.

Los indicios que García-Castellón envió al Supremo no podían ser más débiles —una reunión en Ginebra de la que ignoraba su contenido, dos conversaciones de WhatsApp donde se citaba a Puigdemont y un intercambio de mensajes donde el expresidente catalán expresaba su temor a que hubiera muertos en los disturbios—. El fiscal encargado de esa causa consideró inverosímiles e insuficientes aquellas pruebas. La causa no prosperó por culpa de los errores de García-Castellón. Incumplió los plazos para prorrogar la investigación y el procedimiento se anuló.

Otro juez de Barcelona, Joaquín Aguirre, buscó las vueltas al Derecho para dejar sin eficacia la Ley de Amnistía que se estaba tramitando. La Audiencia de Barcelona le había ordenado poner fin a la instrucción del caso de la trama rusa vinculada al proceso independentista. Pero el juez decidió abrir otra pieza separada para investigar un posible delito de alta traición cometido por Puigdemont. Ese delito figuraba en la categoría de los no amnistiables por la futura norma. La Audiencia de Barcelona ordenó archivar esa nueva pieza separada y acusó al juez Aguirre de “fraude de ley”.

Para frenar el desafío ilegal independentista en Cataluña, el Ministerio del Interior puso en marcha entre 2012 y 2016 distintas operaciones policiales para desprestigiar e imputar delitos con pruebas falsas a los dirigentes del partido sece-

sionista que gobernaba en esa comunidad. 14 años después, aquella guerra sucia ilegal sigue sin castigo en los tribunales pese a las numerosas denuncias presentadas por sus víctimas, la mayoría archivadas.

La arbitrariedad, falta de límites e impunidad con la que han actuado en los últimos años determinados jueces es más que un hecho probado.

Callan, luego mienten

Al magistrado Ángel Hurtado, ascendido al Tribunal Supremo en 2020, le tocó instruir en 2024 el caso por revelación de secretos contra Álvaro García Ortiz, el fiscal general del Estado nombrado por el Ejecutivo de Pedro Sánchez. El magistrado, que nunca vio corrupción del PP en el caso Gürtel, implicó sin pruebas al presidente del Gobierno en el delito de revelación de secretos por el que fue condenado el fiscal general.

Hurtado llegó a escribir en uno de sus autos, sin prueba alguna que justificase su inferencia, que la filtración de un correo electrónico sobre la investigación por fraude al comisionista Alberto González Amador, pareja de Isabel Díaz Ayuso, la hizo el fiscal general del Estado “a raíz de indicaciones recibidas de Presidencia del Gobierno”. El propio Supremo tuvo que desmentirle.

Las filtraciones en relevantes causas bajo secreto siempre existieron, pero pocas veces acabaron con la apertura de piezas separadas para investigar el supuesto delito, y todas ellas acabaron archivadas. Menos la causa que atropelló a Álvaro García Ortiz, primer fiscal general del Estado en la historia de la reciente etapa democrática imputado, procesado, juzgado y condenado por un delito que, según el autor de este artículo, nunca pudo cometer.

Cinco de los siete magistrados que juzgaron el caso condenaron al fiscal general por difundir una nota para desmentir, con datos reservados del procedimiento, los bulos del Gobierno de la Comunidad de Madrid cuyo único objetivo era proteger a un procesado por doble fraude fiscal, novio de la presidenta Díaz Ayuso.

Los cinco magistrados que apoyaron la condena obviaron el testimonio de media docena de periodistas, testigos directos y casi únicos del delito de revelación de secretos que se juzgaba. Esos cinco magistrados dejaron claro que cuando se trata de averiguar la verdad, el derecho constitucional del periodista a no revelar sus fuentes se convierte en una prueba más de culpabilidad. Callan, interpretaron los cinco magistrados conservadores, luego mienten. No cabe más indefensión.

La conjura de la derecha judicial contra el Gobierno justificaba casi todo. También la primera sentencia de la historia contra un fiscal general del Estado.

La familia en la diana

La segunda investidura de Pedro Sánchez a finales de 2023 desencadenó una ofensiva judicial de asociaciones ultrade-

rechistas, de Vox y del PP contra la familia del presidente del Gobierno. Esa vía alternativa para forzar la dimisión del presidente estuvo a punto de llegar a la meta. Los jueces instructores que admitieron las querellas contra Begoña Gómez y David Sánchez, esposa y hermano del presidente, facilitaron la caería al procesar a ambos. El presidente se tomó cinco días de reflexión en mayo de 2024 para decidir si seguía al frente del Gobierno o abandonaba la política al sentirse injustamente perseguido por los jueces.

El desencadenante de su amago de dimisión fue la actuación del juez Juan Carlos Peinado, quien imputó a la mujer de Sánchez, Begoña Gómez, a raíz de una querella presentada por el grupo ultraderechista Manos Limpias basada en noticias publicadas por distintos medios, algunas de ellas falsas.

Una sección de la Audiencia Provincial de Madrid, integrada por tres jueces de sensibilidad conservadora, era la encargada de frenar los desmanes de Peinado. Pero aunque revocó una decena de resoluciones contra media docena de inocentes, siempre dejó una puerta entreabierta por la que el instructor logró llevar a juicio con jurado a la mujer del presidente, acusada de graves delitos que el fiscal del caso nunca vio.

Cuando se inició la causa, la Audiencia Provincial apreció en la querella algunas conjeturas inservibles para abrir una investigación. Pero salvó el procedimiento con la excusa de que Begoña Gómez había firmado como codirectora de un curso en la Complutense una carta de apoyo a un empresario que, supuestamente, había conseguido gracias a ese hecho contratos millonarios en Red.es, un ente público dependiente del Gobierno.

La UCO de la Guardia Civil descartó cualquier tráfico de influencias relacionado con esa carta, entre otras cosas porque el empresario presentó otras 31 cartas iguales firmadas por todo tipo de instituciones y empresas, algunas vinculadas al PP. La Audiencia Provincial obvió ese informe y el juez pudo seguir con su expedición de pesca para imputar a la mujer del presidente más delitos y por hechos distintos a los denunciados en la querella que dio origen al procedimiento. Le llegó a imputar cinco delitos sin hallar, tras husmear en todas sus cuentas bancarias, una sola prueba del enriquecimiento de Gómez con esas prácticas corruptas sino más bien al contrario. En su mejor año como trabajadora de la Complutense no llegó a cobrar el salario mínimo.

El caso del hermano del presidente es parecido. Una jueza de Badajoz, de sensibilidad conservadora, admitió a trámite una querella presentada en 2024 por la ultraderecha por hechos ocurridos en 2017, cuando David Sánchez logró una plaza de coordinador de conservatorios en la Diputación de

Cinco magistrados interpretaron el derecho de los periodistas que declararon como testigos a no revelar sus fuentes como prueba de culpabilidad

Badajoz. Se analizaron miles de correos electrónicos del personal de la Diputación sin hallar un indicio suficientemente sólido; en el proceso de selección participaron una decena de funcionarios sin que de su testimonio ni de su intervención se dedujera el más mínimo indicio de tráfico de influencias.

David Sánchez fue condenado a nueve años de inhabilitación por un delito de cooperación en prevaricación administrativa. Ni rastro del tráfico de influencias que la juez vio desde el principio, que la fiscalía no vio nunca, y por la que pedían hasta seis años de cárcel las acu-

saciones populares del PP y la ultraderecha.

En la Francia del siglo XVIII se registró uno de los errores judiciales más graves de su historia, que llevó a la muerte bajo tortura de Jean Calas, un ciudadano inocente. Su hijo Marc Antoine Calas apareció ahorcado en su casa. La familia, protestante, intentó ocultar que se trataba de un suicidio para evitar la deshonra en una ciudad, Toulouse, mayoritariamente católica. Los vecinos difundieron el rumor de que el padre había asesinado a su hijo para evitar que se convirtiera al catolicismo. Sin una sola prueba sólida, el tribunal convirtió el rumor en condena de muerte. Tras la ejecución, el filósofo Voltaire inició una campaña para denunciar la injusticia. El caso fue revisado y Jean Calas fue declarado inocente después de muerto.

Voltaire escribió en su *Tratado sobre la Intolerancia*: “Me entero de que el Parlamento de Toulouse y algunos otros Tribunales tienen una Jurisprudencia singular; admiten cuartos, tercios, sextos de prueba. Así, con seis oídas decir de un lado, tres del otro, y cuatro cuartos de presunción, forman tres pruebas completas; y sobre esta hermosa demostración, os aplican la rueda a un hombre sin misericordia (...) Cien mil sospechas reunidas no pueden establecer una prueba, más que cien mil ceros pueden componer un número (...) Los ocho Jueces de Toulouse han condenado a Jean Calas sobre una acusación mucho más improbable; pues no ha habido ningún testigo ocular que haya dicho haber visto a un anciano enfermo, de sesenta y ocho años, colgar él solo a un joven de veintiocho años, extremadamente robusto. Unos Fanáticos han dicho solamente que otros Fanáticos les habían dicho que habían oído decir a otros Fanáticos, que Jean Calas, por una fuerza sobrenatural, había colgado a su hijo. Se ha dictado pues un juicio absurdo sobre acusaciones absurdas. No hay otro remedio a tal Jurisprudencia, sino que aquellos que compran el derecho de juzgar a los hombres, hagan en adelante mejores estudios”.

España también sufre en este tiempo juicios absurdos sobre acusaciones absurdas. Aquellos que atesoran el derecho de juzgar deberán dejar de lado sus prejuicios y hablar solo por boca de la Ley para evitar así que la desconfianza hacia el Poder Judicial forme parte de la normalidad democrática.



Susan C. Stokes

“EE UU debería ser el ejemplo alarmante de lo que puede suceder en un camino de erosión democrática”

Susan C. Stokes lleva toda su carrera estudiando cómo se rompen las democracias mirando a América Latina; ahora el objeto de estudio es su propio país, donde los votantes eligen a líderes que la erosionan

Susan C. Stokes sonríe al otro lado de la pantalla junto a una taza de té. El receso veraniego —es profesora en la Universidad de Chicago, donde también dirige el Centro para la Democracia— le deja tiempo para una conversación sin prisas, a caballo entre el inglés y el español fluido que le dejaron sus años de investigación en Latinoamérica. Porque el objeto de estudio al que Stokes (Ann Arbor, Michigan, 1959) ha dedicado prácticamente toda su carrera es el de los peligros que acechan a la democracia, y cómo interactúan con las políticas distributivas, el clientelismo y el comportamiento público. La novedad es que esas amenazas han desbordado las fronteras de las naciones jóvenes y en desarrollo que analizó hace tiempo, para alcanzar a aquellas democracias que considerábamos sólidas, inquebrantables.

Considerada como una de las pensadoras más influyentes del mundo en este ámbito, esta antropóloga y politóloga indaga en su último libro, *Los regresores: Líderes que erosionan sus propias democracias* (Galaxia Gutenberg, 2026), el desgaste democrático que ha afectado a muchos países en los inicios del siglo XXI, incluidos Europa y Estados Unidos.

Alrededor de este fenómeno gira la charla, en la que Stokes advierte de la velocidad con la que se están produciendo los cambios en su país, donde deben “lidiar con un presidente sin frenos actuando de forma errática”. Sin embargo, reniega del atajo del desaliento. Asegura que la clave son los “ciu-

dadanos comunes y corrientes” a los que invita a salir a las calles y, sobre todo, a sostener con sus votos la barricada definitiva contra el autoritarismo, a pesar de los intentos de minar su legitimidad. “Cuando una parte considerable de la opinión pública acaba cuestionando la transparencia de las elecciones, es capaz de respaldar maniobras ante los tribunales e incluso la intervención de las Fuerzas Armadas. No es en absoluto un escenario imposible”.

¿Hemos perdido la fe en la democracia?

Yo diría que no. Las investigaciones indican que la amplia mayoría de las personas continúa respaldando la democracia como el modelo político preferido, a pesar de sus imperfecciones. En comparación con las autocracias u otras formas de gobierno, se sigue percibiendo como un sistema con claras ventajas. El verdadero problema es el paulatino deterioro de la confianza hacia las instituciones. En Estados Unidos, por ejemplo, aunque el apoyo general a la democracia se mantiene alto, se observa una caída sostenida desde hace décadas en el respaldo a organismos y cargos clave, como el sistema judicial, el Congreso, los partidos políticos o la presidencia.

¿También se pone en cuestión la división de poderes?

Creo que hay alguna gente que percibe que la división de poderes está en peligro, pero esto no es necesariamente



Susan C. Stokes,
profesora de la
Universidad de Chicago y
autora de *Los regresores:
Líderes que erosionan sus
propias democracias*.

Entrevista

SUSAN C. STOKES

presidente muy fuerte.

Usted sostiene que la erosión democrática viene de personas que dicen defenderla ¿por qué?

Hay voces que hablan en contra de la democracia. En Hungría, Viktor Orbán hablaba de los fallos de las democracias liberales y pretendía liderar un “sistema democrático iliberal”, lo cual para mí es en sí mismo una contradicción. Pero la idea de ser una democracia sigue siendo muy prestigiosa. Incluso muchos países francamente autoritarios se venden como democráticos.

El problema es que muchos de los que apoyan a esos políticos que erosionan la democracia creen que en realidad la están defendiendo. Hay mucha discusión sobre qué es la democracia y cómo debería funcionar. Y mucha polarización. Por eso hay votantes que ven la amenaza solo en los de enfrente, y toleran en los suyos cosas que en otros les parecerían inaceptables.

¿Cómo funciona esa erosión de la democracia?

Desde mediados del siglo XX, la amenaza a la democracia venía en forma de golpes militares, pero más o menos a comienzos de este siglo eso cambió, y el mayor peligro han sido dirigentes elegidos. Presidentes y primeros ministros que ganan elecciones y luego comienzan a serruchar las instituciones para agrandar su poder frente al de los parlamentos o el poder judicial. Dirigentes que buscan limitar la libertad de prensa, y que van en contra de las universidades o de las organizaciones de la sociedad civil, acusándolas de estar politizadas.

Europa ha tenido históricamente una mirada un poco paternalista respecto de las democracias de América Latina. ¿Había una idea de que aquí no podía haber ciertos retrocesos democráticos que hoy sí estamos viendo?

En Estados Unidos también había esta idea de un sistema democrático sólido, con todos los problemas que pueda haber, pero sólido, frente a las regiones más pobres, con una historia colonial, muchas veces con dictaduras militares recientes. Y ahora estamos viendo que los sistemas en los países más ricos no son necesariamente más sólidos. En Estados Unidos, por supuesto, y también en países de Europa Occidental, aunque no haya ocurrido de manera clara, hay indicadores que alertan del peligro de un proceso de erosión democrática.

Hay un avance creciente de una ultraderecha cuyas propuestas y banderas tienen que ver con restar derechos, criticar a las instituciones e incluso sembrar

mayoritario. Otros, por el contrario, ven como una ventaja el hecho de tener en el poder ejecutivo a un

dudas sobre la legitimidad de las elecciones...

Es lo que pasó en Estados Unidos. Nosotros deberíamos ser un ejemplo alarmante de lo que puede ocurrir cuando un país comienza a ir por ese camino de erosión democrática. Hoy tenemos que lidiar con un presidente sin frenos actuando de forma errática. Y ahora es cuando muchos se arrepienten de haberlo apoyado, incluso en su propio partido.

Usted habla de la desigualdad como una de las claves de la erosión democrática.

Lo que hemos visto con un estudio estadístico internacional es que borrando un poco las particularidades —que son muy importantes en cada país— hay un aspecto que tienen en común las democracias que han entrado en un proceso de erosión, y es que tienen un alto nivel de desigualdad económica. Eso no quiere decir que sea absolutamente determinante, pero llama la atención la regularidad de ese patrón. El libro que publiqué el año pasado y que ahora sale en español trata de explicar cuáles son esos lazos.

¿Esa desigualdad influye más en el pensamiento político de los que menos tienen o de los poderosos?

Creo que el gran cambio se ha dado en el sector tecnológico y financiero. Los dueños e integrantes de las grandes corporaciones tienden a adquirir una actitud de superioridad. Dicen: “yo sé manejar una organización grande y compleja. Sé cómo solucionar problemas y cómo hacer funcionar las cosas. ¿Por qué vamos a dejar a la gente común y corriente opinar sobre la forma de gobernar el país?” En casos extremos se llega a una actitud francamente productura, aunque no se diga con estas palabras. Y cuando esta actitud de los multimillonarios se une con la ambición de ciertos actores políticos, se consuma un matrimonio que empuja fuertemente hacia un sistema más autocrático.

¿Y cómo afecta la desigualdad al pensamiento y las opciones políticas de la clase media y trabajadora?

Son sectores que se sienten profundamente frustrados, ignorados por las instituciones y por las élites, y se prestan a creer versiones de que la culpa la tienen los migrantes o las minorías. En el último medio siglo, los partidos de centroizquierda empezaron a alejarse de la clase trabajadora para captar el voto de sectores medios urbanos y educados. Sin proponérselo, esto desdibujó su identidad histórica. En un contexto de globalización y creciente desigualdad, ese vacío fue ocupado por partidos de derechas con discursos nacionalistas, antiglobalización y xenófobos.

¿La polarización política se nutre de esa desigualdad económica?

Por supuesto. Y el discurso del miedo. El mensaje es: quizá no te gusta tanto que critique a la prensa o que quiera cerrar universidades, pero imagina qué pasaría si gana la oposición. En Estados Unidos en las elecciones de 2024 el men-

saje principal fue: si llegan los Demócratas al poder, vamos a ser Venezuela.

¿A cuánto estamos dispuestos a renunciar como votantes para que ganen “los nuestros”?

Es una pregunta muy importante, porque en mis estudios actuales estoy viendo que hay mucha gente que no presta atención a estas sutilezas de cómo se gobierna y que miran básicamente su bolsillo, el bienestar económico de su familia, y simplemente votan a favor de los que gobiernan durante un tiempo de bienestar.

En contextos de desigualdad y erosión democrática, sectores altamente polarizados tienden a tolerar comportamientos antidemocráticos. Esto sucede porque provienen de su propio bando o bien porque el fervor hacia sus partidos y líderes les impide identificar acciones que en otros momentos habrían considerado nefastas. No obstante, la evidencia muestra que, cuando el contexto general se deteriora gravemente, hasta estos grupos reducen el margen de tolerancia hacia sus dirigentes.

Un ejemplo claro en Estados Unidos es el movimiento MAGA: aunque conserva una fuerza e influencia considerables en la política nacional, ha ido perdiendo terreno a medida que se complican las condiciones económicas y aumenta el rechazo a una guerra impopular. En última instancia, la exigencia de rendición de cuentas termina imponiéndose también sobre los líderes políticos.

El presidente Trump fue apoyado por muchos votantes de origen migrante. ¿Cree que no eran suficientemente conscientes del discurso racista y xenófobo que promovía orden migratorio pero acabó dando origen a las actuaciones del ICE?

La política de deportaciones y las actuaciones del Servicio de Control de Inmigración y Aduanas (ICE) han alcanzado un nivel extremo. Durante la campaña de 2024, la consigna del expresidente Trump consistía en deportar a personas con graves antecedentes criminales. Sin embargo, la realidad actual muestra un panorama muy distinto: personas sin ningún tipo de historial delictivo son detenidas de forma indiscriminada en las calles, en la puerta de escuelas u hospitales, o bien mientras intentan acudir a los tribunales para gestionar sus trámites migratorios.

La ejecución violenta y desmedida de una promesa electoral que en su momento se presentó con un tono mucho más moderado ha provocado un amplio rechazo social, y una

pérdida considerable de respaldo político hacia Trump entre la población latina y los sectores de origen migrante. A este factor se suma, además, la situación económica, cuyo impacto ha resultado ser aún más determinante en el descontento popular.

¿La economía es la gran enemiga de Trump?

Su principal promesa electoral fue dinamizar la economía, reducir la inflación y facilitar la accesibilidad económica (la célebre *affordability*), y no lo ha conseguido. Para un amplio sector de la sociedad, este aspecto pesa incluso más que los atropellos cometidos durante los procesos de deportación.

¿Este retroceso en las libertades individuales y garantías fundamentales puede marcar un límite para la ciudadanía o, como se da de forma paulatina, la sociedad termina por normalizar la privación de sus derechos?

Este es un punto clave, porque las personas tienden a adaptar sus percepciones, creencias e impresiones cuando los procesos suceden de forma gradual. En cambio, cuando los acontecimientos son más intensos, acelerados y evidentes, resulta sencillo constatar que la ciudadanía gozaba de derechos hace apenas unos meses que hoy ya no posee. Funciona de manera similar al cambio climático: se produce un ajuste progresivo, pero al atravesar de golpe un periodo tan crítico como el actual, el impacto es devastador y evidencia que un cambio vertiginoso está en marcha.

Estamos presenciando un cambio de gran magnitud en Estados Unidos. Quienes investigamos los procesos de erosión democrática solíamos enfatizar su carácter paulatino. Sin embargo, nos encontramos ante una transformación sumamente acelerada, drástica y profunda, que ha generado un impacto considerable en la opinión pública. Donald Trump tiene un nivel de apoyo his-

tóricamente bajo, más bajo que el de cualquier otro presidente en situación de guerra desde que estamos midiendo la opinión pública.

¿Cómo se defiende la democracia?

Diferentes actores han conseguido frenar o ralentizar este proceso de deterioro. En los sistemas descentralizados, como ocurre en Brasil o aquí en Estados Unidos, tanto el Congreso como los gobiernos estatales y locales han servido de contrapeso. También es habitual que los tribunales intervengan para frenar medidas ilegales o que van contra la Constitución impulsadas desde el poder. Pero, al final, el pi-

“Hay un aspecto que tienen en común las democracias que han entrado en un proceso de erosión, y es que tienen un alto nivel de desigualdad económica”

“La movilización en las calles sirve para romper esa idea de un consenso total ante los abusos de los dirigentes. Y el voto es una pieza clave. Incluso en contextos autocráticos”

Entrevista SUSAN C. STOKES

lar más básico de esta defensa somos nosotros, la gente común y corriente. La movilización en las calles sirve para romper esa idea de un consenso total ante los abusos de los dirigentes. Y el voto es una pieza clave. Incluso en contextos autocráticos —donde se busca desvirtuar el papel de los comicios para evitar la rendición de cuentas— las elecciones continúan siendo un mecanismo fundamental de control. Lo hemos visto de manera muy clara en casos como el de Hungría, donde un dirigente que parecía intocable termina perdiendo el poder tras muchos años, y además de forma contundente. No debemos perder la confianza en el valor del voto ni dejar de creer en la efectividad del proceso electoral.

¿Cree que estas elecciones de *mid-terms* en Estados Unidos pueden cambiar el rumbo del gobierno de Trump?

Sí, totalmente. Lo que muchos otros analistas prevemos es que perderán el Congreso, y por eso Trump y sus aliados están haciendo todo lo posible para evitar ese resultado. Mediante un rediseño de distritos sin precedentes en el país, han logrado reducir sustancialmente la cantidad de circunscripciones competitivas. Esto limita de forma considerable las posibilidades de que los Demócratas puedan obtener escaños adicionales. Trump presiona decididamente para impulsar una reforma legislativa encaminada a centralizar y nacionalizar de manera considerable el proceso electoral. Sin embargo, esa propuesta aún no ha sido aprobada por el Congreso, y el Senado se ha negado incluso a someterla a consideración. En la práctica, estas acciones buscan entorpecer el funcionamiento adecuado de las elecciones.

Y si las elecciones no resultan como le gustaría, Trump puede volver a poner en duda su legitimidad. Irónicamente, ahí sí somos Venezuela.

El discurso del fraude electoral en Estados Unidos acabó con un ataque al Capitolio. En España, la oposición siembra dudas sobre las próximas elecciones por un supuesto voto migrante. ¿Hay un intento generalizado de restarle confianza a la gente en el valor de su voto? Recurrir a la teoría de la conspiración es un patrón recurrente y una narrativa globalmente compartida. Aunque el fraude electoral es prácticamente inexistente tanto en Estados Unidos como en cualquier país de Europa Occidental, este

tipo de discurso busca generar la percepción de que la gente carece de libertad. Y, francamente, la mayoría de la gente no sabe mucho sobre cómo funcionan las elecciones. Son cosas muy técnicas. Si se lo está diciendo alguien en quien confían, ¿por qué no van a creerlo?

Esto genera una enorme inseguridad y profundas dudas respecto a la integridad de los procesos electorales. Si se logra minar la legitimidad de los resultados y una parte considerable de la opinión pública cuestiona la transparencia de las elecciones, se termina respaldando maniobras ante los tribunales e incluso la intervención de las propias Fuerzas Armadas. No se trata, en absoluto, de un escenario imposible.

El expresidente Jair Bolsonaro fue condenado en Brasil por un intento de golpe de Estado con la participación de militares.

Y aquí en Estados Unidos se ha ido cambiando la dirección del Pentágono y de las Fuerzas Armadas de una forma alarmante.

¿Las nuevas generaciones tienen menos apego a ciertos valores democráticos?

Hubo una investigación que llegó a esa conclusión, pero posteriormente fue desmentida. No es cierto que la juventud, en términos generales, rechace la democracia, aunque votar es un hábito que se adquiere con el paso del tiempo. En general, los jóvenes suelen contar con menores ingresos y menor estabilidad económica, y es verdad que existe un marcado escepticismo en diversos

grupos juveniles de distintas naciones. Y también que este desencanto se nutre en buena medida de discursos que generalizan que toda la clase política es corrupta. Sin embargo, a la par de este escepticismo, se observa un activismo muy firme. Hay muchos jóvenes trabajando en movilizaciones sociales y dentro de las propias organizaciones políticas.

En el libro *¿Para qué molestarnos en hacer oír nuestras voces?* (Ed. Siglo XXI) abordó profundamente el tema de la protesta, de las voces de la sociedad. ¿Cree que estamos en un momento en el que esas voces se están escuchando menos que antes?

Las protestas generan un gran eco porque representan una voz firme de disconformidad, aun cuando sus mensajes puedan ser heterogéneos o diversos. Salir a la calle implica costes y exige movilizarse, organizarse y asumir ciertos riesgos. Cuando las personas deciden hacerlo, demuestran que la causa les importa y que consideran el momento como algo crucial. Y eso, al final, termina generando un impacto.

"En contextos de desigualdad y erosión democrática, sectores altamente polarizados tienden a tolerar comportamientos antidemocráticos"
"El fraude electoral es casi inexistente en Occidente, pero el discurso busca generar la percepción de que la gente no tiene libertad"

El Camino de Santiago es para dejarse llevar



Organiza tu ruta y **contrata online** nuestros servicios para peregrinos:

- + **Llevamos tu equipaje de etapa en etapa.**
¡Ahora también desde Oporto!
- + **Transportamos tu bicicleta** embalada y asegurada.
- + **Enviamos tus paquetes y maletas** a más de **2.000 oficinas.**
- + **Guardamos tus pertenencias** en la consigna de Santiago.

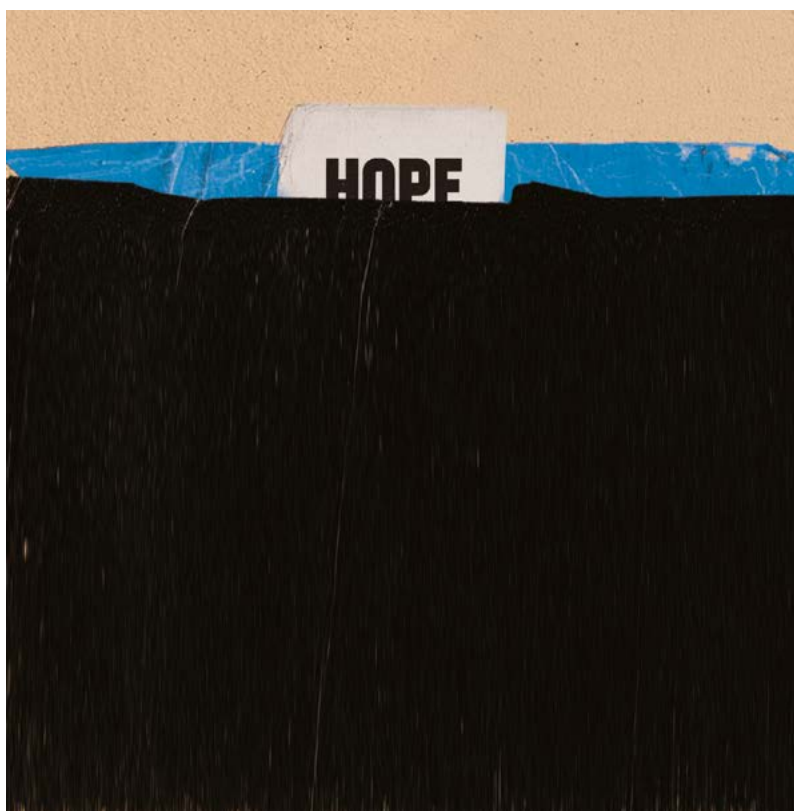


elcaminoconcorreos.com



Pasar a la ofensiva

La izquierda debe volver a ilusionar. Ofrecer un horizonte de esperanza que evite que se caiga en un pesimismo incapacitante. Debe saber pensar el futuro, que no puede ser solo y únicamente un lugar apocalíptico



PATRICIA BOLINCHES

Empecemos con una constatación: la extrema derecha está avanzando por doquier y ya gobierna en diferentes países, tanto en Europa como en el continente americano. Donde aún no ha llegado al poder, marca los debates públicos, normalizando ideas y discursos extremistas, aceptados ya por buena parte de la población. Piénsese, sin ir más lejos, en las deportaciones y la remigración, palabra que esconde, lisa y llanamente, un proyecto de limpieza étnica. Si a medio plazo el objetivo de la ultraderecha es el de erosionar desde dentro las democracias liberales, a largo plazo su plan prevé la instauración de regímenes autoritarios de nuevo tipo que de democracia mantienen solo la apariencia: las llamadas autocracias electorales. Orbán, Netanyahu, Putin, Bukele, Modi y Trump son solo los ejemplos más visibles.

Poner la lupa en la posible desaparición de las democracias en un futuro no tan lejano no significa rendirse a un catastrofismo paralizante. Tampoco debe leerse como una paranoia distópica digna de una serie de Netflix. Lamentablemente, es un escenario real: informes como los del V-Dem Institute de la Universidad de Gotemburgo muestran cómo en las últimas dos décadas la población mundial que vive en países democráticos ha pasado de más del 50 % a tan solo el 26 %. El retroceso ha sido continuo.

Añadamos ahora un elemento crucial: la extrema derecha no es la causa de la crisis de la democracia, sino un síntoma. Dicho de otro modo, el modelo democrático liberal está sumido en una profunda crisis desde hace décadas por diferentes causas: el aumento de las desigualdades y la ruptura del ascensor social; la crisis de inter-

mediación política; la desestructuración y atomización de la sociedad; la incapacidad de la administración de responder con eficacia y rapidez a las “emergencias”, etc. La extrema derecha ha encontrado, pues, un terreno abonado y ha sabido capitalizar la insatisfacción, los malestares y el resentimiento presentes en una parte de la población.

Ser conscientes de dónde nos encontramos —es decir, tener una visión realista, racional y, a fin de cuentas, honesta— no significa que debamos caer en el determinismo. El futuro no está escrito: la tendencia puede cambiar. El pasado está lleno de ejemplos al respecto. Pero los cambios no llegarán porque la historia tenga ciclos predeterminados por no se sabe bien quién, como si existiese una especie de *deus ex machina* al estilo de las tragedias griegas. Tampoco porque repitamos que “la democracia es más fuerte que sus enemigos”, una afirmación tan *naïf* que sonroja incluso a los más candorosos. Las cosas pueden cambiar solo si luchamos para que cambien.

Esto implica, en primer lugar, dejar de pensar que alguien nos sacará las castañas del fuego: todos somos responsables. Como ciudadanos tenemos que implicarnos en primera persona, aportando nuestro granito de arena. Es lo que nos ha enseñado la historia. El sufragio universal, las ocho horas o el aborto no fueron derechos otorgados por unas élites clarividentes. Fueron conquistas fruto de largos procesos de lucha: las élites tuvieron que aceptarlas a regañadientes. Costó décadas obtenerlas. Y costará años ahora no solo “salvar” nuestras democracias, sino ampliarlas, mejorarlas y repensarlas. Porque de esto se trata: volver atrás, a la casilla de salida, no tendría ningún sentido. El “mundo de ayer” no volverá, y en cierto sentido no es una mala noticia que no lo haga porque es justamente el neoliberalismo tecnocrá-

tico —ese vaciamiento de la democracia con confeti y optimismo— el que nos ha llevado hasta aquí.

En segundo lugar, hay que seguir haciendo diagnósticos de lo que está pasando, pero también hay que actuar. El tiempo apremia. Y esto implica también pasar a la ofensiva, mental, política y estratégicamente. Porque, más allá de algunas excepciones, llevamos demasiado tiempo a la defensiva. Es la extrema derecha la que marca los tiempos, que rompe los consensos, que imagina —a su manera— nuevos escenarios. No podemos siempre y solo mantenernos en una actitud defensiva, intentando rebatir sus provocaciones, transgresiones, excesos. Esto les permitirá seguir llevando, no sin profundas contradicciones, la etiqueta de rebeldes.

Se dice a menudo que la izquierda se ha vuelto aburrida, que sermonea y regaña. Hay algo de verdad en esto. La izquierda debe volver a iluminar. Ofrecer, pues, un horizonte de esperanza que evite que se caiga en un pesimismo incapacitante. Debe saber pensar el futuro, que no puede ser solo y únicamente un lugar apocalíptico. El malestar, la rabia y el resentimiento no desaparecerán por arte de birlibirloque: han venido (hace tiempo ya) para quedarse porque vivimos en una época de profundos cambios estructurales (económicos, sociales, tecnológicos, culturales, geopolíticos, demográficos). Habrá pues que canalizar ese resentimiento, orientándolo hacia los responsables de las desigualdades sociales y no, como hace la extrema derecha, contra el migrante o el pobre. Pero para construir un futuro mejor, de esperanza, donde quepamos todos.

Y esto nos lleva a otro tema más espinoso e incómodo: ¿la izquierda debe odiar? Estoy más que convencido de que, siguiendo a Spinoza, a las pasiones tristes (el odio, el miedo) debe-

mos oponer las pasiones alegres (el amor, el coraje). Pero no cabe duda de que el odio de clase fue también parte de la historia de la izquierda. ¿No convendría pues poner otra vez la lupa, al menos un poco, en este tema? ¿Podemos canalizar todo el resentimiento existente —que, vuelvo a subrayarlo, no desaparecerá— solo hablando de amor, coraje y esperanza? ¿Por qué no podemos odiar, por ejemplo, a los tecnoligarcas que defienden explícitamente proyectos autoritarios?

Para tomar conciencia, actuar y pasar a la ofensiva, son necesarias por lo menos dos condiciones. Primero, volver a dar centralidad a la batalla cultural. La extrema derecha lo entendió hace tiempo y lo ha puesto en práctica: Milei, por ejemplo, está obsesionado con esta cuestión. Si la izquierda no se vuelve a centrar en la batalla de las ideas, será imposible conquistar la hegemonía cultural. En segundo lugar, sin menospreciar el terreno digital, hay que volver a lo presencial: a las calles, en los barrios, en los lugares de trabajo. A la extrema derecha no se la gana con una mejor estrategia en redes sociales. Seguramente, meterle algún gol ahí vendría bien, pero lo que es fundamental es reconstruir lazos humanos, redes comunitarias y organizaciones sin las cuales jamás habrá luchas que no sean fuegos fatuos.

Ahora bien, lo digital es parte ya de nuestras vidas. Pensar en vivir a sus espaldas sería un sinsentido. Pero lo urgente no es tanto establecer una mejor estrategia en redes, sino poner sobre la mesa la imprescindible democratización del espacio digital que no puede seguir siendo controlado por los *robber barons* del siglo XXI. ¿Y cómo se democratiza el espacio digital? Empezando con una reflexión colectiva al respecto. Porque si queremos ganar a la extrema derecha, todo lo que hagamos tenemos que hacerlo colectivamente.



¿Cómo se desmonta un régimen autoritario?

Ganar unas elecciones es solo el principio para retornar a la democracia. Una cuarta parte del planeta vive hoy un proceso de autocratización, y los datos dicen que casi nadie vuelve al punto de partida. Polonia y Brasil llevan años intentándolo

El 7 de julio, el canal de televisión público de noticias de Hungría se fue a negro con un mensaje: “Los medios públicos no deben mentir. ¡Nos disculpamos por haberlo hecho durante muchos años! Los medios públicos se están transformando ahora para ser independientes y creíbles en el futuro”.

Durante 16 años, la cadena estuvo dominada por los aliados de Orbán, convertida en el arma propagandística más fuerte del régimen y uno de los ejemplos más desca-



Simpatizantes de Péter Magyar, líder del partido conservador y proeuropeo Tisza, celebran los resultados a orillas del Danubio, con el Parlamento al fondo, durante las elecciones generales húngaras del 12 de abril de 2026, tras el cierre de los colegios electorales.

FERENC ISZA / AFP



Javier Biosca

Redactor jefe de información internacional de elDiario.es

rados de todo el continente. Sus efectos se podían sentir muy bien unos días antes de las elecciones generales de abril. Caminando por las calles de poblaciones como Tiszabő, a menos de dos horas de la capital y entre las más desfavorecidas del país, su población estaba absolutamente convencida y preocupada porque si ganaba la oposición, se llevarían a sus hijos a la fuerza para luchar en la guerra de Ucrania contra los rusos. Obviamente, nada de eso ha ocurrido.

La oposición, liderada por Péter Magyar, derrotó a Viktor Orbán, el hombre que había liderado la autocratización de Hungría en un largo viaje de casi dos décadas. Su primer objetivo fue la radiotelevisión pública. Ese mismo 7 de julio, a las 19:56, en homenaje al levantamiento húngaro de 1956 contra el gobierno comunista, la cadena volvió a emitir, pero su programación se limitaba a películas y series de televisión en bucle. La elección del primer film, *El testigo*, también tenía una fuerte carga simbólica: es una sátira política sobre los horrores del estalinismo y sus mentiras propagandísticas en Hungría.

En un mundo en plena regresión democrática, Hungría es uno de los pocos países a la contra tras sufrir años de autocratización. Sin embargo, su caso, al igual que el de Brasil y Polonia, entre otros, demuestra que derribar un régimen autoritario es un camino mucho más largo y complicado que simplemente ganar las elecciones a los tiranos.

La tercera ola

Nunca antes ha habido tantos países en proceso de autocratización al mismo tiempo como en los últimos años, según han concluido los investigadores del V-Dem Institute, de la Universidad de Gotemburgo, Suecia. Casi una cuarta parte de las naciones de todo el planeta —en las que vive el 41 % de la población mundial— están hoy en proceso de autocratización.

La democracia es una rara excepción. El 74 % de la población mundial vive en autocracias y solo el 7 % vive en democracias liberales. El mundo cuenta hoy con 92 autocracias y 87 democracias. Pero hay más: el nivel de democracia para el ciudadano promedio en Europa Occidental y América del Norte se encuentra en su punto más bajo en más de 50 años, principalmente arrastrado por EEUU, que en 2025 perdió su estatus de democracia liberal por primera vez en más de medio siglo.

El mundo vive hoy la tercera ola de autocratización. “La tercera ola comenzó aproximadamente con Hugo Chávez en Venezuela y Vladimir Putin en Rusia. Así que aproximadamente a finales del siglo XX, principios del XXI”, explica Marina Nord, investigadora del V-Dem Institute. “Nuestra mejor estimación es que lleva produciéndose al menos 25 años, quizá 30. En total se vieron afectados 85 países que acumulan el 57 % de la población mundial y el 53 % del PIB mundial. Es decir, básicamente la mitad del planeta”.



La primera ola autocratizadora coincidió exactamente con el auge de la Alemania nazi y la expansión del fascismo en Italia. El patrón más común es la intervención internacional, como por ejemplo la invasión y ocupación alemana de Dinamarca y Noruega, en la que se dismanteló la democracia de la noche a la mañana. Esa primera ola termina con el final de la Segunda Guerra Mundial. La segunda ola fue aproximadamente entre mediados de los 60 y mediados de los 80. El patrón más habitual era el golpe de Estado militar, como Pinochet en Chile. Una vez más, la democracia se dismantelaba de la noche a la mañana.

“El patrón de la tercera ola, sin embargo, es totalmente diferente. Ahora casi todos los líderes que dismantelan la democracia llegan al poder a través de elecciones, normalmente con un gran apoyo de su población”, explica Nord. “El segundo elemento distintivo es que la democracia se dismantela gradualmente. Se necesitan muchos años para dismantelar las instituciones democráticas. Si se compara año tras año, el cambio es mínimo, apenas perceptible. Por último, esa regresión suele hacerse bajo una fachada legal, es decir, no se hace por la fuerza, sino a través del Parlamento”, añade la investigadora. Todo ello hace realmente complicado frenar esta tercera ola.

Giro en U y el camino a la democracia

En 2025, solo 18 países en todo el mundo estaban en un proceso de democratización y 10 de ellos corresponden a “giros en U”, es decir, países que han detenido y empiezan a revertir un proceso previo de autocratización. Son los que



Péter Magyar en el Parlamento húngaro, y Viktor Orbán reconociendo la derrota frente a sus seguidores.

BALINT SZENTGALLAY
/ NURPHOTO Y ATTILA
KISBENEDEK / AFP

nadan a la contra. Entre ellos están Polonia, que consiguió expulsar al partido ultraderechista Ley y Justicia (PiS) en 2023 tras ocho años en el poder, y Brasil, que logró deshacerse de Bolsonaro en 2022, quien fue posteriormente condenado por intento de golpe de Estado tras perder las elecciones. A ese club se ha sumado este año Hungría, donde el régimen de Orbán, a diferencia de Bolsonaro o el PiS en Polonia, sí consiguió romper la democracia y convertir el país en una autocracia electoral, según las categorías del V-Dem Institute.

Si se analizan todos los cambios de rumbo de autocratización a democratización en los últimos 125 años, la mayoría de ellos se recuperaron, pero eso incluye también la primera y la segunda ola, que fueron muy diferentes de la tercera. Además, en ese mismo periodo, cuando arranca un proceso de autocratización, en el 80 % de los casos los regímenes acaban destruyendo la democracia al menos durante un corto periodo de tiempo. Eso no pasó con Polonia y Brasil, que siguieron siendo democracias en su peor momento, lo que facilita su recuperación. Aun así, en la mayoría de los países que han iniciado un giro en U aún no alcanzan el nivel de democracia que solían tener.

“En el caso de Brasil, sigue estando un poco por debajo del nivel de democracia inicial, pero está cerca. La mejora se debe principalmente a la libertad de expresión y la libertad de la sociedad civil”, dice Nord. Lo mismo ocurre en Po-

lonia: parece un auténtico giro de 180 grados, pero sigue estando por debajo del nivel inicial y ahora se ha estancado. Varsovia ha mejorado la libertad de expresión y la libertad de la sociedad civil, pero arreglar la independencia judicial es mucho más difícil. En el partido Ley y Justicia hubo muchas purgas y todavía hay muchos simpatizantes del partido. Las reformas constitucionales que se llevaron a cabo aún no se han deshecho. Así que todos esos problemas siguen ahí. Eso es lo que hace que Polonia sea ahora muy frágil”, añade.

“Una característica de la tercera ola es que muchos países se recuperan de la tendencia autocratizadora inicial, pero no lo hacen de forma duradera y siguen siendo muy frágiles”, explica Nord. En EEUU, Trump consiguió volver al poder por las urnas; en Brasil, Eduardo Bolsonaro, hijo del expresidente, tiene opciones de derrotar a Lula da Silva en las próximas elecciones de octubre; y en Polonia, el candidato respaldado por el PiS ganó las elecciones presidenciales el año pasado.

“La tercera ola es, básicamente, un periodo de inestabilidad extrema”, explica la investigadora. “Es muy difícil establecer un régimen democrático estable, pero también parece ser una tarea muy difícil establecer un régimen autocrático estable. De los 85 países afectados por la regresión democrática, solo el 35 % logró establecer un régimen autocrático estable. Pensamos en Putin o en Erdogan, pero son excepciones. Sin embargo, también parece muy difícil salir de esta trampa una vez que se ha intentado, de alguna forma, instaurar una autocracia”, añade.

¿Podrá conseguirlo Hungría?

Los investigadores confirman que Hungría ha comenzado su propio giro en U, pero lo tiene mucho más complicado que sus compañeros de viaje. “Dudo bastante de que, si lo consigue, alcance el mismo nivel de democracia que solía tener”, explica Nord. “Cuando analizamos los datos, incluso para la tercera ola, no ha habido ningún caso exitoso de revertirla si el proceso ha durado más de dos ciclos electorales”.

“No hemos visto ningún ejemplo de país durante la tercera ola que haya logrado restablecer el mismo nivel de democracia que tenía antes si el proceso ha durado tanto como ha durado en Hungría”, dice Nord. “Más de una década es tiempo suficiente para afianzar estas instituciones autocráticas en casi todas partes. Si Hungría lo consigue, sería un caso de estudio para todo el mundo. Si dura más de una década, lo más probable es que acabes como la Turquía de Erdogan, la Venezuela de Chávez o la Rusia de Putin”, añade.

En la literatura de cambio de régimen, el principal problema son los “enclaves autoritarios”, partes del sistema que no se ven afectados por mayorías electorales, como puede ser el poder judicial o los medios de comunicación. Durante 16 años de mayoría absoluta, Orbán cambió 15 veces la Constitución protegiendo esos enclaves.

A diferencia de Polonia, el nuevo Gobierno húngaro de Péter Magyar tiene una ventaja: una supermayoría parlamentaria con el 71 % de los escaños de la Cámara. Sin embargo, “no hay formas democráticas de deshacerse de todos esos leales que ocupan puestos en muchas instituciones gubernamentales. Existe el riesgo de que, si intenta destituirlos por medios autocráticos, eso suponga otro acto autocrático más”, dice Nord.

Por eso muchos defienden la “desobediencia restaurativa”: incumplir las leyes del antiguo régimen como único camino de recuperar la democracia. De hecho, el nuevo Gobierno húngaro ya ha aprobado una reforma constitucional para destituir por la fuerza al presidente del país, nombrado por Orbán, tras pedirle sin éxito que dimitiese.

“Su destitución era una necesidad absoluta desde el punto de vista político, pero quizá preocupante para los defensores más puristas del Estado de derecho. Políticamente, la destitución de Sulyok estaba justificada, pero el método supuso un verdadero coste para el Estado de derecho, ya que debilitó el principio de que una nueva mayoría no puede simplemente poner fin a mandatos constitucionales fijos”, explica Alexander Bor, investigador del Democracy Institute de la Central European University, institución expulsada de Hungría por Viktor Orbán.

A diferencia de Nord, Bor cree que Hungría sí puede recuperar e incluso mejorar los niveles democráticos del país. “Aunque Hungría era una auténtica democracia antes de 2010, sus garantías constitucionales resultaron ser menos sólidas de lo que muchos habían supuesto. El verdadero reto y la ambición explícita del Gobierno de Tisza [partido Respeto y Libertad liderado por Magyar] es construir una democracia más duradera y estable que la anterior”, añade.

“La supermayoría permite a Tisza modificar la Constitución, lo que supone un reto crucial en el proceso de democratización. Sin embargo, por el momento, Tisza sigue ocupada afianzándose al frente del Estado. Está revisando los ministerios y otros organismos estatales, tratando de identificar y sustituir a los fieles a Fidesz [Unión Cívica Húngara de Orbán]. Necesita encontrar personas competentes para ocupar los puestos, lo cual no es tarea fácil para un partido muy joven en un país donde la experiencia de gobierno se limitaba casi exclusivamente a los fieles a Fidesz”, explica Bor.

“Por desgracia, siempre existe la posibilidad de que surja un autócrata, ya sea antiguo o nuevo. En primer lugar, sigue siendo una incógnita si el Gobierno de Tisza cumplirá sus promesas de democratización o si, poco a poco, decidiría simplemente sustituir a Fidesz al frente de un sistema electoral autoritario. Las impresiones de los primeros 100 días son muy alentadoras, pero el peligro siempre está presente, ya que, por el momento, los controles y contrapesos políticos e institucionales sobre Tisza son limitados”, concluye el investigador.





Fundación "la Caixa"

En España, 1 de cada 3 niños y niñas está en riesgo de pobreza. Una realidad que puede afectar a aspectos esenciales de su infancia, como la alimentación, la educación o el ocio. En la Fundación "la Caixa" trabajamos para aligerar estas cargas y favorecer que niños, niñas y adolescentes tengan un futuro con más oportunidades.

El Peso de la **Pobreza**

Muchos niños y niñas cargan con
un peso extra en sus mochilas.



#ComparteElPeso
y miremos juntos hacia un
futuro con menos cargas.

Por qué es tan difícil gobernar las democracias hoy



Starmer ganó con la mayoría más amplia desde Blair y dimitió antes de dos años sin un solo escándalo. Su caída apunta a un mal común a todas las democracias: economías estancadas, lealtades de partido evaporadas y una máquina global de odio online.



María Ramírez

Corresponsal en Gran Bretaña de elDiario.es



Keir Starmer sale del número 10 de Downing Street el 15 de julio de 2026, camino de su última sesión de control en los Comunes. A la izquierda, Elon Musk, propietario de X.

CARL COURT / GETTY

El 4 de julio de 2024, el laborista Keir Starmer ganó las elecciones en el Reino Unido con 411 escaños de los 650 de la Cámara de los Comunes. No se había visto una mayoría tan amplia para ningún partido desde la primera victoria de Tony Blair en 1997. Aquella misma madrugada del anuncio de resultados —al alba, por la habitual lentitud del escrutinio— Starmer ya anticipaba que no le esperaba un camino de rosas.

“Y ahora podemos mirar hacia adelante. Adentrarnos en la mañana, bajo la luz de la esperanza, tenue al principio, pero cada vez más intensa a medida que avance el día, iluminando una vez más un país que, después de 14 años, tiene la oportunidad de recuperar su futuro”, dijo en el museo Tate Modern de Londres poco después de que Rishi Sunak reconociera su derrota, la peor en la historia del Partido Conservador, que había gobernado el país desde 2010. La luz “tenue” no fue suficiente.



No habían pasado ni dos años cuando Starmer se plantó delante de la puerta negra del 10 de Downing Street para anunciar su dimisión porque su partido no creía que fuera la mejor persona para liderar el Gobierno y el grupo parlamentario en las próximas elecciones, para las que todavía quedan casi tres años si no hay adelanto.

Ni Starmer ni su Gobierno habían pasado por ningún escándalo significativo. Nada remotamente parecido a las fiestas en pandemia en Downing Street durante el mandato de Boris Johnson o a la crisis de deuda provocada por los anuncios de Liz Truss. El Gobierno laborista no había llevado al país a decisiones traumáticas como el Brexit.

Los pasos en falso de Starmer, como el recorte de ayudas universales para la disparada factura energética o el nombramiento de Peter Mandelson como embajador del Reino Unido en Estados Unidos, le hicieron impopular entre los suyos y los de enfrente. Pero rectificó en ambos casos, que suenan a poco para un colapso tan rápido.

Su mayor problema es que no había cambiado el país de manera visible. La pregunta de cuándo empezaron los males del Reino Unido, ya fuera en 2016 con el Brexit, en 2008 con la crisis financiera, o en 1979 con Margaret Thatcher, sigue sin respuesta única.

La mayoría del país consideraba que Starmer estaba a la izquierda o muy a la izquierda, aunque las críticas le llovían de todos los flancos y él se presentaba como centrista en

Andy Burnham observa la selección de patatas durante su gira por el suroeste de Inglaterra el pasado agosto. De esa visita salió el vídeo de la patata pequeña.

WPA POOL / GETTY

un esfuerzo por alejarse de Jeremy Corbyn, uno de los políticos más impopulares en el Reino Unido y que llevó al Partido Laborista a una de sus peores derrotas electorales.

En 2024, Starmer había conseguido reconquistar a votantes de la clase obrera que se habían pasado en los últimos años al bloque conservador, especialmente en el centro y el norte de Inglaterra. Su obsesión en el Gobierno era retenerlos y evitar así el ascenso de la extrema derecha; de ahí sus políticas migratorias duras, que ahora comparte casi todo el espectro político. Por el camino, Starmer había enfadado a jóvenes y otros votantes más a la izquierda, sobre todo en Londres y otras ciudades grandes.

Sin duda, hay razones del colapso del Gobierno ligadas a Starmer, de forma y de fondo, desde su acento de pijo estirado —aunque fuera uno de los primeros ministros de origen más humilde en décadas—, hasta sus vaivenes en la estrategia política. Pero con la llegada de Andy Burnham, el séptimo primer ministro en diez años, las preguntas sobre el mal de fondo se multiplican. ¿Es el Reino Unido ingobernable? Y, aunque este sea el caso más radical de Europa, ¿está pasando en otros países?

Crisis para los partidos gobernantes

En todo el mundo, en las elecciones celebradas en 2024 en los países desarrollados, el partido gobernante perdió porcentaje de apoyo popular, según señala Pepper Culpepper, vicedecano de la Escuela de Gobierno de la Universidad de Oxford en su libro sobre el capitalismo y la democracia *Billionaire Backlash* (La reacción contra los multimillonarios, puedes leer la entrevista con Culpepper en este número de la revista). Dice que, hasta donde llegan sus datos, esto nunca había pasado antes.

Su análisis apunta a las corrientes de injusticia económica que estallaron tras la crisis financiera e inmobiliaria de 2008 y que no han cesado pese a la recuperación. Cuando un partido gobierna un país estancado y en el que se percibe la desigualdad, los votantes no solo cambian de apoyo, sino que reaccionan “con profunda hostilidad hacia las élites políticas y del poder económico” y esto es lo que alimenta una reacción que suele fragmentar el voto de los partidos tradicionales y beneficiar a los más pequeños o, según el sistema electoral de cada país, hacer difícil gobernar de manera continuada.

Avalancha online

En el caso de Starmer, dos periodistas veteranos me repitieron el mismo comentario sobre él antes y después de su caída.

Tom McTague, director de la revista *New Statesman*, un referente del progresismo intelectual desde 1913, y Rafael Behr, comentarista político de *The Guardian*, me dijeron que nunca habían visto tanto odio y tantas críticas personales contra un primer ministro como en el caso de Starmer. Se referían a dentro y fuera del partido, *online* y *offline*. Y era hasta cierto punto sorprendente para un hombre de apariencia reservada, pero afable.

Parte de esa avalancha de desprecio personal y en algunos casos mezclada con bulos tiene que ver con el contexto de las redes sociales y la prensa británica. La obsesión de Elon Musk con el Reino Unido y el Gobierno de Starmer sin duda era excepcional, pero la misma máquina de escala incalculable para distraer y difundir mentiras o incitación al odio personal opera en todo el mundo, igual que la política *hooligan* que atiende a pocas razones.

¿Es más difícil gobernar ahora que en la historia reciente? “Hay cosas que lo están haciendo más difícil”, me contesta Sam Freedman, experto en políticas públicas británicas, que trabajó en educación para el Gobierno de David Cameron y

La política se ha convertido en una suma cero. Ya no hay crecimiento que permita dar algo a todo el mundo: ahora se decide a quién se beneficia a costa de quién

que publicó en 2024 un libro cuyo título es explícito: *Failed State: Why Nothing Works and How We Fix It* (Estado fallido: por qué no funciona nada y cómo arreglarlo). “Obviamente, hay mucha más transparencia sobre qué están haciendo los políticos porque hay más cobertura. Y están las redes sociales, que crean una sensación de amenaza constante, como si te gritaran todo el tiempo”.

Pero Freedman también apunta al mal económico subyacente en casi todos los países europeos. “Aunque a España le está yendo mejor que al resto, desde la crisis financiera en Europa nunca nos hemos recuperado del todo.

Así que la política se ha convertido en una suma cero porque no hay el crecimiento que permite a los políticos dar algo a todo el mundo. Se ha convertido más en una cuestión de decidir a quién se beneficia a costa de quién, y se ha vuelto más transaccional”.

Pese a que hay una minoría más activa, la debilidad de los aparatos de los partidos y los sindicatos hace que las personas ya no estén tan vinculadas de por vida a un partido como lo estaban antes. “De muchas maneras, la política se ha vuelto más difícil”, dice Freedman. También añade la coletilla de que en el Reino Unido la situación es especialmente mala por el Brexit y los errores específicos de los políticos y sus votantes: “Siete primeros ministros en diez años, ya sabes”.

La desconfianza

La confianza en las instituciones políticas y civiles no ha dejado de bajar en la última década, lo que hace más difícil que la población confíe en la alternancia en el poder o en voces que sirvan para cambiar lo que va mal.

Los niveles de confianza en cualquier político son ínfimos en las democracias de todo el mundo. El porcentaje de personas que aseguran que confían en las noticias la mayoría del tiempo se ha desplomado, como muestra el informe anual del Instituto Reuters para el Estudio del Periodismo de la Universidad de Oxford, que este año ha registrado un récord a la baja en los 48 países que analiza. El estudio refleja además la dinámica perniciosa del aumento de la desconfianza a medida que aumenta la dependencia de las redes y de los espontáneos que comentan información en YouTube o TikTok.

La población identifica la información de baja calidad o los bulos con esas redes que utiliza más para informarse. Empieza a darse un patrón que se parece a las adicciones a las drogas, el tabaco o el alcohol: el adicto sabe que son malas para él, pero no logra desengancharse, y cuanto más consume, peor es su percepción de la realidad, peor está

física y mentalmente y más le cuesta romper con el hábito.

Una tormenta perfecta

Le pregunto por qué es tan difícil gobernar a Tim Bale, catedrático de Ciencia Política de la Universidad Queen Mary de Londres y experto en el Partido Conservador británico, uno de los partidos que más tiempo se ha mantenido en el poder en la historia de las democracias modernas, el que perdió estrepitosamente en 2024 y que sigue sin levantar cabeza.

Bale cree que ahora es especialmente complicado gobernar, incluso con buenos líderes, por el panorama de fondo: “Una tormenta perfecta que consiste en partidos tradicionales incapaces de traer las tasas de crecimiento que hacen falta para producir una sensación de que las cosas van bien y financiar los servicios públicos; una ansiedad cultural muy extendida sobre la inmigración, y una lealtad a los partidos en declive”, dice Bale. “Todo esto está produciendo electorados desilusionados y volátiles que buscan respuestas fáciles para problemas complejos, que es la especialidad de políticos populistas con talento”.

Ahora bien, la dificultad de gobernar en democracia afecta a todos los que tocan el poder, también a los líderes extremistas que aseguran tener la varita mágica para contentar al “pueblo”, un concepto cada vez más esquivo y fragmentado en opiniones públicas que quieren una amalgama a menudo imposible de encuadrar en un partido. Incluso en las autocracias, la falta de resultados en la vida diaria puede pasar factura a quienes han movido todos los mecanismos del Estado para amañar el sistema político.

En abril, el ejemplo de Hungría mostró los límites del autoritarismo. La derrota contundente de Viktor Orbán fue acogida con esperanza en otros países donde un líder político se ha extralimitado para controlar el poder y ha convertido la democracia en otra cosa.

Democracias que dan la batalla

A Steven Levitsky, el gran experto en esto, catedrático de la Universidad de Harvard y coautor de *Cómo mueren las democracias*, no le gusta hablar de “democracias liberales”. Si es “iliberal”, no es democracia. Llama a casos como el de Hungría o Estados Unidos “autoritarismo competitivo”. Hay partidos, elecciones, prensa y ciertas libertades, pero el Gobierno y sus aliados ponen trabas para acallar a opositores y a voces independientes críticas mientras concentran más poder político y económico.

Levitsky suele ser bastante crudo, sobre todo en relación con lo que pasa en su país. Pero esta primavera, en una

La gente puede votar a favor o en contra de los autoritarios por el precio de los huevos, no por una preocupación general por la democracia

charla en Harvard después de las elecciones en Hungría, estaba algo más animado.

“Las democracias siguen dando la batalla en todo el mundo. No estamos en un momento de expansión del autoritarismo”, dijo en una serie de conversaciones sobre cómo salvar la democracia. “Las oposiciones pueden ganar incluso unas elecciones injustas. Hungría es el ejemplo clásico de un terreno de juego profundamente desigual. Esto no solo demuestra la fortaleza de la oposición húngara, sino que también nos recuerda que, incluso

cuando el poder abusa de su posición y hace trampas, la oposición no se da por vencida”.

La reconstrucción después de un *shock* autoritario es larga y de éxito incierto, como ya está viviendo Hungría y ha vivido Polonia.

Una patata pequeña

Para todos es difícil gobernar, pero la lección es que quien lo hace peor también acaba cayendo. A veces, por razones muy mundanas, como la falta de resultados económicos más que por una preocupación general por la democracia: “La gente puede votar a favor o en contra de los autoritarios por el precio de los huevos”, decía Levitsky.

Por eso, algunos políticos en democracia intentan ahora centrarse en lo más inmediato y cercano aunque los retos sean mayores y más difíciles de controlar, como la crisis climática, las guerras, la seguridad.

Andy Burnham, el actual primer ministro británico y hasta junio alcalde del Gran Mánchester, intenta ahora gobernar con un mensaje pegado a la vida diaria y contado en unos pocos segundos.

En agosto, lanzaba una pequeña patata al aire en una granja de Cornualles ante una cámara para Instagram y TikTok: “Estas patatas deberían ser mucho más grandes”. Así explicaba la sequía, la cosecha temprana, las pérdidas para los agricultores y los riesgos de un “clima que está cambiando” para ellos y la seguridad alimentaria. Y ya de paso las ayudas que acababa de aprobar.

Si Burnham llega a 2029 como primer ministro, no será por una patata, pero el vídeo condensa dos estrategias que ya están probando otros políticos con éxito: la cercanía a la vida diaria—qué puede haber más básico que una patata—y la hiperpresencia, sobre todo en redes y saltándose a los informadores profesionales.

A finales de agosto, según la encuestadora YouGov, casi la mitad de sus conciudadanos tenía una opinión positiva sobre él. Era el nivel de aprobación más alto para un primer ministro británico en más de seis años.

PODCAST **elDiario.es**

CATÁSTROFE ULTRAVIOLETA



En exclusiva para socios y socias de elDiario.es nueva temporada del premiado podcast de ciencia

¡Ha vuelto el podcast de ciencia más esperado!
Los socios y socias de elDiario.es ya pueden
escuchar la nueva temporada de Catástrofe
Ultravioleta, el premiado podcast de
divulgación científica dirigido por Antonio
Martínez Ron, Javier Peláez y Javi Álvarez.
¡No te lo pierdas!



OTROS PODCAST DE ELDIARIO.ES



Entra en eldiario.es/podcast

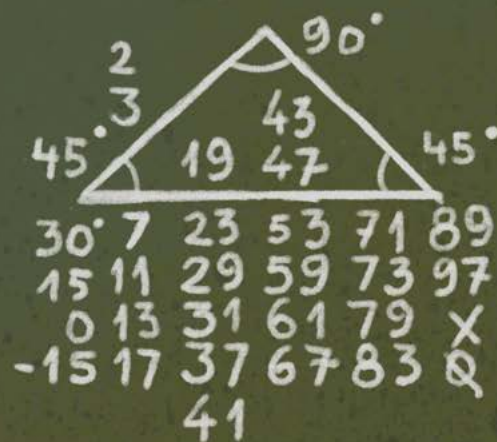
socias@eldiario.es / socios@eldiario.es

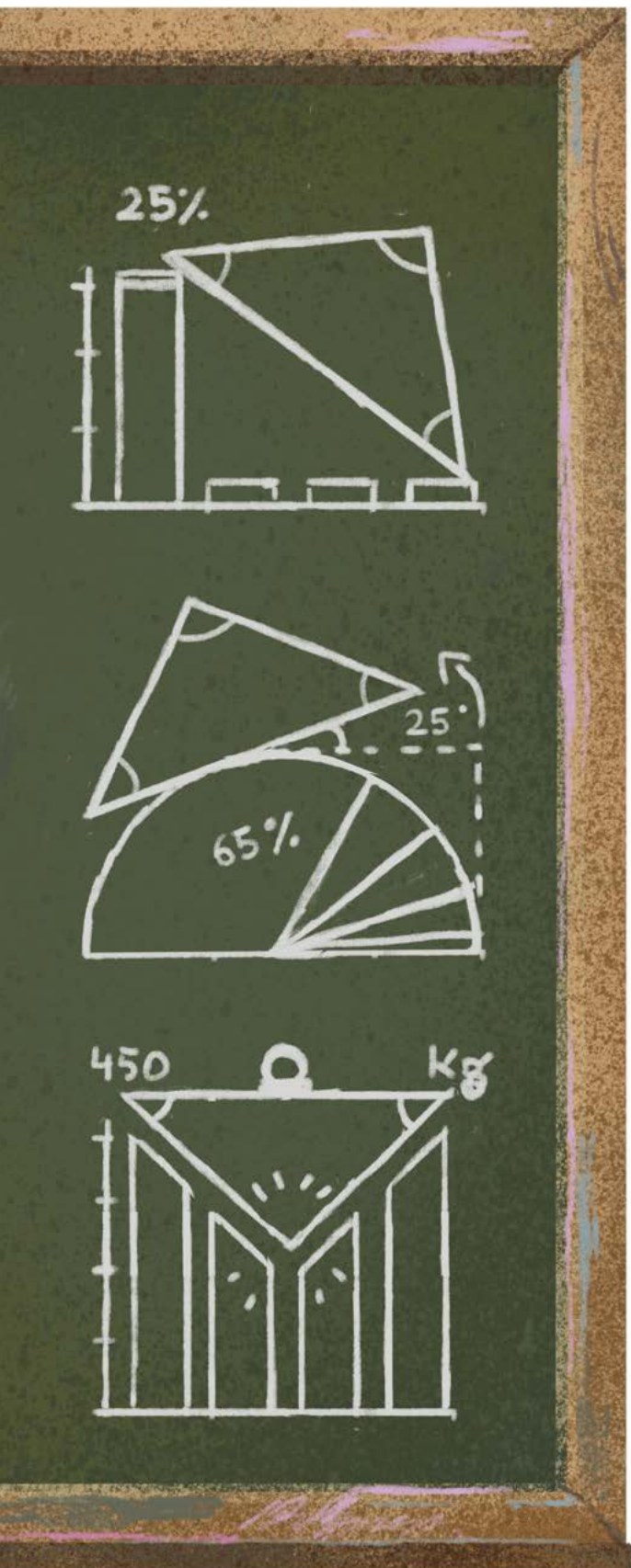
Telf. 91 368 88 62

elDiario.es
Periodismo a pesar de todo

Argumentos y doce libros imprescindibles para entender la erosión de la democracia

Argumentos y doce libros imprescindibles para entender la erosión de la democracia





Pablo Simón

Politólogo, colaborador de elDiario.es

Ilustración de **El Rubencio**

La noche del 12 de abril de 2026, Viktor Orbán compareció ante las cámaras con gesto serio. De manera solemne declaró que, por más decepcionante que fuera, el resultado había sido claro. Felicitó al líder de Tisza, Péter Magyar, y aceptó su derrota. Orbán llevaba casi 16 años gobernando Hungría. Había reescrito la Constitución a su gusto, rediseñado el sistema electoral para favorecer a su partido, el Fidesz, y erosionado el estado de derecho que contrapesaba su poder. Había hostigado a universidades, organizaciones civiles y medios que no le eran afines. El propio Parlamento Europeo había dejado de considerar a Hungría como un sistema democrático.

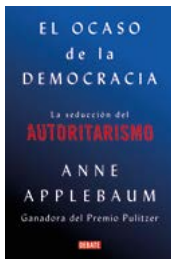
Durante todos esos años su principal ambición había sido retorcer las reglas del juego para evitar justamente lo que tuvo que hacer esa noche. Pese a todo, Tisza obtuvo 141 diputados de los 199 en juego en una elección con una participación cercana al 80 %. El 9 de mayo el nuevo primer ministro tomó posesión y Orbán pasó a la oposición.

La pregunta que más se hace hoy la ciencia política es por qué mueren las democracias. Sin embargo, ¿se trata de la pregunta correcta? Quizá nuestro enfoque muestre el poso de optimismo liberal que arrastramos desde los años noventa. A lo mejor la pregunta es la opuesta: ¿por qué las democracias duran?

Pensemos por un momento lo que implica perder una elección. Se le pide a un grupo de personas que abandonen voluntariamente el poder. Personas que disponen de un aparato político, cuadros, recursos públicos, millones de votos y, casi con seguridad, la convicción de que su adversario gobernará mal. Todo ello a cambio de la promesa de que habrá otras elecciones y quizá puedan volver a gobernar. Visto así, se entiende que nuestro sistema sea una anomalía histórica. Durante la mayor parte de nuestra historia el poder se tomaba y se perdía a sangre y fuego. Hoy se transfiere pacíficamente. Ningún otro régimen político exige cosa parecida.

Adam Przeworski lleva toda su carrera interrogándose sobre esta cuestión. Su premisa es que una democracia funciona mientras ningún actor relevante tenga incentivos para saltarse las reglas. A eso lo llamó “incertidumbre institucionalizada”. Los resultados de una elección son inciertos, pero no las reglas. Como nadie sabe quién ganará la próxima vez, a todos les conviene que siga habiendo elecciones. La derrota no se acepta por aprecio genuino de la democracia, sino porque sale peor no hacerlo.

12 libros imprescindibles sobre la democracia



1

Applebaum, Anne, 'El ocaso de la democracia'

DEBATE, 2021

Applebaum cuenta cómo personas de su propio entorno acabaron defendiendo regímenes que antes habrían rechazado. Sirve para entender la suave pendiente por la que la polarización, el resentimiento y la lealtad partidista pueden terminar justificando el autoritarismo.



2

da Empoli, Giuliano, 'Los ingenieros del caos'

OBERON, 2020

Un reportaje sobre los estrategas, publicistas y expertos en datos que diseñaron algunas de las campañas autoritarias más exitosas de la última década. Es la mejor puerta de entrada a la dimensión profesional y transnacional del fenómeno.



3

Krastev, Ivan y Stephen Holmes, 'La luz que se apaga'

DEBATE, 2019

La mejor explicación de por qué el giro iliberal arraigó en los países poscomunistas. Sostiene que tres décadas en las que el éxito parecía consistir en imitar un modelo ajeno generaron frustración y resentimiento que los gobiernos de Budapest y Varsovia supieron capitalizar.



4

Levitsky, Steven y Daniel Ziblatt, 'Cómo mueren las democracias'

ARIEL, 2018

Popularizó la idea de que las democracias ya no suelen caer por golpes sino por el desgaste gradual de sus instituciones desde dentro. Su aportación más duradera son las dos normas informales (tolerancia mutua y contención institucional) y el papel de los partidos como guardianes frente a dirigentes autoritarios.

Esta forma de definir la democracia no es inocua. Se trata de una concepción minimalista, limitada a un método para seleccionar gobernantes. Frente a esta visión, las concepciones sustantivas de la democracia demandan bastante más. Piden derechos efectivos, condiciones materiales que hagan posible la participación, deliberación informada o una ciudadanía que no dependa del mercado para existir políticamente. A diferencia de las minimalistas, capturan valores genuinos de lo democrático. Eso sí, corren el riesgo de reservar el nombre de democracia a los sistemas que encajan con nuestra idea particular de justicia.

Hoy la erosión de la democracia sucede en el espacio que separa ambas definiciones. Los regímenes que nos preocupan no suspenden las elecciones: las convocan, las ganan y cumplen el mínimo mientras vacían el régimen del resto de libertades. Por eso merece la pena tender un puente entre ambas visiones. Que un régimen celebre elecciones “inciertas” depende del resto del sistema. Hacen falta tribunales que no obedezcan al poder político, prensa que informe de modo independiente, asociaciones que puedan constituirse y una oposición con acceso a recursos. Todo eso pertenece al vocabulario de las concepciones sustantivas. La destrucción del procedimiento electoral es el punto de llegada de una pendiente previa.

Por eso el caso de Hungría es tan interesante. Sus partidarios han sostenido que, si Orbán pudo perder las elecciones,

Hungría nunca dejó de ser una democracia. Quienes hablaban de deriva autoritaria exageraban. Pasan por alto que las autocracias electorales no son regímenes en los que perder sea imposible, sino en los que ganar exige a la oposición mucho más que al gobierno. El terreno de juego está inclinado, no cerrado. Que hicieran falta una participación excepcional y una diferencia de más de 80 escaños para una alternancia ordinaria no refuta el sesgo autoritario del sistema. Recuerda, eso sí, que el triunfo de la reacción no es inevitable. Como recordó Charles Tilly, la democratización y la desdemocratización son procesos graduales, no un interruptor. Lo importante es identificar las condiciones que hacen probable un resultado así incluso en el escenario menos favorable.

La primera condición es que la derrota esté acotada, que sea un revés y no una catástrofe. Cuenta tanto lo que se pierde como lo que se teme perder, y ahí la polarización juega en contra. Cuando la política se organiza, en términos de Schmitt, como una distinción entre amigos y enemigos, el adversario pasa a ser una amenaza existencial para el propio modo de vida. Perder significa entregar el Estado entero a un enemigo que podría usarlo contra uno. Así ocurrió durante buena parte del siglo XX, cuando perder podía suponer cárcel, exilio o muerte. Entonces cunde el cinismo y solo se aceptan las reglas cuando se gana. Si la derrota tiene un peaje inaceptable, o percibido como tal, la alternancia pacífica se dificulta.



5

Levitsky, Steven y Daniel Ziblatt, 'La dictadura de la minoría'

ARIEL, 2024

Aquí subrayan el peligro de instituciones contramayoritarias que permiten a minorías bloquear a las mayorías. Partiendo de Estados Unidos es especialmente útil para pensar cómo unas reglas concebidas como contrapesos pueden erosionar la democracia.



6

Linz, Juan J., 'La quiebra de las democracias'

ALIANZA, 2021

Casi 50 años después de su publicación original sigue siendo el mejor análisis de por qué caen los regímenes democráticos. Pone el énfasis fundamental en las decisiones de dirigentes concretos. Su tipología de oposiciones leales, semileales y desleales continúa siendo una herramienta de trabajo.

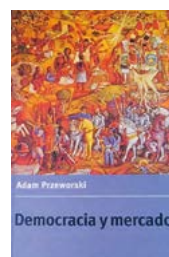


7

Müller, Jan-Werner, 'La democracia manda'

KATZ, 2025

Escrito contra la idea de dar la democracia por perdida y la de reducirla a un procedimiento. Reconstruye lo que hace que merezca la pena defenderla y apunta tanto a las élites egoístas como a la ciudadanía pasiva.



8

Przeworski, Adam, 'Democracia y mercado'

AKAL, 1995

En un libro dedicado a las transiciones políticas y económicas, contiene una de las formulaciones más exitosas: los resultados son inciertos, las reglas no. Es un libro exigente, pero el tramo sobre la democracia como equilibrio es maravilloso.

La segunda condición es que el poder sea reversible, que existan vías por las que quien pierde hoy pueda volver a gobernar. Aquí la erosión se practica de manera callada y eficaz. Al gobernante de turno le basta con reformar la Constitución mientras tiene mayoría, situar a los suyos en los tribunales y en los organismos que regulan la competición, rediseñar el sistema electoral o atar corto a los medios. Nada de esto es necesariamente ilegal. Sin embargo, todo ello reduce la probabilidad de que el perdedor de hoy gane mañana. El resultado de ese proceso es un conjunto de reglas contramayoritarias que permiten a una minoría electoral movilizada conservar el poder de forma indefinida.

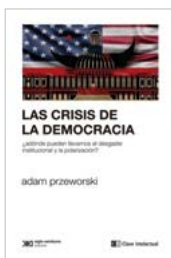
La tercera condición es que el resultado sea verificable. Sabemos que las democracias contemporáneas no acaban con tanques en las calles, sino con recuentos impugnados, con denuncias de fraude formuladas antes incluso de que abran los colegios y con una capa de sospecha extendida sobre el escrutinio. La duda se siembra con un objetivo último: negar la legitimidad de los resultados y habilitar así medidas de excepción. David Runciman lo formuló con claridad: el final de la democracia, si llega, no se parecerá a nada de lo que aprendimos a temer en el siglo pasado. Por eso corremos el riesgo de no reconocerlo. Aunque estas tres condiciones parecen procedimentales, no lo son. Que la derrota esté acotada exige que quien pierde conserve derechos que no dependan de quien gana. Que el poder sea reversible exige tribunales, me-

dios y organizaciones capaces de aguantar la presión del gobierno. Que un recuento se acepte exige una esfera pública donde la evidencia todavía tenga valor. Nada de esto se decide la noche electoral, solo se pone a prueba.

Ahora bien, ninguna de las tres condiciones se sostiene solo sobre reglas escritas. Todas dependen de la cultura política de los propios actores, y en particular de dos disposiciones que Steven Levitsky y Daniel Ziblatt llamaron tolerancia mutua y contención institucional. La primera consiste en reconocer al rival como adversario legítimo y no como una amenaza que eliminar. La segunda, en no utilizar sin freno las prerrogativas que el poder concede a quien gobierna. Sin tolerancia mutua la derrota se vive como catástrofe y el recuento adverso se sospecha. Sin contención institucional cualquier mayoría suficiente puede convertir una ventaja coyuntural en permanente. De ahí que cualquier democracia quede a prueba cuando sus actores principales renuncian a ellas.

Sin embargo, conviene no depositar en esa cultura política demasiada confianza. Existe la tentación de imaginarla como un colchón que rescata a las instituciones cuando fallan. Funciona más bien al revés. Las actitudes democráticas no preceden a las reglas, se sedimentan con ellas. Son el resultado de haber jugado muchas veces la misma partida.

Justamente eso las hace vulnerables. Las encuestas muestran que el apoyo a la democracia en abstracto es abrumador en casi todas partes, incluso en países abiertamente autori-



9

Przeworski, Adam, 'Las crisis de la democracia'

CLAVE INTELCTUAL, 2022

Un contrapeso saludable a la literatura alarmista escrito por alguien que conoce como nadie los casos históricos de colapso. Ayuda a distinguir qué tiene de excepcional el momento actual y qué no.



10

Runciman, David, 'Así termina la democracia'

PAIDÓS, 2019

Sostiene que el final de la democracia será muy diferente a como lo hemos pensado hasta ahora e invita al inconformismo de vivir en unas democracias vaciadas de contenido. Provocador y a ratos discutible, pero difícil de quitarse de la cabeza.



11

Schmitt, Carl, 'El concepto de lo político'

ALIANZA, 2024

Se lee porque formuló con una franqueza difícil de superar la idea de que el criterio último de lo político es la distinción entre amigos y enemigos. Conocer el argumento en su versión más dura ayuda a reconocerlo cuando reaparece en la derecha radical.



12

Tilly, Charles, 'Democracia'

AKAL, 2010

Propone mirar la democracia como un proceso que avanza y retrocede, en lugar de como una categoría que se tiene o no se tiene. Es el antídoto contra las discusiones estériles sobre si un país es o no es democrático.

tarios. El problema aparece cuando ese apoyo implica un sacrificio. La investigación experimental apunta a que los votantes castigan las conductas antidemocráticas del rival y las disculpan en los propios. La convicción democrática del electorado convive sin dificultad con dirigentes que la erosionan, siempre que sean los suyos.

Por eso es fundamental mirar a los actores, y no solo al gobierno. También cuenta la actitud de la minoría. Juan Linz clasificó a las oposiciones en leales, semileales y desleales, y advirtió de que la categoría más sibilina era la intermedia. Los actores semileales no dan golpes de Estado. Acatan los resultados. Ahora bien, tratan al adversario como enemigo, condenan la violencia con la boca pequeña o instrumentalizan las instituciones con vocación excluyente. La distinción importa porque los regímenes rara vez tienen enfrente enemigos declarados. Tienen actores que dicen aceptar las reglas mientras cultivan con paciencia las condiciones que las destruyen.

Todo lo anterior describe procesos internos, pero la erosión democrática se ha internacionalizado. Lo ha hecho, de un lado, por imitación. Las fuerzas autoritarias comparten diagnóstico, vocabulario y repertorio. Las estrategias son parecidas en todas partes: asfixia de las organizaciones civiles, infiltración en la judicatura, presión fiscal y administrativa sobre universidades y medios críticos. La retórica es intercambiable, la de la soberanía frente a las élites globalistas. Lo que funciona en un país se copia en otro. Giuliano da Empoli ha retratado a esos profesionales, entre ellos el asesor estadounidense que diseñó durante años la comunicación de Orbán. Del otro, porque el entorno internacional se ha vuelto hostil a las demo-

cracias. Durante las décadas posteriores a 1989 la democracia liberal operaba como condición de acceso a la prosperidad. Hoy las potencias autoritarias favorecen a los partidos que promueven sus agendas, mientras las democracias liberales carecen de una coordinación equivalente. Hungría ilustra las dos caras. La pertenencia a la Unión Europea impuso un límite real, sobre todo económico, y contribuyó a que las elecciones siguieran siendo lo bastante competitivas como para que la derrota de Orbán fuera posible. Pero esa misma pertenencia convivió con años de tolerancia dentro de las familias políticas europeas, sobre todo en la derecha, de donde hoy proviene buena parte de la presión autoritaria.

Volvamos a la noche del 12 de abril. Imaginemos unos cuantos escaños menos, una participación algo más baja o un margen estrecho en 20 circunscripciones. La escena habría sido otra. No fue la buena voluntad de Orbán lo que le hizo aceptar el resultado: fue una aritmética. Algo que no es privativo de Hungría. En todas partes la democracia descansa sobre un cálculo similar, hecho por quien acaba de perder y todavía tiene fuerza suficiente para no acatar el resultado. La democracia aguanta mientras a nadie le compense romper las reglas. Le compensa cuanto menos cueste perder, cuanto más abierto esté el regreso, cuanto menos dudoso sea el recuento. Por eso hay que cuidar esos mínimos y las condiciones sustantivas que los hacen posibles. Las democracias no duran porque sus dirigentes tengan altura moral. Duran porque han conseguido que la democracia no se entienda como el fin del conflicto, sino como una manera de procesarlo. El problema es que para muchos empieza a ser un estorbo para sus fines.

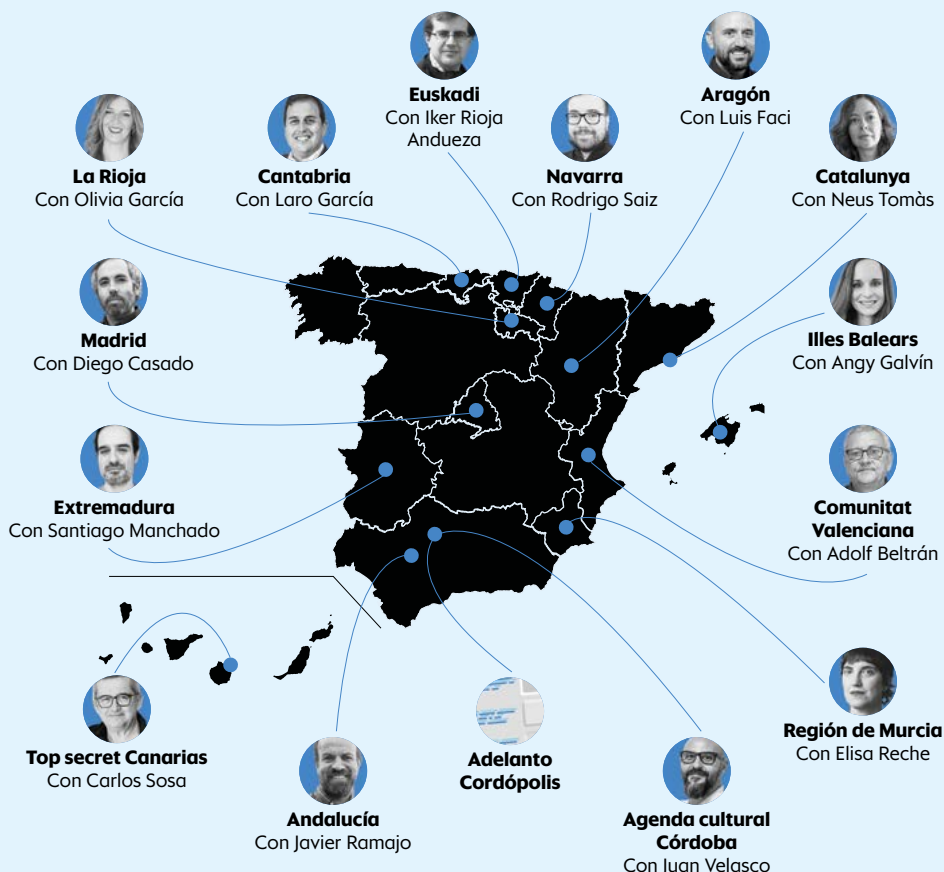


Recibe un resumen semanal de lo que sucede **cerca de ti**

En 2024, elDiario.es se convirtió en el primer diario nacional en tener una redacción en todas las comunidades autónomas. Así, contamos lo que sucede de primera mano, y no desde Madrid, con fuentes y periodistas expertos en lo que de verdad importa en cada territorio. Desde entonces, muchas de nuestras ediciones envían un boletín semanal, escrito para ti por periodistas de tu tierra.



Suscríbete a nuestros
boletines desde
eldiario.es/boletines



Y si quieres, puedes hacer una aportación a
tu edición desde usuarios.eldiario.es/apoyolocal

socias@eldiario.es / socios@eldiario.es

Telf. 91 368 88 62



Existe una gran conspiración real en marcha...

...y no es ninguna de las conspiraciones de las que difunden los conspiranoicos y los fachas del misterio...

No va de Illuminatis ni de ovnis guardados en un depósito secreto del ejército...

No.

TECNOFASCISTAS
LA CONSPIRACIÓN DE LOS BILLONARIOS

DARÍO ADANTI

Os hablo de una conspiración real que está en marcha ahora mismo y ante los ojos de todo el mundo.

Una conspiración de los enemigos de la libertad.

PACIFIC OCEAN

Silicon Valley

De los nuevos amos de Occidente que hoy quieren cargarse nuestra democracia.

Aunque todo lo que estás por leer en este tebeo te parezca una locura delirante, tienes que saber que es todo REAL. Y eso es lo que más acojona...

Apuntad nombres: este frikazo con pinta de no haber socializado en su vida es Curtis Yarvin, ingeniero informático y gran gurú de los CEO de Silicon Valley.

CURTIS YARVIN

Se necesita una dictadura corporativa para reemplazar a una democracia moribunda...

Todas las frases dichas aquí por los tecnoligarcas son palabras textuales dichas por ellos en entrevistas.

Es el cerebritito encargado de dotar de ideología a los tecnoligarcas. Son los autoproclamados «neorreaccionarios».

NRx

Si los muy ridículos hasta tienen un símbolo, en plan conspiración de 'Expediente X': NRx.

Todos ellos fueron frikis que se criaron jugando a la PlayStation y viendo series como 'Expediente X'.



Cómic Tecnofascistas: la conspiración de los billonarios

Empecemos por Peter Thiel: el gran empresario y capitalista germano-estadounidense de las nuevas tecnologías. Cofundador de PayPal, junto a Elon Musk.



Además, soy activista de ultraderecha y he financiado...
... la campaña a la segunda presidencia de Donald Trump.

PETER THIEL

El patrimonio neto estimado de Peter Thiel es de, aproximadamente, 25.000 millones de dólares.

Thiel pasó su infancia en Swakopmund, Namibia, un colonia alemana en Africa que defendía el 'apartheid' y donde se hacía el saludo nazi en público sin tapujos.

Y si bien es gay y está casado con su pareja, financia a políticos y grupos conservadores...
...que impulsan medidas contrarias a los derechos LGTBIQ+.



PETER THIEL
iQue no somos 'wokes', hostia!

MATT DANZEISEN

Peter Thiel fundó Palantir, una empresa de tráfico de datos con el fin de vigilar, detener, perseguir o destruir a quien quiera el cliente: el ICE, la CIA, el MOSSAD...



Gracias a los metadatos recabados en toda la red...
...nuestra IA puede predecir los movimientos del objetivo...
...con una fiabilidad del 96%.

Palantir es responsable del ataque contra la escuela primaria para niñas en Minab, Irán, en el que murieron al menos 175 personas, en su mayoría alumnas del colegio.

Además, Peter Thiel da conferencias sobre el Anticristo, donde dice que ya está aquí, entre nosotros, ahora mismo.



El Anticristo son aquellos que intentan limitar o frenar el desarrollo de las nuevas tecnologías...
...y la evolución de nuestra especie hacia el transhumanismo y el tecnofeudalismo...

EL ANTICRISTO

Está en contra de los Estados-nación y ha comprado una isla en Honduras donde ha creado «Próspera», una ciudad-estado-empresa donde no rigen las leyes del país, sino que se maneja con las normas de su corporación...



Monté Praxis, una 'start-up' para crear ciudades-estado privadas por todo el mundo.
¡Adiós al mundo conocido! ¡Estamos construyendo el futuro!

En Honduras le ayudó el hecho de que en 2017, año en que compró la isla, fuera presidente Juan Orlando Hernández, condenado luego por tráfico de drogas y armas a 45 años de cárcel en EE. UU.



¡Por suerte ganó Donald y me indultó!
¡Nada como tener un buen padrino!

JUAN ORLANDO HERNANDEZ

Hernández, fue liberado y regresó a su país tras ser indultado por Donald Trump, a finales de 2025.

El socio de Peter Thiel y CEO de Palantir es Alex Karp. Es el responsable de convertir la empresa en el "sistema operativo" de vigilancia masiva de Israel y EE. UU.

Karp ha dicho:

Tenemos que alterar el curso de la humanidad, empobrecer a los demócratas...

...y privilegiar a los votantes hombres con formación profesional que votan a la derecha.

ALEX KARP

Karp escribió recientemente un manifiesto llamado *The Technological Republic*, donde dice que el poder global del siglo XXI se basa en el 'software' y la inteligencia artificial, y afirma que...

"Aceptémoslo, hay sociedades mejores que otras..."

"Hay que implementar armas con inteligencia artificial antes de que las usen otros..."

El patrimonio neto estimado de Alex Karp es de 4.200 millones de dólares.

El exsocio en PayPal de Peter Thiel fue Elon Musk. Su abuelo materno, Joshua Haldeman, lideró en la década de 1930 *Technocracy Incorporated* en Canadá...

Ya lo decía mi abuelo, la democracia es para débiles, los más fuertes deben dirigir los destinos de la nación.

ELON MUSK

Un grupo que fue prohibido por su apoyo al eje nazi-fascista durante la Segunda Guerra Mundial...

...por lo que su familia se mudó a Sudáfrica, donde su abuelo fue partidario del 'apartheid'.

¿Será por eso que cuando ganó Trump las últimas elecciones...

...le salió tan natural hacer aquel saludo?

Tras pelearse con sus socios y ser expulsado de PayPal, Musk fundó su empresa de coches eléctricos, Tesla, y la de cohetes para viajes privados al espacio, SpaceX.

Aunque soy libertario y trabajé para Trump recorriendo el gasto público...

... mi fortuna viene de contratos de SpaceX con el Estado...

SPACEX

Confía en que una élite de millonarios pueda habitar Marte cuando el desarrollo tecnológico haga inhabitable el planeta Tierra.

Elon odia las leyes de identidad de género y culpa al llamado «virus woke» de su distanciamiento con su hija trans, que, lógicamente, lo odia.

Se gastó una pasta en comprar Twitter, le cambió el nombre por X y lo convirtió en un estercolero...

Lo hice para influir en la opinión pública y acabar con la ideología 'woke'.

Su fortuna se estima en alrededor de 1 billón de dólares (un millón de millones)...

Cómic Tecnofascistas: la conspiración de los billonarios

En Silicon Valley se conoce a Peter Thiel como «el Don», y a él y al resto como «la PayPal Mafia». Apoyan a Donald Trump porque él es capaz de llevar a cabo su agenda tecnofeudalista.



¡Al punto de financiar su campaña y ponerme a mí en la vicepresidencia!

J.D. VANCE

J. D. Vance viene de PayPal y es un peón de Peter Thiel. Su fortuna es de 12 millones de dólares.

Si bien Jeff Bezos, dueño de Amazon, dice que es neutral y no se considera parte del club de los neorreaccionarios, donó un millón de dólares para la investidura de Trump...

Y facilité la compra de un documental propagandístico sobre Melania Trump a través de Amazon Prime Video.

JEFF BEZOS



Además, limpió la redacción de 'The Washington Post', del que es propietario, de las voces críticas con el presidente, haciendo que el histórico periódico progresista se escorde a la derecha.



Después de todo, esta administración es más rentable para los oligarcas tecnológicos y mediáticos como yo...

The Washington Post

Su fortuna estimada es de más de 250 mil millones de dólares.

Mark Zuckerberg es el fundador de Facebook, empresa que en sus comienzos contó con el apoyo económico de un joven Peter Thiel.

Con Meta usamos los datos de nuestros usuarios para mostrar publicidad personalizada...

...y entrenar sistemas de inteligencia artificial.

MARK ZUCKERBERG

Su empresa, Meta, además de Facebook, tiene Instagram, WhatsApp, Messenger y Threads.



Si bien Zuckerberg no se consideraba neorreaccionario y empezó como simpatizante demócrata, ha virado a posiciones tecnolibertarias que lo alinean con la Derecha Alternativa y el gobierno de Donald Trump.



Yo fui progre hasta que me di cuenta de que las regulaciones y los impuestos me hacían perder dinero...

Su fortuna está valorada en más de 73 mil millones de dólares.

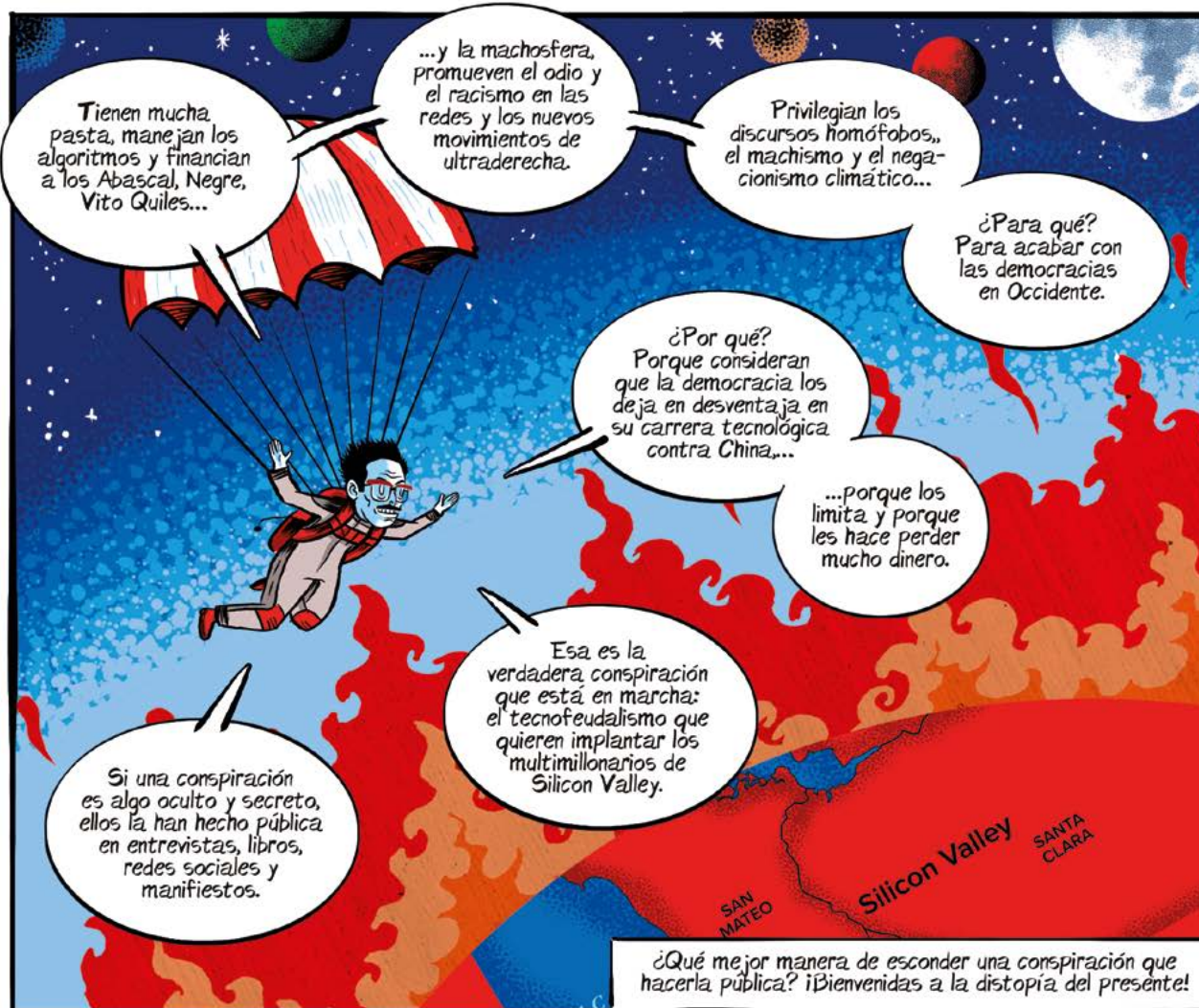
Los neorreaccionarios de Silicon Valley tienen el apoyo de Steve Bannon, el ideólogo de la ultraderecha actual, la llamada Derecha Alternativa.

Soy el que ha montado la internacional reaccionaria...

STEVE BANNON

Este exbanquero de Goldman Sachs tiene un patrimonio neto de unos 20 millones de dólares.





FIN



El contagio silencioso



La democracia no muere siempre de golpe. A veces se desangra lentamente. Con cada detalle, cada palabra, cada discurso, cada silencio, cada complicidad mediática, cada propuesta... Todo suma. Y, aunque hay quien tiende a pensar que los síntomas son solo consecuencia de la irrupción de la extrema derecha en el mapa político global, los conservadores son igualmente responsables porque, ante el dilema de si plantar un cordón sanitario y competir electoralmente desde sus principios o hacer suyos los discursos y hasta el tono de sus competidores directos, han optado por lo segundo. Se llama efecto contagio y, en España, el PP ya ha sucumbido a esa tentación perversa contribuyendo a un deterioro palmario de las reglas del juego democrático.

Vox ha dejado de ser un fenómeno marginal. Está en los gobiernos autonómicos, condiciona partidas de gasto, impone vetos a las políticas de igualdad y memoria histórica y hasta

ha normalizado un lenguaje que hace una década estaba fuera del consenso democrático. Cuestionar la violencia machista, hablar de invasión migratoria, revolve ante los derechos de las minorías, deslegitimar gobiernos o presentar el cambio climático como un dogma ideológico ha pasado a formar parte de la conversación pública con una naturalidad pasmosa y vergonzante.

Todo porque buena parte de esa guerra cultural ha penetrado en las entrañas de los dirigentes del PP, como se desprende de sus discursos, de sus propuestas para derogar leyes y limitar derechos, de su retórica sobre el "buenismo" en política migratoria y hasta de sus continuos guiños a la ideología de género como enemigo a batir. Lo que ayer era patrimonio de una derecha radical y extrema se ha filtrado ya al partido que gobernó España con mayorías absolutas y aspira a conquistar de nuevo la Moncloa en menos de un año.

El riesgo es extremo, porque cuando un partido adopta el marco discursivo

de la extrema derecha para no perder terreno electoral no solo legitima su diagnóstico identitario, sino que desplaza el centro de gravedad del debate público con consecuencias muy concretas. No se trata de agitar el fantasma del fascismo de manera gratuita ni de igualar sin matices al PP con Vox, aunque el segundo fuera una escisión del primero y sus caminos hayan convergido de nuevo para gobernar en coalición en ayuntamientos y autonomías. Basta con mirar a Europa, a Italia, a Austria, a los Países Bajos para constatar que la extrema derecha no necesita gobernar en solitario para condicionar las políticas públicas y el debate cívico. Sin ser partido hegemónico, condiciona la agenda de sus socios o competidores allá por donde pasa.

Así que **lo que está en riesgo no es la continuidad de un gobierno, sino el consenso básico sobre los derechos civiles, las conquistas laborales, el Estado de bienestar, la separación entre Iglesia y Estado, las políticas de memoria como reparación y un marco migratorio gestionado con respeto a los derechos humanos** en lugar de con las tripas de lo identitario. En todo ello el PP ya no entiende de matices, ni marca diferencias. Más bien ha acabado siendo lo mismo que aquello con lo que, en teoría, pretendía competir y ha borrado definitivamente todas las líneas rojas que nunca antes se traspasaron. Y es que se empieza con el cuestionamiento de los resultados electorales, la justificación de la violencia, la desobediencia institucional, la predisposición a restringir libertades o los ataques a los medios de comunicación y se acaba dinamitando el tablero democrático. Estamos a dos telediaros de que pase porque quien marca la senda por la que debe discurrir la alternativa del actual Gobierno en España no es Alberto Núñez Feijóo, sino Santiago Abascal.

VEN A MADRID

ESPECTÁCULOS A LA VENTA



GIACOMO PUCCINI

MANON LESCAUT

23 SEPT — 11 OCT

Dirección musical _ Nicola Luisotti

Dirección de escena _ Carlos Wagner

Coro y Orquesta Titulares del Teatro Real

Nueva producción del Teatro Real en coproducción con la Oper Köln

INAUGURACIÓN DE TEMPORADA



DIRECCIÓN ARTÍSTICA ALICIA GRAF MACK

ALVIN AILEY AMERICAN DANCE THEATER

El legado de Alvin Ailey / Nuevas obras

14 — 18 OCT

Coreografías _ Alvin Ailey, Ronald K. Brown, Medhi Walerski,

Judith Jamison, Lar Lubovitch, Jamar Roberts



WOLFGANG AMADEUS MOZART

LAS BODAS DE FÍGARO

10 — 27 NOV

Dirección musical _ Stefano Montanari

Dirección de escena _ Robert Carsen

Coro y Orquesta Titulares del Teatro Real

Nueva producción del Teatro Real, en coproducción con la Metropolitan

Opera de Nueva York



GIUSEPPE VERDI

SIMON BOCCANEGRA

16 DIC — 9 ENE

Dirección musical _ Nicola Luisotti | Daniel Montané

Dirección de escena _ Pierre Audi

Coro y Orquesta Titulares del Teatro Real

Nueva producción del Teatro Real, en coproducción con el Nuevo Teatro

Nacional de Tokyo y la Ópera y Ballet Nacionales de Finlandia de Helsinki



ENTRADAS EN **TEATROREAL.ES**

900 24 48 48 • TAQUILLAS

Venta para grupos en grupos@teatroreal.es

Descarga la app



A CULTURA É UN DEREITO

.....
CULTURA EN TODOS OS CONCELLOS
CULTURA PARA TODAS AS PERSOAS



Deputación
DA CORUÑA